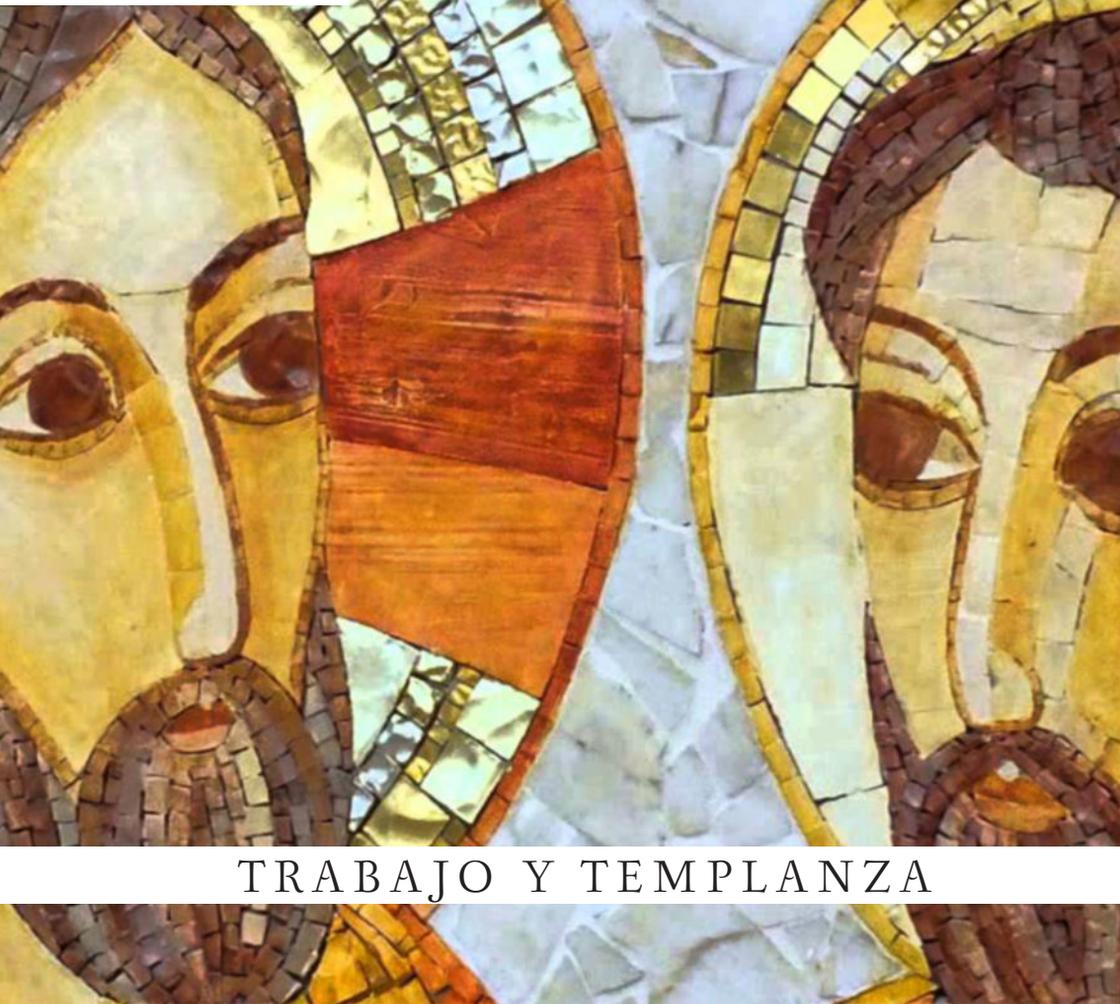




SALESIANOS
DON BOSCO-CHILE



TRABAJO Y TEMPLANZA

- 4 -

SCRUTINIUM

FRATERNITATIS



*“Amen con sinceridad...
Ámense cordialmente con amor fraterno,
estimando a los otros como más dignos.
Consideren como propias las necesidades de los santos
y practiquen generosamente la hospitalidad.
Vivan en armonía unos con otros”.*
(Rm 12, 9.10.13.16)

*Cuando en una comunidad
todos los socios se aman mutuamente,
y cada uno goza por el bien del otro como si fuese propio,
entonces esa casa se convierte en un Paraíso.*
(Don Bosco)

SCRUTINIUM
FRATERNITATIS

INTRODUCCIÓN

“Los religiosos, como miembros de Cristo, han de prevenirse en el trato fraterno con muestras de mutuo respeto, llevando el uno las cargas del otro, ya que la comunidad, como verdadera familia, reunida en nombre de Dios, goza de su divina presencia por la caridad que el Espíritu Santo difundió en los corazones” (PC. 15).

Este es un compendio sobre la **Vida Fraterna** que te ayudarán en tu discernimiento personal y comunitario, en la fidelidad del seguimiento de Jesús, como sus discípulos y misioneros, a través del carisma salesiano.

En la primera parte, encontrarás una serie de fuentes bíblicas, (textos) que iluminan el camino y ponen el horizonte de lo que el Señor quiere de cada uno, y de nuestras comunidades hoy. Además el camino eclesial, el Magisterio de la Iglesia y carismático, una propuesta hecha concreta en la historia en don Bosco.

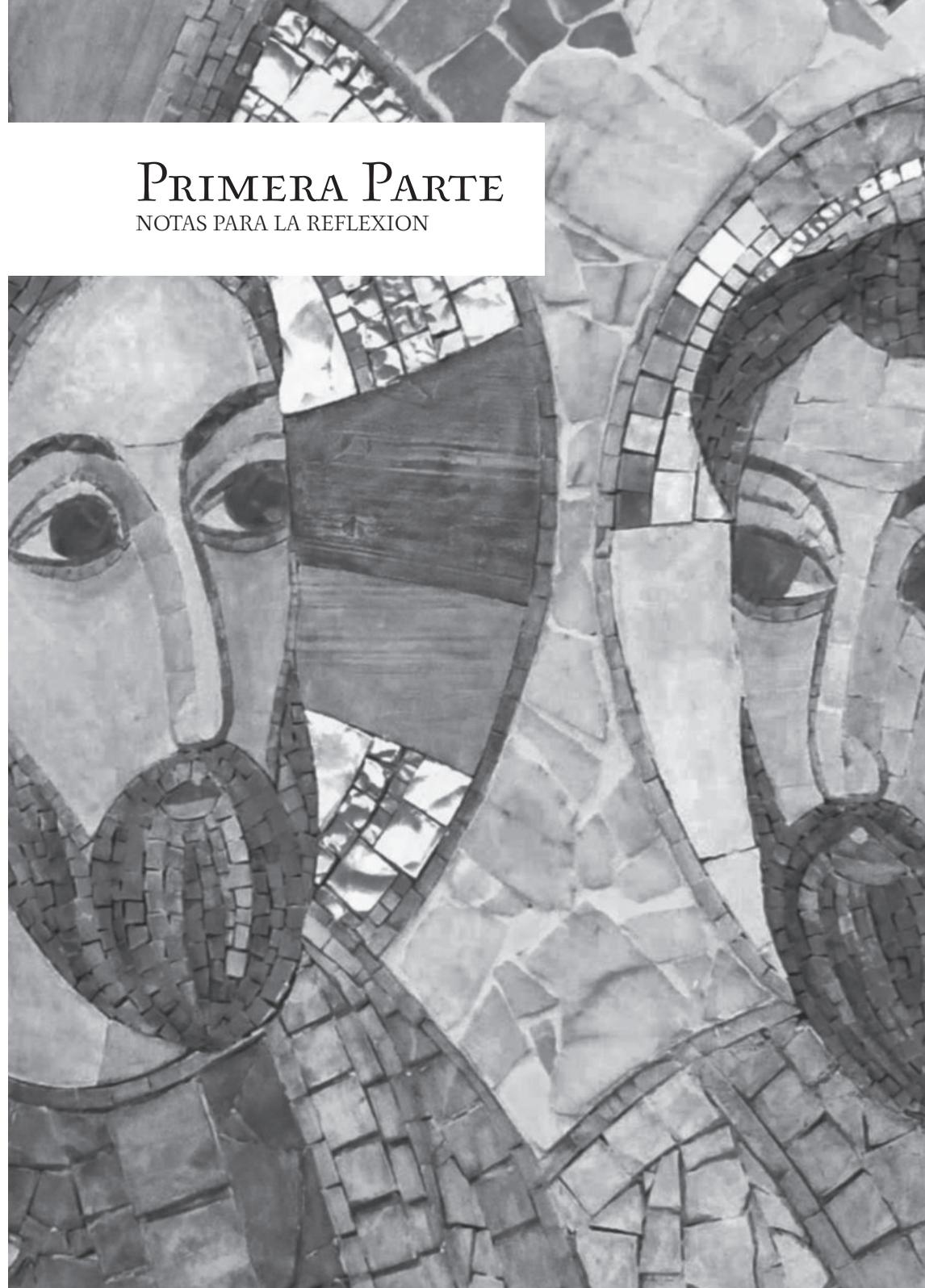
En la segunda parte, están los “scrutinium” siempre a nivel personal y comunitario, que permite no sólo un intenso examen de conciencia, sino además un verdadero “impulso pastoral” en nuestro camino con el Señor.

En la tercera parte, encontraremos algunas propuestas de celebración de la fe, que nos permiten en la comunidad vivir la alegría cotidiana del encuentro con el Señor y nutrirnos para “comunicar la alegría de la fe”.

Espero que estos textos, más allá de ser un insumo en nuestro itinerario formativo permanente y de vida comunitaria, sean especialmente un camino que nos anime en el proceso de conversión personal y pastoral al interior de todas nuestras comunidades, y nos vitalicen continuamente en esta hermosa tarea de acompañar, y custodiar la vida de las personas que el Señor pone a nuestro lado, especialmente los jóvenes más pobres.

PRIMERA PARTE

NOTAS PARA LA REFLEXION



1. PALABRA DE DIOS

“Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo cumplí los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les he dicho esto para que mi gozo sea el de ustedes, y ese gozo sea perfecto. Este es mi mandamiento: Ámense los unos a los otros, como yo los he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos. Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su señor; yo los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre. No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero. Así todo lo que pidan al Padre en mi Nombre, él se lo concederá. Lo que yo les mando es que se amen los unos a los otros “. (Jn. 15, 9-17)

“Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros. En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros”. (Jn. 13, 34-35)

“Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio

interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasará jamás. Las profecías acabarán, el don de lenguas terminará, la ciencia desaparecerá; porque nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías, limitadas. Cuando llegue lo que es perfecto, cesará lo que es imperfecto. Mientras yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño, pero cuando me hice hombre, dejé a un lado las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, confusamente; después veremos cara a cara. Ahora conozco todo imperfectamente; después conoceré como Dios me conoce a mí. En una palabra, ahora existen tres cosas: la fe, la esperanza y el amor, pero la más grande de todas es el amor”. (1 Cor. 13, 1-13)

“Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo. Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en sus corazones: esa paz a la que han sido llamados, porque formamos un solo Cuerpo. Y vivan en la acción de gracias “. (Col. 3, 12-15)

“La señal de que lo conocemos, es que cumplimos sus mandamientos. El que dice: «Yo lo conozco», y no cumple sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero en aquel que cumple su palabra, el amor de Dios ha llegado verdaderamente a su plenitud. Esta es la señal de que vivimos en él. El que dice que permanece en él, debe proceder como él. Queridos míos, no les doy un mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo, el que aprendieron desde el

principio: este mandamiento antiguo es la palabra que ustedes oyeron. Sin embargo, el mandamiento que les doy es nuevo. Y esto es verdad tanto en él como en ustedes, porque se disipan las tinieblas y ya brilla la verdadera luz. El que dice que está en la luz y no ama a su hermano, está todavía en las tinieblas. El que ama a su hermano permanece en la luz y nada lo hace tropezar. Pero el que no ama a su hermano, está en las tinieblas y camina en ellas, sin saber a dónde va, porque las tinieblas lo han ennegrecido.” (1Jn. 2, 3-11)

“La noticia que oyeron desde el principio es esta: que nos amemos los unos a los otros. No hagamos como Caín, que era del Maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano, en cambio, eran justas. No se extrañen, hermanos, si el mundo los aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la Vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte. El que odia a su hermano es un homicida, y ustedes saben que ningún homicida posee la Vida eterna.

En esto hemos conocido el amor: en que él entregó su vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Si alguien vive en la abundancia, y viendo a su hermano en la necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios?

Hijitos míos, no amemos con la lengua y de palabra, sino con obras y de verdad. En esto conoceremos que somos de la verdad, y estaremos tranquilos delante de Dios aunque nuestra conciencia nos reproche algo, porque Dios es más grande que nuestra conciencia y conoce todas las cosas.

Queridos míos, si nuestro corazón no nos hace ningún reproche, podemos acercarnos a Dios con plena confianza, y él nos concederá todo cuanto le pidamos, porque cumplimos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Su mandamiento es este: que creamos en

el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos los unos a los otros como él nos ordenó. el que cumple sus mandamientos permanece en Dios, y Dios permanece en él; y sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado”. (1 Jn 3, 11-24)

“Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios, y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. Así Dios nos manifestó su amor: envió a su Hijo único al mundo, para que tuviéramos Vida por medio de él. Y este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero, y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados. Queridos míos, si Dios nos amó tanto, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros.

Nadie ha visto nunca a Dios: si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros. La señal de que permanecemos en él y él permanece en nosotros, es que nos ha comunicado su Espíritu. Y nosotros hemos visto y atestiguamos que el Padre envió al Hijo como Salvador del mundo. El que confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, permanece en Dios, y Dios permanece en él. Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él.

Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él. La señal de que el amor ha llegado a su plenitud en nosotros, está en que tenemos plena confianza ante el día del Juicio, porque ya en este mundo somos semejantes a él. En el amor no hay lugar para el temor: al contrario, el amor perfecto elimina el temor, porque el temor supone un castigo, y el que teme no ha llegado a la plenitud del amor.

Nosotros amamos porque Dios nos amó primero. El que dice: «Amo a Dios», y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a

Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve? Este es el mandamiento que hemos recibido de él: el que ama a Dios debe amar también a su hermano “ (1 Jn. 4, 7-21)

“ Yo, que estoy preso por el Señor, los exhorto a comportarse de una manera digna de la vocación que han recibido. Con mucha humildad, mansedumbre y paciencia, sopórtense mutuamente por amor. Traten de conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la paz. Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como hay una misma esperanza, a la que ustedes han sido llamados, de acuerdo con la vocación recibida(...) Por eso, renuncien a la mentira y digan siempre la verdad a su prójimo, ya que todos somos miembros, los unos de los otros. Si se enojan, no se dejen arrastrar al pecado ni permitan que la noche los sorprenda enojados, dando así ocasión al demonio. El que robaba, que deje de robar y se ponga a trabajar honestamente con sus manos, para poder ayudar al que está necesitado. No profieran palabras inconvenientes; al contrario, que sus palabras sean siempre buenas, para que resulten edificantes cuando sea necesario y hagan bien a aquellos que las escuchan. No entristezcan al Espíritu Santo de Dios, que los ha marcado con un sello para el día de la redención. Eviten la amargura, los arrebatos, la ira, los gritos, los insultos y toda clase de maldad. Por el contrario, sean mutuamente buenos y compasivos, perdonándose los unos a los otros como Dios los ha perdonado en Cristo “. (Ef. 4, 1-4. 25-32)

“Amen con sinceridad. Tengan horror al mal y pasión por el bien. Ámense cordialmente con amor fraterno, estimando a los otros como más dignos. Con solicitud incansable y fervor de espíritu, sirvan al Señor. Alégrense en la esperanza, sean pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración. Consideren como propias las necesidades de los santos y practiquen generosamente la hospitalidad. Bendigan a los que los persiguen, bendigan y no maldigan nunca. Alégrense con

los que están alegres, y lloren con los que lloran. Vivan en armonía unos con otros, no quieran sobresalir, pónganse a la altura de los más humildes. No presuman de sabios. No devuelvan a nadie mal por mal. Procuren hacer el bien delante de todos los hombres. 1En cuanto dependa de ustedes, traten de vivir en paz con todos “. (Rom. 12, 9-18)

“Que la única deuda con los demás sea la del amor mutuo: el que ama al prójimo ya cumplió toda la Ley. Porque los mandamientos: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás, y cualquier otro, se resumen en este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo. Por lo tanto, el amor es la plenitud de la Ley”. (Rom. 13, 8-10)

“La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos. Los Apóstoles daban testimonio con mucho poder de la resurrección del Señor Jesús y gozaban de gran estima. Ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades. Y así José, llamado por los Apóstoles Bernabé –que quiere decir hijo del consuelo– un levita nacido en Chipre que poseía un campo, lo vendió, y puso el dinero a disposición de los Apóstoles “. (Hechos 4, 32-37)

2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Perfectae Caritatis (CVII, 1965)

15. “A ejemplo de la primitiva Iglesia, en la cual la multitud de los creyentes eran un corazón y un alma, ha de mantenerse la vida común en la oración y en la comunión del mismo espíritu, nutrida por la doctrina evangélica, por la sagrada Liturgia y principalmente por la Eucaristía. Los religiosos, como miembros de Cristo, han de prevenirse en el trato fraterno con muestras de mutuo respeto, llevando el uno las cargas del otro, ya que la comunidad, como verdadera familia, reunida en nombre de Dios, goza de su divina presencia por la caridad que el Espíritu Santo difundió en los corazones. La caridad es la plenitud de la ley y vínculo de perfección y por ella sabemos que hemos sido traspasados de la muerte a la vida. En fin, la unidad de los hermanos manifiesta el advenimiento de Cristo y de ella dimana una gran fuerza apostólica.

A fin de que el vínculo de hermandad sea más íntimo entre sus miembros, incorpórese estrechamente los llamados conversos o con otros nombres a la vida y actividades de la comunidad. Ha de procurarse que en los Institutos de mujeres haya una sola clase de hermanas, a no ser que las circunstancias aconsejen verdaderamente otra cosa. En este caso, sólo ha de conservarse la distinción de personas que esté exigida por la diversidad de obras a que las hermanas se dedican o por especial vocación de Dios o por sus peculiares aptitudes.

Los monasterios e Institutos de varones que no son meramente laicales pueden admitir a tenor de las Constituciones y en conformidad con su propia índole, clérigos y laicos en igualdad de condiciones, derechos y deberes, salvo los que provienen de las órdenes sagradas”.

Evangelica Testificatio (Pablo VI 1971)

38. EDIFICACIÓN DEL HOMBRE NUEVO

“Por consiguiente se impone la necesidad, tanto para las comunidades como para las personas que las constituyen de pasar del estado “psíquico” a un estado verdaderamente “espiritual”. “El hombre nuevo”, del cual habla San Pablo, ¿no constituye acaso como la plenitud eclesial de Cristo y, juntamente, la participación de cada cristiano a esta plenitud? Tal orientación hará de las familias religiosas el ambiente vital que desarrollará el germen de vida divina, injertado por el bautismo en cada uno de vosotros y al cual vuestra consagración, íntegramente vivida, consentirá producir sus frutos con la mayor abundancia”.

39. SENCILLEZ ACOGEDORA DE LA VIDA COMUNITARIA

“Aun siendo imperfectos, como todo cristiano, os proponéis sin embargo crear un ambiente apto para favorecer el progreso espiritual de cada uno de los miembros. ¿Cómo se puede llegar a esto, si no es ahondando en el Señor vuestras relaciones con vuestros hermanos, aun las más ordinarias? La caridad -no lo olvidemos- debe ser como una activa esperanza de lo que los demás pueden llegar a ser gracias a nuestra ayuda fraterna. El signo de su autenticidad se comprueba por la gozosa sencillez con que todos se esfuerzan por comprender lo que cada uno anhela. Si algunos religiosos dan la impresión de haberse quedado como apagados por su vida comunitaria, la que por el contrario hubiera debido hacerles abrirse, ¿no ocurrirá esto, porque falta en ella esa cordialidad comprensiva que alimenta la esperanza? Es indudable que el espíritu de grupo, las relaciones de amistad, la colaboración fraterna en un mismo apostolado, como también el apoyo mutuo en una comunidad de vida,

elegida para servir mejor a Cristo, son otros tantos coeficientes preciosos en este camino cotidiano”.

40. PEQUEÑAS COMUNIDADES

“Desde este punto de vista, van surgiendo algunas tendencias ordenadas a crear comunidades más reducidas. Una especie de reacción espontánea contra el anonimato de las concentraciones urbanas, la necesidad de adaptar el edificio de una comunidad al habitat exiguo de las ciudades modernas y la necesidad misma de estar más próximos, por las condiciones de vida, a una población que ha de ser evangelizada, son motivos que inducen a algunos Institutos a proyectar preferentemente la fundación de comunidades con un reducido número de miembros. Estas pueden favorecer también el desarrollo de relaciones más estrechas entre los religiosos y una asunción recíproca y más fraterna de las responsabilidades. Sin embargo, si un determinado esquema puede efectivamente favorecer la creación de un clima espiritual, sería ilusorio creer que ello baste para desarrollarlo. Las comunidades pequeñas, más que ofrecer una forma de vida más fácil, se revelan por el contrario más exigentes para sus miembros”.

41. GRANDES COMUNIDADES

“Por otra parte, sigue siendo verdad que las comunidades numerosas son particularmente convenientes para muchos religiosos. Pueden ser exigidas además por la naturaleza de un servicio caritativo, por determinados trabajos de carácter intelectual o por la actuación de la vida contemplativa o monástica: reine siempre en ellas la unidad perfecta de corazones y de almas, en plena correspondencia con el fin espiritual y sobrenatural al cual tienden. Por lo demás, prescindiendo

de sus dimensiones, las comunidades grandes o pequeñas, no podrán ayudar a sus miembros más que permaneciendo constantemente animadas por espíritu evangélico, alimentadas por la oración y generosamente marcadas por la mortificación del hombre viejo, por la necesaria disciplina para la formación del hombre nuevo y por la fecundidad del sacrificio de la Cruz”.

Dimensión contemplativa de la vida religiosa (Plenario de la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, 1980)

15. “La comunidad religiosa es en si misma una realidad teológica, objeto de contemplación: como familia unida en el nombre del Señor es por naturaleza propia, el lugar en donde la experiencia de Dios debe poder alcanzarse particularmente en su plenitud y comunicarse a los demás.

La acogida fraternal recíproca en la caridad contribuye a crear un ambiente capaz de favorecer el progreso espiritual de cada uno.

Por eso precisamente los religiosos necesitan un “lugar de oración” dentro de sus propias casas, lugar donde la cotidiana tensión hacia el encuentro con Dios, fuente de comunión en la caridad, halle constante aliciente y apoyo.

La presencia real del Señor Jesús en la Eucaristía devotamente custodiada y adorada, será para ellos la señal viviente de una comunión que se construye cada día en la caridad”.

Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa (Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, 1983)

18. “La consagración religiosa establece una comunión particular

entre el religioso y Dios y, en El, entre los miembros de un mismo instituto. Este es el elemento fundamental en la unidad de un instituto. Tradición compartida, trabajos comunes, estructuras racionales, recursos mancomunados, constituciones comunes y espíritu de cuerpo, son todos elementos que pueden ayudar a construir y a fortalecer la unidad; pero el fundamento de la unidad es la comunión en Cristo, establecida por el único carisma fundacional. Esta comunión está enraizada en la consagración religiosa misma. Esta animada por el espíritu del Evangelio, alimentada por la oración, marcada por una mortificación generosa y caracterizada por el gozo y la esperanza que brotan de la fecundidad de la cruz (cf ET 41)”.

19. “Para los religiosos, la comunión en Cristo se expresa de una manera estable y visible en la vida comunitaria. Tan importante es esa vida comunitaria para la consagración religiosa, que cada religioso, cualquiera que sea su trabajo apostólico, está obligado a ella por el mero hecho de la profesión y debe normalmente vivir bajo la autoridad de un superior local, en una comunidad del instituto al que pertenece. Normalmente, también, la vida de comunidad lleva consigo el compartir la vida de cada día según unas estructuras concretas y las prescripciones de las Constituciones. Compartir la oración, el trabajo, las comidas, el descanso, el espíritu de grupo « las relaciones de amistad, la cooperación en el mismo apostolado y el mutuo apoyo en una vida de comunidad, escogida para seguir mejor a Cristo, son todos ellos otros tantos valiosos factores en el diario caminar» (ET 39). Una comunidad reunida como verdadera familia en el nombre del Señor goza de su presencia (cf Mt 18, 25) por el amor de Dios que es infundido por el Espíritu Santo (cf Rm 5, 5). Su unidad es un símbolo de la venida de Cristo y es una fuente de poderosa energía apostólica (cf PC 15).

En ella la vida consagrada puede desarrollarse en condiciones ideales (cf ET 38) y queda asegurada la formación permanente de sus miembros. La aptitud para vivir una vida comunitaria, con sus gozos y sus limitaciones, es una cualidad que es índice de vocación religiosa para un determinado instituto y criterio clave para aceptar un candidato “.

22. “En vistas de la importancia crucial de la vida de comunidad, es necesario notar que su calidad se ve afectada positiva o negativamente por dos tipos de diferencias dentro del instituto: en sus miembros y en sus obras. Es esta la variedad que encontramos en la imagen paulina del Cuerpo de Cristo o en la imagen conciliar del Pueblo peregrino de Dios. En ambas, la diversidad es, en verdad, abundancia de dones que tienden a enriquecer la única realidad. Por lo mismo, el criterio de aceptación de miembros y obras en un instituto religioso es la construcción de la unidad (cf MR 12). Prácticamente habrá que preguntarse: los dones de Dios en esta persona, o proyecto, o grupo, contribuirán a la unidad y a hacer más profunda la comunión? Si así fuere, sean bienvenidos. Si no, sin que importe lo buenos que tales dones puedan parecer en sí mismos o lo deseables que puedan resultar para algunos miembros, no son buenos para ese instituto en particular. Es un error pretender que el don fundacional de un instituto lo abarque todo. Ni es razonable fomentar un don que, virtualmente, separa un miembro de la comunión con la comunidad. Tampoco es prudente tolerar líneas de desarrollo fuertemente divergentes que carezcan de una recia conexión de unidad en el instituto mismo. La diversidad sin divisiones y la unidad sin uniformismo son una riqueza y un reto que favorecen el crecimiento de la comunidad de oración, de gozo y servicio, como testimonio de la realidad de Cristo. Constituye una responsabilidad peculiar de

los superiores y de los maestros de formación, el asegurarse que diferencias que conducen a la desintegración, no sean tomadas equivocadamente por auténticos valores de diversidad”.

Vita Consecrata (Juan Pablo II, 1996)

41. A IMAGEN DE LA TRINIDAD

“Durante su vida terrena, Jesús llamó a quienes Él quiso, para tenerlos junto a sí y para enseñarles a vivir según su ejemplo, para el Padre y para la misión que el Padre le había encomendado (cf. Mc 3, 13-15). Inauguraba de este modo una nueva familia de la cual habrían de formar parte a través de los siglos todos aquellos que estuvieran dispuestos a « cumplir la voluntad de Dios » (cf. Mc 3, 32-35). Después de la Ascensión, gracias al don del Espíritu, se constituyó en torno a los Apóstoles una comunidad fraterna, unida en la alabanza a Dios y en una concreta experiencia de comunión (cf. Hch 2, 42-47; 4, 32-35). La vida de esta comunidad y, sobre todo, la experiencia de la plena participación en el misterio de Cristo vivida por los Doce, han sido el modelo en el que la Iglesia se ha inspirado siempre que ha querido revivir el fervor de los orígenes y reanudar su camino en la historia con un renovado vigor evangélico.

En realidad, la Iglesia es esencialmente misterio de comunión, « muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo ». La vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así en la historia los dones de la comunión que son propios de las tres Personas divinas. Los ámbitos y las modalidades en que se manifiesta la comunión fraterna en la vida eclesial son muchos.

La vida consagrada posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad. Ella indica de este modo a los hombres tanto la belleza de la comunión fraterna, como los caminos concretos que a ésta conducen. Las personas consagradas, en efecto, viven « para » Dios y « de » Dios. Por eso precisamente pueden proclamar el poder reconciliador de la gracia, que destruye las fuerzas disgregadoras que se encuentran en el corazón humano y en las relaciones sociales.

42. VIDA FRATERNA EN EL AMOR

“La vida fraterna, entendida como vida compartida en el amor, es un signo elocuente de la comunión eclesial. Es cultivada con especial esmero por los Institutos religiosos y las Sociedades de vida apostólica, en los que la vida de comunidad adquiere un peculiar significado. Pero la dimensión de la comunión fraterna no falta ni en los Institutos seculares ni en las mismas formas individuales de vida consagrada. Los eremitas, en lo recóndito de su soledad, no se apartan de la comunión eclesial, sino que la sirven con su propio y específico carisma contemplativo; las vírgenes consagradas en el mundo realizan su consagración en una especial relación de comunión con la Iglesia particular y universal, como lo hacen, de un modo similar, las viudas y viudos consagrados.

Todas estas personas, queriendo poner en práctica la condición evangélica de discípulos, se comprometen a vivir el «

mandamiento nuevo » del Señor, amándose unos a otros como El nos ha amado (cf. Jn 13, 34). El amor llevó a Cristo a la entrega de sí mismo hasta el sacrificio supremo de la Cruz. De modo parecido, entre sus discípulos no hay unidad verdadera sin este amor recíproco incondicional, que exige disponibilidad para el servicio sin reservas, prontitud para acoger al otro tal como es sin « juzgarlo » (cf. Mt 7, 1-2), capacidad de perdonar hasta « setenta veces siete » (Mt 18, 22). Para las personas consagradas, que se han hecho « un corazón solo y una sola alma » (Hch 4, 32) por el don del Espíritu Santo derramado en los corazones (cf. Rm 5, 5), resulta una exigencia interior el poner todo en común: bienes materiales y experiencias espirituales, talentos e inspiraciones, ideales apostólicos y servicios de caridad. « En la vida comunitaria, la energía del Espíritu que hay en uno pasa contemporáneamente a todos. Aquí no solamente se disfruta del propio don, sino que se multiplica al hacer a los otros partícipes de él, y se goza del fruto de los dones del otro como si fuera del propio».

En la vida de comunidad, además, debe hacerse tangible de algún modo que la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (cf. Mt 18, 20). Esto sucede merced al amor recíproco de cuantos forman la comunidad, un amor alimentado por la Palabra y la Eucaristía, purificado en el Sacramento de la Reconciliación, sostenido por la súplica de la unidad, don especial del Espíritu para aquellos que se ponen a la escucha obediente del Evangelio.

Es precisamente El, el Espíritu, quien introduce el alma en la comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo (cf. 1 Jn 1, 3), comunión en la que está la fuente de la vida fraterna. El Espíritu es quien guía las comunidades de vida consagrada

en el cumplimiento de su misión de servicio a la Iglesia y a la humanidad entera, según la propia inspiración.

En esta perspectiva tienen particular importancia los «Capítulos»(o reuniones análogas), sean particulares o generales, en los que cada Instituto debe elegir los Superiores o Superiores según las normas establecidas en las propias Constituciones, y discernir a la luz del Espíritu el modo adecuado de mantener y actualizar el propio carisma y el propio patrimonio espiritual en las diversas situaciones históricas y culturales”.

44. EL PAPEL DE LAS PERSONAS ANCIANAS

“En la vida fraterna tiene un lugar importante el cuidado de los ancianos y de los enfermos, especialmente en un momento como éste, en el que en ciertas regiones del mundo aumenta el número de las personas consagradas ya entradas en años. Los cuidados solícitos que merecen no se basan únicamente en un deber de caridad y de reconocimiento, sino que manifiestan también la convicción de que su testimonio es de gran ayuda a la Iglesia y a los Institutos, y de que su misión continúa siendo válida y meritoria, aun cuando, por motivos de edad o de enfermedad, se hayan visto obligados a dejar sus propias actividades. Ellos tienen ciertamente mucho que dar en sabiduría y experiencia a la comunidad, si ésta sabe estar cercana a ellos con atención y capacidad de escucha.

En realidad la misión apostólica, antes que en la acción, consiste en el testimonio de la propia entrega plena a la voluntad salvífica del Señor, entrega que se alimenta en la oración y la penitencia. Los ancianos, pues, están llamados a vivir su vocación de muchas maneras: la oración asidua, la aceptación paciente de su propia condición, la disponibilidad

para el servicio de la dirección espiritual, la confesión y la guía en la oración”.

45. A IMAGEN DE LA COMUNIDAD APOSTÓLICA

“La vida fraterna tiene un papel fundamental en el camino espiritual de las personas consagradas, sea para su renovación constante, sea para el cumplimiento de su misión en el mundo. Esto se deduce de las motivaciones teológicas que la fundamentan, y la misma experiencia lo confirma con creces. Exhorto por tanto a los consagrados y consagradas a cultivarla con tesón, siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos de Jerusalén, que eran asiduos en la escucha de las enseñanzas de los Apóstoles, en la oración común, en la participación en la Eucaristía, y en el compartir los bienes de la naturaleza y de la gracia (cf. Hch 2, 42-47). Exhorto sobre todo a los religiosos, a las religiosas y a los miembros de las Sociedades de vida apostólica, a vivir sin reservas el amor mutuo y a manifestarlo de la manera más adecuada a la naturaleza del propio Instituto, para que cada comunidad se muestre como signo luminoso de la nueva Jerusalén, «morada de Dios con los hombres» (Ap 21, 3).

En efecto, toda la Iglesia espera mucho del testimonio de comunidades ricas «de gozo y del Espíritu Santo» (Hch 13, 52). Desea poner ante el mundo el ejemplo de comunidades en las que la atención recíproca ayuda a superar la soledad, y la comunicación contribuye a que todos se sientan corresponsables; en las que el perdón cicatriza las heridas, reforzando en cada uno el propósito de la comunión. En comunidades de este tipo la naturaleza del carisma encauza las energías, sostiene la fidelidad y orienta el trabajo apostólico de todos hacia la única misión. Para presentar a la humanidad

de hoy su verdadero rostro, la Iglesia tiene urgente necesidad de semejantes comunidades fraternas. Su misma existencia representa una contribución a la nueva evangelización, puesto que muestran de manera fehaciente y concreta los frutos del «mandamiento nuevo»”.

La vida fraterna en comunidad (Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades Apostólicas, 1994)

11. “Del don de la comunión proviene la tarea de la construcción de la fraternidad, es decir, de llegar a ser hermanos y hermanas en una determinada comunidad donde han sido llamados a vivir juntos. Aceptando con admiración y gratitud la realidad de la comunión divina, participada por las pobres criaturas, surge la convicción de que es necesario empeñarse en hacerla cada vez más visible por medio de la construcción de comunidades «llenas de gozo y del Espíritu Santo» (Hch 13,52).

También en nuestro tiempo y para nuestro tiempo, es necesario reemprender esta obra «divino-humana» de formar comunidades de hermanos y de hermanas, teniendo en cuenta las condiciones propias de estos años en los que la renovación teológica, canónica, social y estructural ha incidido poderosamente en la fisonomía y en la vida de la comunidad religiosa.

Queremos ofrecer, a partir de situaciones concretas, algunas indicaciones útiles para alentar el proceso de una continua renovación evangélica de las comunidades”.

12. “En su componente místico primario, toda auténtica comunidad cristiana aparece «en sí misma una realidad teologal objeto de contemplación». De ahí que la comunidad religiosa sea ante todo un misterio que ha de ser contemplado

y acogido con un corazón lleno de reconocimiento en una límpida dimensión de fe.

Cuando se olvida esta dimensión mística y teologal, que la pone en contacto con el misterio de la comunión divina presente y comunicada a la comunidad, se llega irremediabilmente a perder también las razones profundas para «hacer comunidad», para la construcción paciente de la vida fraterna. Ésta, a veces, puede parecer superior a las fuerzas humanas y antojarse como un inútil derroche de energías, sobre todo en personas intensamente comprometidas en la acción y condicionadas por una cultura activista e individualista.

El mismo Cristo que los ha llamado convoca cada día a sus hermanos y hermanas para conversar con ellos y para unirlos a sí y entre ellos en la Eucaristía, para convertirlos progresivamente en su Cuerpo vivo y visible, animado por el Espíritu, en camino hacia el Padre.

La oración en común, que se ha considerado siempre como la base de toda vida comunitaria, parte de la contemplación del Misterio de Dios, grande y sublime, de la admiración de su presencia, operante en los momentos más significativos de nuestras familias religiosas, así como también en la humilde realidad cotidiana de nuestras comunidades.

13. “Como una respuesta a la advertencia del Señor «velad y orad» (Lc 21,36), la comunidad religiosa debe ser vigilante y tomar el tiempo necesario para cuidar la calidad de su vida. A veces la jornada de los religiosos y religiosas, que «no tienen tiempo», corre el riesgo de ser demasiado afanosa y ansiosa, y por lo mismo puede terminar por cansar y agotar. En efecto, la comunidad religiosa está ritmada por un horario para dar determinados tiempos a la oración, y especialmente para que se

pueda aprender a dar tiempo a Dios (vacare Deo).

La oración hay que entenderla también como tiempo para estar con el Señor para que pueda obrar en nosotros, y entre las distracciones y las fatigas pueda invadir la vida, confortarla y guiarla, para que, al fin, toda la existencia pueda realmente pertenecerle”.

14. “Una de las adquisiciones más valiosas de estos decenios, reconocida y estimada por todos, ha sido el redescubrimiento de la oración litúrgica por parte de las familias religiosas.

La celebración en común de la Liturgia de las Horas, o al menos de alguna de ellas, ha revitalizado la oración de no pocas comunidades, que han alcanzado un contacto más vivo con la Palabra de Dios y con la oración de la Iglesia.

En nadie, por tanto, puede debilitarse la convicción de que la comunidad se construye a partir de la Liturgia, sobre todo de la celebración de la Eucaristía y de los otros sacramentos. Entre éstos merece una renovada atención el sacramento de la reconciliación, a través del cual el Señor aviva la unión con Él y con los hermanos.

A imitación de la primera comunidad de Jerusalén (cf Hech 2,42), la Palabra, la Eucaristía, la oración en común, la asiduidad y la fidelidad a la enseñanza de los Apóstoles y de sus sucesores, ponen en contacto con las grandes obras de Dios que, en este contexto, se hacen luminosas y generan alabanza, gratitud, alegría, unión de corazones, apoyo en las dificultades comunes de la convivencia diaria y fortalecimiento recíproco en la fe.

Desgraciadamente, la disminución de sacerdotes puede hacer imposible en algunos sitios la participación diaria en la santa Misa. A pesar de ello hay que tener la preocupación de adquirir

una conciencia, cada vez más profunda, del gran don de la Eucaristía, y de colocar en el centro de la vida el Sagrado Misterio del Cuerpo y de la Sangre del Señor, vivo y presente en la comunidad para sostenerla y animarla en su camino hacia el Padre. De aquí se deduce la necesidad de que cada casa religiosa tenga, como centro de la comunidad, su oratorio, donde sea posible alimentar la propia espiritualidad eucarística, mediante la oración y la adoración.

Efectivamente, es en torno a la Eucaristía celebrada o adorada, «vértice y fuente» de toda la actividad de la Iglesia, donde se construye la comunión de los espíritus, premisa para todo crecimiento en la fraternidad. «De aquí debe partir toda forma de educación para el espíritu comunitario».

15. La oración en común alcanza toda su eficacia cuando está íntimamente unida a la oración personal. En efecto, oración común y oración personal están en estrecha relación y son complementarias entre sí. En todas partes, pero especialmente en ciertas regiones y culturas, es necesario subrayar más el momento de la interioridad, de la relación filial con el Padre, del diálogo íntimo y esponsal con Cristo, de la profundización personal de cuanto se ha celebrado y vivido en la oración comunitaria, del silencio interior y exterior, que deja espacio para que la Palabra y el Espíritu puedan regenerar las profundidades más ocultas. La persona consagrada que vive en comunidad alimenta su consagración ya con el constante coloquio personal con Dios, ya con la alabanza y la intercesión comunitaria”.

16. “La oración en común se ha enriquecido en estos últimos años con diversas formas de expresión y participación.

Especialmente fructuosa para muchas comunidades ha sido la

participación en la Lectio divina y en las reflexiones sobre la Palabra de Dios, así como la comunicación de las experiencias personales de fe y de las preocupaciones apostólicas. La diferencia de edad, de formación, de carácter, aconsejan ser prudentes en exigirla indistintamente a toda la comunidad: es bueno recordar que no se pueden precipitar los tiempos de su realización.

Esta comunicación, donde se practica espontáneamente y de común acuerdo, nutre la fe y la esperanza, así como la estima y la confianza recíproca, favorece la reconciliación y alimenta la solidaridad fraterna en la oración”.

17. “Las palabras del Señor, «orar siempre sin desfallecer» (Lc 18,1; cf 1 Tes 5,17), valen tanto para la oración personal como para la comunitaria. La comunidad religiosa, en efecto, vive constantemente ante su Señor, de cuya presencia debe tener continua conciencia. Sin embargo, la oración común tiene sus propios ritmos, cuya frecuencia (diaria, semanal, mensual, anual) es determinada por el derecho propio de cada instituto.

La oración en común, que reclama fidelidad en el horario, exige también y sobre todo perseverancia: «Porque en virtud de la perseverancia y del consuelo que nos vienen de las Escrituras, mantenemos viva nuestra esperanza (...), a fin de que con un solo espíritu y una sola voz demos gloria a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Rom 15,4-6).

La fidelidad y la perseverancia ayudarán también a superar creativa y sabiamente las dificultades, propias de algunas comunidades, como la diversidad de tareas y, por tanto, de horarios, la sobrecarga absorbente de trabajo y las diversas formas de cansancio”.

18. “La oración a la Bienaventurada Virgen María, animada por el amor hacia ella, que nos conduce a imitarla, hace que su presencia ejemplar y maternal sea una gran ayuda en la fidelidad diaria a la oración (cf Hech 1,14), llegando a convertirse en vínculo de comunión para la comunidad religiosa.

La Madre del Señor contribuirá a configurar las comunidades religiosas según el modelo de “su” familia, la Familia de Nazaret, lugar que las comunidades religiosas deben frecuentar espiritualmente, porque allí se vivió de un modo admirable el Evangelio de la comunión y de la fraternidad”.

19. “También el impulso apostólico es sostenido y alimentado por la oración común. Por un lado, es una fuerza misteriosa transformante que abraza todas las realidades para redimir y ordenar el mundo; y, por otro, encuentra su estímulo en el ministerio apostólico: en las alegrías y en las dificultades cotidianas. Éstas se transforman en ocasión para buscar y descubrir la presencia y la acción del Señor”.

20. “Las comunidades religiosas más apostólicas y más vivas evangélicamente -contemplativas o activas- son las que poseen una rica experiencia de oración. En un momento como el nuestro, en el que se asiste a un cierto despertar de la búsqueda de la trascendencia, las comunidades religiosas pueden llegar a ser lugares privilegiados donde se experimentan los caminos que conducen a Dios.

«Como familia unida en el nombre del Señor, (la comunidad religiosa) es, por su misma naturaleza, el lugar donde se ha de poder alcanzar especialmente la experiencia de Dios y comunicársela a los demás»(34); en primer lugar a los propios hermanos de comunidad.

Las personas consagradas a Dios, hombres y mujeres, ¿dejarán de asistir a esta cita con la historia, no respondiendo a la «búsqueda de Dios» que sienten nuestros contemporáneos, induciéndoles, acaso, a buscar en otra parte, por caminos equivocados, cómo saciar su hambre de Absoluto?”

21. “«Llevad los unos las cargas de los otros, así cumpliréis la ley de Cristo» (Gal 6,2).

En toda la dinámica comunitaria, Cristo, en su misterio pascual, sigue siendo el modelo de cómo se construye la unidad. El mandamiento del amor mutuo tiene precisamente en Él la fuente, el modelo y la medida, ya que debemos amarnos como Él nos ha amado. Y Él nos ha amado hasta dar la vida. Nuestra vida es participación en la caridad de Cristo, en su amor al Padre y a los hermanos, que es un amor que se olvida totalmente de sí mismo.

Pero todo esto no proviene de la naturaleza del «hombre viejo», que desea ciertamente la comunión y la unidad, pero no pretende ni quiere pagar su precio en términos de compromiso y de entrega personal. El camino que va del hombre viejo -que tiende a cerrarse en sí mismo- al hombre nuevo, que se entrega a los demás, es largo y fatigoso. Los santos Fundadores han insistido de una forma realista en las dificultades e insidias de este paso, conscientes de que la comunidad no se improvisa, porque no es algo espontáneo ni una realización que exija poco tiempo.

Para vivir como hermanos y como hermanas, es necesario un verdadero camino de liberación interior. Al igual que Israel, liberado de Egipto, llegó a ser Pueblo de Dios después de haber caminado largo tiempo en el desierto bajo la guía de Moisés, así también la comunidad, dentro de la Iglesia, pueblo de Dios, está constituida por personas a las que Cristo ha liberado y ha

hecho capaces de amar como Él, mediante el don de su Amor liberador y la aceptación cordial de aquellos que Él nos ha dado como guías.

El amor de Cristo, derramado en nuestros corazones, nos impulsa a amar a los hermanos y hermanas hasta asumir sus debilidades, sus problemas, sus dificultades; en una palabra, hasta darnos a nosotros mismos”.

22. “Cristo da a la persona dos certezas fundamentales: la de ser amada infinitamente y la de poder amar sin límites. Nada como la cruz de Cristo puede dar de un modo pleno y definitivo estas certezas y la libertad que deriva de ellas. Gracias a ellas, la persona consagrada se libera progresivamente de la necesidad de colocarse en el centro de todo y de poseer al otro, y del miedo a darse a los hermanos; aprende más bien a amar como Cristo la ha amado, con aquel mismo amor que ahora se ha derramado en su corazón y la hace capaz de olvidarse de sí misma y de darse como ha hecho el Señor”.

En virtud de este amor, nace la comunidad como un conjunto de personas libres y liberadas por la cruz de Cristo.

23. “Este camino de liberación, que conduce a la plena comunión y a la libertad de los hijos de Dios, exige, sin embargo, el coraje de la renuncia a sí mismos en la aceptación y acogida del otro, a partir de la autoridad.

Se ha hecho notar, desde distintos lugares, que ha sido éste uno de los puntos débiles del período de renovación a lo largo de estos años. Han crecido los conocimientos, se han estudiado diversos aspectos de la vida común, pero se ha atendido menos al compromiso ascético necesario e insustituible para toda liberación capaz de hacer que un grupo de personas sea una

fraternidad cristiana.

La comunión es un don ofrecido que exige al mismo tiempo una respuesta, un paciente entrenamiento y una lucha para superar la simple espontaneidad y la volubilidad de los deseos. El altísimo ideal comunitario implica necesariamente la conversión de toda actitud que obstaculice la comunión.

La comunidad sin mística no tiene alma, pero sin ascesis no tiene cuerpo. Se necesita «sinergia» entre el don de Dios y el compromiso personal para construir una comunión encarnada, es decir, para dar carne y concreción a la gracia y al don de la comunión fraterna”.

24. “Es preciso admitir que estas afirmaciones suscitan problema hoy, tanto entre los jóvenes como entre los adultos. Con frecuencia los jóvenes provienen de una cultura que aprecia excesivamente la subjetividad y la búsqueda de la realización personal, mientras que a veces las personas adultas, o están ancladas en estructuras del pasado, o viven un cierto desencanto en relación con el «asamblarismo» de los años pasados, que fueron fuente de verbalismo y de incertidumbre.

Si es cierto que la comunión no existe sin la entrega de cada uno, es necesario que, desde el principio, se erradiquen las ilusiones de que todo tiene que venir de los otros y se ayude a descubrir con gratitud todo lo que se ha recibido y se está recibiendo de los demás. Hay que preparar desde el principio para ser constructores y no sólo miembros de la comunidad, para ser responsables los unos del crecimiento de los otros, como también para estar abiertos y disponibles a recibir cada uno el don del otro, siendo capaces de ayudar y de ser ayudados, de sustituir y de ser sustituidos.

Una vida común fraterna y compartida ejerce un natural encanto sobre los jóvenes, pero perseverar después en las reales condiciones de vida se puede convertir en una pesada carga. Por ello la formación inicial ha de llevar también a una toma de conciencia de los sacrificios que exige vivir en comunidad y a una aceptación de los mismos en orden a vivir una relación gozosa y verdaderamente fraterna, y a todas las demás actitudes típicas de un hombre interiormente libre; porque cuando uno se pierde por los hermanos se encuentra a sí mismo”.

25. “Además, es necesario recordar siempre que la realización de los religiosos y religiosas pasa a través de sus comunidades. Quien pretende vivir una vida independiente, al margen de la comunidad, no ha emprendido ciertamente el camino seguro de la perfección del propio estado.

Mientras la sociedad occidental aplaude a la persona independiente, que sabe realizarse por sí misma, al individualista seguro de sí, el Evangelio requiere personas que, como el grano de trigo, sepan morir a sí mismas para que renazca la vida fraterna.

De este modo, la comunidad se convierte en una «Schola Amoris» (escuela de amor) para jóvenes y adultos; una escuela donde se aprende a amar a Dios y a los hermanos y hermanas con quienes se vive, y a amar a la humanidad necesitada de la misericordia de Dios y de la solidaridad fraterna”.

26. “El ideal comunitario no debe hacer olvidar que toda realidad cristiana se edifica sobre la debilidad humana. La «comunidad ideal» perfecta no existe todavía. La perfecta comunión de los santos es la meta en la Jerusalén celeste.

Nuestro tiempo es de edificación y de construcción continuas, ya que siempre es posible mejorar y caminar juntos hacia la

comunidad que sabe vivir el perdón y el amor. Las comunidades, por tanto, no pueden evitar todos los conflictos; la unidad que han de construir es una unidad que se establece al precio de la reconciliación. La situación de imperfección de las comunidades no debe descorazonar.

En efecto, las comunidades reemprenden cada día el camino, sostenidas por la enseñanza de los apóstoles: «Amaos los unos a los otros con afecto fraterno, rivalizando en la estima recíproca» (Rm 12,10); «tened los mismos sentimientos los unos para con los otros» (Rm 12,16); «acogeos los unos a los otros como Cristo os acogió» (Rm 15,7); «corregíos mutuamente» (Rm 15,14). «Respetaos los unos a los otros» (1 Cor 11,33); «por medio de la caridad poneos los unos al servicio de los otros» (Gal 5,13); «confortaos mutuamente» (1 Tes 5,11); «sobrellevaos los unos a los otros con amor» (Ef 4,2); «sed benévolos y misericordiosos los unos para con los otros perdonándoos mutuamente» (Ef 4,32); «someteos los unos a los otros en el temor de Cristo» (Ef 5,21); «orad los unos por los otros» (Sant 5,16); «trataos los unos a los otros con humildad» (1 Pe 5,5); «estad en comunión los unos con los otros» (1 Jn 1,7); «no nos cansemos de hacer el bien a todos, principalmente a nuestros hermanos en la fe» (Gal 6,9-10)”.

27. “Para favorecer la comunión de espíritus y de corazones de quienes han sido llamados a vivir juntos en una comunidad, es útil llamar la atención sobre la necesidad de cultivar las cualidades requeridas en toda relación humana: educación, amabilidad, sinceridad, control de sí, delicadeza, sentido del humor y espíritu de participación.

Los documentos del Magisterio de estos últimos años son ricos en sugerencias e indicaciones útiles para la convivencia comunitaria como: la alegre sencillez, la sinceridad y la

confianza mutuas, la capacidad de diálogo, la adhesión sincera a una benéfica disciplina comunitaria”.

28. “No hay que olvidar, por fin, que la paz y el gozo de estar juntos siguen siendo uno de los signos del Reino de Dios. La alegría de vivir, aun en medio de las dificultades del camino humano y espiritual y de las tristezas cotidianas, forma ya parte del Reino. Esta alegría es fruto del Espíritu y abarca la sencillez de la existencia, el tejido banal de lo cotidiano. Una fraternidad sin alegría es una fraternidad que se apaga. Muy pronto sus miembros se verán tentados de buscar en otra parte lo que no pueden encontrar en su casa. Una fraternidad donde abunda la alegría es un verdadero don de lo Alto a los hermanos que saben pedirlo y que saben aceptarse y se comprometen en la vida fraterna confiando en la acción del Espíritu. Se cumplen, de este modo, las palabras del salmo: «Ved qué delicia y qué hermosura es vivir los hermanos unidos...; ahí el Señor da la bendición y la vida para siempre» (Sal 133,1-3), «porque, cuando viven juntos fraternalmente, se reúnen en la asamblea de la Iglesia, se sienten concordes en la caridad y en un solo querer».

Este testimonio de alegría suscita un enorme atractivo hacia la vida religiosa, es una fuente de nuevas vocaciones y un apoyo para la perseverancia. Es muy importante cultivar esta alegría en la comunidad religiosa: el exceso de trabajo la puede apagar, el celo exagerado por algunas causas la puede hacer olvidar, el continuo cuestionarse sobre la propia identidad y sobre el propio futuro puede ensombrecerla.

Pero saber celebrar fiesta juntos, concederse momentos personales y comunitarios de distensión, tomar distancia de vez en cuando del propio trabajo, gozar con las alegrías del hermano, prestar atención solícita a las necesidades de los

hermanos y hermanas, entregarse generosamente al trabajo apostólico, afrontar con misericordia las situaciones, salir al encuentro del futuro con la esperanza de hallar siempre y en todas partes al Señor: todo esto alimenta la serenidad, la paz y la alegría, y se convierte en fuerza para la acción apostólica.

La alegría es un espléndido testimonio de la dimensión evangélica de una comunidad religiosa, meta de un camino no exento de tribulación, pero posible, porque está sostenido por la oración: «Alegres en la esperanza, fuertes en la tribulación, perseverantes en la oración» (Rm 12,12)”.

29. “En el proceso de renovación de estos años aparece que la comunicación es uno de los factores humanos que adquieren una creciente relevancia para la vida de la comunidad religiosa. La exigencia más sentida de incrementar la vida fraterna de una comunidad lleva consigo la correspondiente necesidad de una más amplia e intensa comunicación.

Para llegar a ser verdaderamente hermanos y hermanas es necesario conocerse. Para conocerse es muy importante comunicarse cada vez de forma más amplia y profunda. Se da hoy una atención mayor a los distintos aspectos de la comunicación, aunque en medida y en forma diversa según los distintos institutos y las diversas regiones del mundo”.

30. “La comunicación dentro de los institutos ha alcanzado un notable desarrollo. Han aumentado los encuentros regulares de sus miembros a nivel congregacional, regional y provincial, y los superiores normalmente envían cartas y ofrecen sugerencias y visitan con mayor frecuencia las comunidades, y se ha difundido el uso de boletines y periódicos internos.

Esta amplia comunicación, requerida a distintos niveles, dentro del respeto de la fisonomía propia del instituto, crea

normalmente relaciones más estrechas, alimenta el espíritu de familia y la participación en todo lo que atañe al instituto entero, sensibiliza ante los problemas generales y une más a las personas consagradas en torno a la misión común”.

31. “También a nivel comunitario se ha comprobado que es altamente positivo haber tenido regularmente -con frecuencia, a ritmo semanal- encuentros en los que los religiosos y las religiosas comparten problemas de la comunidad, del instituto y de la Iglesia y dialogan sobre los principales documentos de la misma. Son momentos útiles también para escuchar a los otros, compartir las propias ideas, revisar y evaluar el camino recorrido, pensar y programar juntos.

La vida fraterna, especialmente en las comunidades más numerosas, necesita estos momentos para crecer. Son momentos que han de estar libres de cualquier otra ocupación; momentos importantes de comunicación también para crear sentido de corresponsabilidad y para situar el propio trabajo en el contexto más amplio de la vida religiosa, eclesial y del mundo -al que se ha sido enviado en misión-, y no sólo en el ámbito de la vida comunitaria. Es éste un camino que han de seguir recorriendo todas las comunidades, adaptando convenientemente sus ritmos y modalidades a las dimensiones de las mismas comunidades y a sus compromisos. En las comunidades contemplativas esto exige respeto del propio estilo de vida”.

32. “Pero esto no es todo. En muchas partes se siente la necesidad de una comunicación más intensa entre los religiosos de una misma comunidad. La falta y la pobreza de comunicación genera habitualmente un debilitamiento de la fraternidad a causa del desconocimiento de la vida del

otro, que convierte en extraño al hermano y en anónima la relación, además de crear verdaderas y propias situaciones de aislamiento y de soledad.

En algunas comunidades se lamenta la escasa calidad de la comunicación fundamental de bienes espirituales: se comunican temas y problemas marginales, pero raramente se comparte lo que es vital y central en la vida consagrada.

Las consecuencias de esto pueden ser dolorosas, porque la experiencia espiritual adquiere insensiblemente connotaciones individualistas. Se favorece, además, la mentalidad de autogestión unida a la insensibilidad por el otro, mientras lentamente se van buscando relaciones significativas fuera de la comunidad.

Hay que afrontar el problema explícitamente: con tacto y atención y sin forzar las cosas; pero también con decisión y creatividad, buscando formas e instrumentos que puedan permitir a todos aprender progresivamente a compartir, en sencillez y fraternidad, los dones del Espíritu, a fin de que lleguen a ser verdaderamente de todos y sirvan para la edificación de todos (cf 1 Cor 12,7).

La comunión nace precisamente de la comunicación de los bienes del Espíritu, una comunicación de la fe y en la fe, donde el vínculo de fraternidad se hace tanto más fuerte cuanto más central y vital es lo que se pone en común. Este ejercicio de comunicación sirve también para aprender a comunicarse de verdad, permitiendo después a cada uno, en el apostolado, «confesar la propia fe» en términos fáciles y sencillos, a fin de que todos la puedan comprender y gustar.

Las formas de comunicar los dones espirituales pueden ser muy

diversas. A parte de las ya señaladas -compartir la Palabra y la experiencia de Dios, discernimiento y proyecto comunitario-, se pueden recordar también la corrección fraterna, la revisión de vida y otras formas típicas de la tradición. Todos éstos son modos concretos de poner al servicio de los demás y de hacer que reviertan sobre la comunidad los dones que el Espíritu otorga abundantemente para su edificación y misión en el mundo.

Todo ello adquiere mayor importancia en este momento en que pueden convivir en una misma comunidad religiosos no sólo de diversas edades, sino de razas diversas, de distinta formación cultural y teológica, religiosos que han tenido muy diversas experiencias durante estos años tan agitados y de tanto pluralismo.

Sin diálogo y sin escucha se corre el riesgo de crear existencias yuxtapuestas o paralelas, lo que está muy lejos del ideal de la fraternidad”.

33. “Toda forma de comunicación implica itinerarios y dificultades psicológicas particulares que pueden ser enfrentadas positivamente, incluso con la ayuda de las ciencias humanas. Algunas comunidades se han beneficiado, por ejemplo, de la ayuda de expertos en comunicación y de profesionales en el campo de la psicología o de la sociología.

Se trata de medios excepcionales que deben ser valorados prudentemente y que pueden ser utilizados con moderación por comunidades deseosas de derribar el muro de separación que a veces se levanta dentro de la misma comunidad. Las técnicas humanas pueden ser útiles, pero no son suficientes. Es necesario para todos querer de verdad el bien del hermano, cultivando la capacidad evangélica de recibir de los otros todo

lo que desean dar y comunicar, y, de hecho, comunican con su misma existencia.

«Tened unos mismos sentimientos y un mismo amor; sed cordiales y unánimes. Con gran humildad, estimad a los otros como superiores. Buscad los intereses de los otros y no sólo los vuestros. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Fil 2,2-5).

Sólo en este clima las diversas formas y técnicas de comunicación, compatibles con la vida religiosa, pueden alcanzar resultados que favorezcan el crecimiento de la fraternidad”.

34. “El considerable influjo que los medios de comunicación social ejercen sobre la vida y la mentalidad de nuestros contemporáneos, afecta también a las comunidades religiosas y no pocas veces condiciona la comunicación dentro de la mismas.

Así, pues, la comunidad, consciente de su influjo, se educa para utilizarlos en orden al crecimiento personal y comunitario con la claridad evangélica y la libertad interior de quien ha aprendido a conocer a Cristo (cf Gal 4,17-23). Esos medios, en efecto, proponen, y con frecuencia imponen, una mentalidad y un modelo de vida que debe ser confrontado continuamente con el Evangelio. A este propósito desde muchos lugares se pide una profunda formación a la recepción y al uso crítico y fecundo de esos medios. ¿Por qué no hacer de este tema objeto de valoración, de comprobación y de programación en los encuentros comunitarios periódicos?

En particular cuando la televisión se convierte en la única forma de recreación, obstaculiza y a veces impide la relación entre las personas, limita la comunicación fraterna, e incluso puede dañar la misma vida consagrada.

Se impone un justo equilibrio: el uso moderado y prudente de los medios de comunicación, acompañado por el discernimiento comunitario, puede ayudar a la comunidad a conocer mejor la complejidad del mundo de la cultura, puede permitir una recepción confrontada y crítica y ayudar finalmente, a valorar su impacto en vista de los diversos ministerios al servicio del Evangelio.

En coherencia con la opción por su específico estado de vida, caracterizado por una más marcada separación del mundo, las comunidades contemplativas deben sentirse mayormente comprometidas en mantener un ambiente de recogimiento, ateniéndose a las normas establecidas en las propias constituciones sobre el uso de los medios de comunicación social”.

35. “La comunidad religiosa, por el hecho mismo de ser una «Schola Amoris» (escuela de amor), que ayuda a crecer en el amor a Dios y a los hermanos, se convierte también en lugar de crecimiento humano. El proceso es exigente, ya que comporta la renuncia a bienes ciertamente muy estimables; pero no es imposible, como lo demuestra la lista de santos y santas y las maravillosas figuras de religiosos y religiosas que han demostrado que la consagración a Cristo «no se opone al verdadero progreso de la persona humana, sino que, por su misma naturaleza, lo promueve en gran medida».

El camino hacia la madurez humana, premisa necesaria para una vida de irradiación evangélica, es un proceso que no conoce límites, porque comporta un continuo «enriquecimiento», no sólo en los valores espirituales, sino también en los de orden psicológico, cultural y social.

Los grandes cambios acaecidos en la cultura y en las costumbres, orientados de hecho más hacia las realidades materiales que hacia los valores espirituales, exigen que se preste mayor

atención a algunas áreas en las que las personas consagradas parecen hoy particularmente vulnerables”.

36. “El proceso de madurez se consigue en la propia identificación con la llamada de Dios. Una identidad insegura puede impulsar, especialmente en los momentos de dificultad, hacia una realización malentendida: con una extrema necesidad de resultados positivos y de la aprobación por parte de los otros, con un exagerado miedo al fracaso y la depresión por la falta de éxito.

La identidad de la persona consagrada depende de la madurez espiritual: es obra del Espíritu, que impulsa a configurarse con Cristo, según la particular modalidad que nace del «carisma originario, mediación del Evangelio, para los miembros de un determinado Instituto». Es muy importante, en estos casos, la ayuda de un guía espiritual, que conozca bien y respete la espiritualidad y la misión del instituto, para «discernir la acción de Dios, acompañar al hermano en las vías del Señor, alimentar la vida con sólida doctrina y con la vida de la oración». Este acompañamiento, particularmente necesario en la formación inicial, resulta también útil para todo el resto de la vida, en orden a conseguir el «verdadero crecimiento en Cristo».

También la madurez cultural ayuda a afrontar los retos de la misión, asumiendo los instrumentos necesarios para discernir la marcha de los tiempos y para encontrar respuestas adecuadas, a través de las cuales el Evangelio se convierte en una continua propuesta alternativa a las propuestas mundanas, integrando su fuerza positiva y purificándolas de los fermentos del mal.

En esta dinámica la persona consagrada y la comunidad religiosa son propuesta evangélica que manifiesta la presencia de Cristo en el mundo”.

37. “La vida fraterna en común exige, por parte de todos, un buen equilibrio psicológico sobre cuya base pueda madurar la vida afectiva de cada uno. Componente fundamental de esta madurez, como hemos recordado antes, es la libertad afectiva, gracias a la cual el consagrado ama su vocación y ama según su vocación. Sólo esta libertad y madurez consienten precisamente vivir bien la afectividad, tanto dentro como fuera de la comunidad.

Amar la propia vocación, sentir la llamada como una razón válida para vivir y acoger la consagración como una realidad verdadera, bella y buena que comunica verdad, belleza y bondad a la propia existencia: todo esto hace a la persona fuerte y autónoma, segura de la propia identidad, no necesitada de apoyaturas ni de distintas compensaciones, incluso de tipo afectivo; y refuerza el vínculo que une al consagrado con aquellos que comparten con él la misma llamada. Con ellos, ante todo, se siente llamado a vivir relaciones de fraternidad y de amistad.

Amar la vocación es amar a la Iglesia, es amar al propio instituto y sentir la comunidad como la verdadera familia propia.

Amar según la propia vocación es amar con el estilo de quien, en toda relación humana, desea ser signo claro del amor de Dios, no avasalla a nadie ni trata de poseerle, sino que quiere bien al otro y quiere el bien del otro con la misma benevolencia de Dios.

Es necesaria, por tanto, una formación específica de la afectividad, que integre la dimensión humana con la dimensión más propiamente espiritual. A este propósito, el documento *Potissimum Institutioni* ofrece amplias y oportunas directrices acerca del discernimiento «sobre el equilibrio de la afectividad, particularmente del equilibrio sexual» y sobre la «capacidad de

vivir en comunidad».

Sin embargo, las dificultades en este campo son, con frecuencia, la caja de resonancia de problemas que proceden de otra parte; por ejemplo, una afectividad-sexualidad vivida en actitud narcisístico-adolescente, o rígidamente reprimida, puede ser consecuencia de experiencias negativas anteriores al ingreso en la comunidad, o también consecuencia de malestares comunitarios o apostólicos. Por eso es tan importante que exista una rica y cálida vida fraterna, que «lleve la carga» del hermano herido y necesitado de ayuda.

Si se necesita una cierta madurez para vivir en comunidad, se necesita igualmente una cordial vida fraterna para la madurez del religioso. Cuando se advierte una falta de autonomía afectiva en el hermano o en la hermana, la respuesta debería venir de la misma comunidad en términos de un amor rico y humano como el del Señor Jesús y el de tantos santos religiosos, un amor que comparte los temores y las alegrías, las dificultades y las esperanzas con ese calor que es propio de un corazón nuevo, que sabe acoger a la persona en su totalidad. Este amor solícito y respetuoso, no posesivo sino gratuito, debería llevar a experimentar de cerca el amor del Señor, ese amor que llevó al Hijo de Dios a proclamar, a través de la cruz, que no se puede dudar de ser amados por el Amor”.

38. “Una ocasión particular para el crecimiento humano y la madurez cristiana es la convivencia con personas que sufren, que no se encuentran a gusto en la comunidad, que por lo mismo son motivo de sufrimiento para los hermanos y que perturban la vida comunitaria.

Hay que preguntarse, ante todo, de dónde procede ese sufrimiento: de deficiencia de carácter, de trabajos que les

resultan demasiado pesados, de graves lagunas en la formación, de los cambios demasiado rápidos de estos últimos años, de formas de gobierno excesivamente autoritarias, de dificultades espirituales.

Pueden darse también situaciones diversas, en las que la autoridad ha de recordar que la vida en común requiere, a veces, sacrificio y puede convertirse en una forma de «maxima poenitentia».

Existen, por otra parte, situaciones y casos en los que es necesario recurrir a las ciencias humanas, sobre todo cuando hay personas claramente incapaces de vivir la vida comunitaria por problemas de madurez humana y de fragilidad psicológica o por factores prevalentemente patológicos.

El recurso a estas intervenciones ha resultado útil no sólo como terapia, en casos de psicopatología más o menos manifiesta, sino también como prevención para ayudar a una adecuada selección de los candidatos y para acompañar, en algunos casos, al equipo de formadores a afrontar problemas específicos pedagógico-formativos.

En todo caso, en la elección de los especialistas, hay que preferir a una persona creyente y que conozca bien la vida religiosa y sus propios dinamismos. Y tanto mejor si es una persona consagrada.

El uso de estos medios, por último, resultará verdaderamente eficaz si se hace con discreción y no se generaliza, incluso porque no resuelven todos los problemas y, por lo mismo, «no pueden sustituir a una auténtica dirección espiritual».

39. “El respeto a la persona, recomendado por el Concilio y por otros documentos, ha tenido un influjo positivo en la praxis comunitaria.

Sin embargo, al mismo tiempo se ha difundido también, con mayor o menor intensidad según las distintas regiones del mundo, el individualismo bajo las más diversas formas, como la necesidad de protagonismo y la exagerada insistencia sobre el propio bienestar físico, psíquico y profesional, la preferencia por un trabajo ejercido por cuenta propia o de prestigio y bien seguro, la prioridad absoluta dada a las propias aspiraciones personales y al propio camino individual, sin preocuparse de los demás y sin verdadera referencia a la comunidad.

Por otra parte, es necesario buscar el justo equilibrio, no siempre fácil de alcanzar, entre el respeto a la persona y el bien común, entre las exigencias y necesidades de cada uno y las de la comunidad, entre los carismas personales y el proyecto apostólico de la misma comunidad. Y esto dista tanto del individualismo disgregante como del comunitarismo nivelador. La comunidad religiosa es el lugar donde se verifica el cotidiano y paciente paso del «yo» al «nosotros», de mi compromiso al compromiso confiado a la comunidad, de la búsqueda de «mis cosas» a la búsqueda de las «cosas de Cristo».

La comunidad religiosa se convierte, entonces, en el lugar donde se aprende cada día a asumir aquella mentalidad renovada que permite vivir día a día la comunión fraterna con la riqueza de los diversos dones, y, al mismo tiempo, hace que estos dones converjan en la fraternidad y la corresponsabilidad en su proyecto apostólico”.

40. “Para conseguir esta «sinfonía» comunitaria y apostólica es preciso:

- a) Celebrar y agradecer juntos el don común de la vocación y misión, don que trascienda en gran medida toda diferencia individual y cultural. Promover una actitud contemplativa

ante la sabiduría de Dios, que ha enviado determinados hermanos a la comunidad para que sean un don los unos para los otros. Alabarle por lo que cada hermano transmite de la presencia y de la palabra de Cristo.

- b) Cultivar el respeto mutuo, con el que se acepta el ritmo lento de los más débiles y, al mismo tiempo, no se ahoga el nacimiento de personalidades más ricas. Un respeto que favorece la creatividad, pero que es también una llamada a la responsabilidad y al compromiso para con los otros y a la solidaridad.
- c) Orientar hacia la misión común, ya que todo instituto tiene su misión en la que cada uno debe colaborar según sus propios dones. El itinerario de la persona consagrada consiste precisamente en consagrar progresivamente al Señor todo lo que tiene y todo lo que es, en orden a la misión de su familia religiosa.
- d) Recordar que la misión apostólica está confiada en primer lugar a la comunidad y que esto con frecuencia lleva consigo también la gestión de obras propias del instituto. La dedicación a ese apostolado comunitario hace que la persona consagrada madure y la lleva a crecer en su peculiar camino de santidad.
- e) Conviene tener en cuenta que cada religioso, cuando recibe de la obediencia misiones personales, debe considerarse enviado por la comunidad. Ésta, a su vez, debe preocuparse de su actualización regular e integrarlo en la verificación de los compromisos apostólicos y comunitarios.

Durante el tiempo de formación puede suceder que, no obstante la buena voluntad, resulte imposible conseguir la plena integración de los dones personales de una persona

consagrada en la fraternidad y en la misión común. Es entonces cuando se debe plantear esta pregunta: «¿Los dones que Dios ha concedido a esa persona (...) son causa de unidad y hacen más profunda la comunión? Si la respuesta es afirmativa, han de ser bien acogidos. En caso contrario, por muy buenos que puedan parecer en sí mismos, y por muy valiosos que puedan parecer a algunos hermanos, no son aptos para este determinado Instituto. No es prudente, en efecto, permitir líneas de desarrollo muy divergentes, que no ofrecen un sólido fundamento de unidad en el Instituto».

41. “En estos años han aumentado las comunidades con un pequeño número de miembros, debido sobre todo a exigencias apostólicas. Éstas pueden también favorecer el desarrollo de relaciones más estrechas entre los religiosos, de oración más participada y una recíproca y más fraterna asunción de responsabilidades.

No faltan, sin embargo, también motivos discutibles, como la afinidad de gustos o de mentalidad. En este caso es fácil que la comunidad se cierre y pueda llegar a seleccionar sus componentes, aceptando o no a un hermano enviado por los superiores. Esto contradice la naturaleza misma de la comunidad religiosa y su condición de signo. La homogeneidad en la elección, además de debilitar la movilidad apostólica, hace perder vigor a la realidad pneumática de la comunidad, y vacía de su fuerza testimoniante la realidad espiritual que la rige.

El esfuerzo por aceptarse los unos a los otros y el empeño por superar las dificultades, que es típico de las comunidades heterogéneas, demuestra la trascendencia del motivo que las ha hecho surgir, o sea, «el poder de Dios que se manifiesta en la pobreza del hombre» (2 Cor 12,9-10).

En la comunidad se está juntos no porque nos hemos elegido los unos a los otros, sino porque hemos sido elegidos por el Señor”.

42. “Si la cultura occidental puede llevar al individualismo, que dificulta la vida fraterna en común, otras culturas pueden, por el contrario, llevar al comunitarismo, que dificulta la valorización de la persona humana. Todas las formas culturales han de ser evangelizadas.

La presencia de comunidades religiosas que, en un proceso de conversión, llegan a vivir una vida fraterna en la que la persona se pone a disposición de los hermanos, o en la que el «grupo» promueve a la persona, es un signo de la fuerza transformante del Evangelio y de la venida del Reino de Dios.

Los institutos internacionales, en los que conviven miembros de distintas culturas, pueden contribuir a un intercambio de dones, mediante el cual las distintas culturas se enriquecen y se corrigen mutuamente, en la tensión común por vivir cada vez más intensamente el Evangelio de la libertad personal y de la comunión fraterna”.

43. “La renovación comunitaria ha conseguido notables ventajas de la formación permanente. Recomendada y delineada en sus líneas fundamentales por el documento *Potissimum Institutioni*, es considerada de vital importancia para el futuro por todos los responsables de institutos religiosos.

No obstante algunos problemas -dificultad para hacer una síntesis entre sus diversos aspectos y para sensibilizar a todos los miembros de una comunidad, exigencias absorbentes del apostolado y justo equilibrio entre actividad y formación-, la mayor parte de los institutos ha promovido iniciativas a este respecto, tanto a nivel general como a nivel local.

Una de las finalidades de estas iniciativas es formar comunidades maduras, evangélicas, fraternas, capaces de continuar la formación permanente en la vida diaria. La comunidad religiosa, en efecto, es el lugar donde las grandes orientaciones se hacen operativas, gracias a la paciente y tenaz mediación cotidiana. La comunidad religiosa es la sede y el ambiente natural del proceso de crecimiento de todos, donde cada uno se hace corresponsable del crecimiento del otro. La comunidad religiosa es, además, el lugar donde, día a día, se nos ayuda a responder, como personas consagradas portadoras de un carisma común, a las necesidades de los más postergados y a los retos de la nueva sociedad.

No es infrecuente que, ante a los problemas que se deben afrontar, sean diversas las respuestas, con evidentes consecuencias en la vida comunitaria. De ahí la constatación de que uno de los objetivos más sentidos hoy sea el de integrar a personas de diversa formación y de visiones apostólicas distintas en una misma vida comunitaria, donde las diferencias no sean tanto ocasión de contraste cuanto momentos de mutuo enriquecimiento. En este contexto diversificado y en continuo cambio, resulta cada vez más importante la misión de crear comunión propia de los responsables de comunidad, para quienes es oportuno prever ayudas específicas por parte de la formación permanente, en orden a su tarea de animación de la vida fraterna y apostólica.

Partiendo de la experiencia de estos últimos años, dos aspectos merecen aquí una atención particular: la dimensión comunitaria de los consejos evangélicos y el carisma”.

Caminar desde Cristo (Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades Apostólicas, 2002)

28. “Si «la vida espiritual debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada» deberá ser ante todo una espiritualidad de comunión, como corresponde al momento presente: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

En este camino de toda la Iglesia se espera la decisiva contribución de la vida consagrada, por su específica vocación a la vida de comunión en el amor. «Se pide a las personas consagradas —se lee en *Vita consecrata*— que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Dios».

Se recuerda también, que una tarea en el hoy de las comunidades de vida consagrada es la «de fomentar la espiritualidad de la comunión, ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma y más allá aún de sus confines, entablado o restableciendo constantemente el diálogo de la caridad, sobre todo allí donde el mundo de hoy está tan desgarrado por el odio étnico o las locuras homicidas». Una tarea que exige personas espirituales forjadas interiormente por el Dios de la comunión benigna y misericordiosa, y comunidades maduras donde la espiritualidad de comunión es ley de vida”.

29. “¿Qué es la espiritualidad de la comunión? Con palabras incisivas, capaces de renovar relaciones y programas, Juan Pablo II enseña: «Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado». Y además:

«Espiritualidad de la comunión significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”...». De este principio derivan con lógica apremiante algunas consecuencias en el modo de sentir y de obrar: compartir las alegrías y los sufrimientos de los hermanos; intuir sus deseos y atender a sus necesidades; ofrecerles una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios; es saber «dar espacio» al hermano llevando mutuamente los unos las cargas de los otros. Sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión.

La espiritualidad de la comunión se presenta como clima espiritual de la Iglesia al comienzo del tercer milenio, tarea activa y ejemplar de la vida consagrada a todos los niveles. Es el camino maestro de un futuro de vida y de testimonio. La santidad y la misión pasan por la comunión, porque Cristo se hace presente en ella y a través de ella. El hermano y la hermana se convierten en sacramento de Cristo y del encuentro con Dios, posibilidad concreta y, más todavía, necesidad insustituible para poder vivir el mandamiento del amor mutuo y por tanto la comunión trinitaria.

En estos años las comunidades y los diversos tipos de fraternidades de los consagrados se entienden más como lugar de comunión, donde las relaciones aparecen menos formales y donde se facilitan la acogida y la mutua comprensión. Se descubre también el valor divino y humano del estar juntos gratuitamente, como discípulos y discípulas en torno a Cristo Maestro, en amistad, compartiendo también los momentos de distensión y de esparcimiento.

Se nota, además, una comunión más intensa entre las diversas comunidades en el interior de los Institutos. Las comunidades multiculturales e internacionales, llamadas a «dar testimonio del sentido de la comunión entre los pueblos, las razas, las culturas», en muchas partes son ya una realidad positiva, donde se experimentan conocimiento mutuo, respeto, estima, enriquecimiento. Se revelan como lugares de entrenamiento a la integración y a la inculturación, y, al mismo tiempo, un testimonio de la universalidad del mensaje cristiano.

La Exhortación Vita consecrata, al presentar esta forma de vida como signo de comunión en la Iglesia, ha puesto en evidencia toda la riqueza y las exigencias pedidas por la vida fraterna. Antes nuestro Dicasterio había publicado el documento Congregavit nos in unum Christi amor, sobre la vida fraterna en comunidad. Cada comunidad deberá volver periódicamente a estos documentos para confrontar el propio camino de fe y de progreso en la fraternidad”.

Deus Caritas Est (Benedicto XVI, 2005)

16. “Después de haber reflexionado sobre la esencia del amor y su significado en la fe bíblica, queda aún una doble cuestión sobre cómo podemos vivirlo: ¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado: ¿Se puede mandar el amor? En estas preguntas se manifiestan dos objeciones contra el doble mandamiento del amor. Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo? Y además, el amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad. La Escritura parece respaldar la primera objeción cuando afirma: « Si alguno dice: “amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano,

a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve » (1 Jn 4, 20). Pero este texto en modo alguno excluye el amor a Dios, como si fuera un imposible; por el contrario, en todo el contexto de la Primera carta de Juan apenas citada, el amor a Dios es exigido explícitamente. Lo que se subraya es la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia. El versículo de Juan se ha de interpretar más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios”.

17. “En efecto, nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada Carta de Juan (cf. 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues « Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él » (1 Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de

este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este « antes » de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el eros llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por « concluido » y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. Idem velle, idem nolle, querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece

en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. Sal 73 [72], 23-28)”.

18. “De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la Primera carta de Juan. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo « piadoso » y cumplir con mis « deberes religiosos », se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación « correcta », pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también

ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama. Los Santos —pensemos por ejemplo en la beata Teresa de Calcuta— han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un « mandamiento » externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor. El amor es « divino » porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea « todo para todos » (cf. 1 Co 15, 28)”.

Spes Salvi (Benedicto XVI, 2007)

13. “A lo largo de su historia, los cristianos han tratado de traducir en figuras representables este saber que no sabe, recurriendo a imágenes del « cielo » que siempre resultan lejanas de lo que, precisamente por eso, sólo conocemos negativamente, a través de un no-conocimiento. En el curso de los siglos, todos estos intentos de representación de la esperanza han impulsado a muchos a vivir basándose en la fe y, como consecuencia, a abandonar sus « hyparchonta », las sustancias materiales para su existencia. El autor de la Carta a los Hebreos, en el capítulo 11, ha trazado una especie de historia de los que viven en la esperanza y de su estar de camino, una historia que desde Abel

llega hasta la época del autor. En los tiempos modernos se ha desencadenado una crítica cada vez más dura contra este tipo de esperanza: consistiría en puro individualismo, que habría abandonado el mundo a su miseria y se habría amparado en una salvación eterna exclusivamente privada. Henri de Lubac, en la introducción a su obra fundamental *Catholicisme. Aspects sociaux du dogme*, ha recogido algunos testimonios característicos de esta clase, uno de los cuales es digno de mención: « ¿He encontrado la alegría? No... He encontrado mi alegría. Y esto es algo terriblemente diverso... La alegría de Jesús puede ser personal. Puede pertenecer a una sola persona, y ésta se salva. Está en paz..., ahora y por siempre, pero ella sola. Esta soledad de la alegría no la perturba. Al contrario: ¡Ella es precisamente la elegida! En su bienaventuranza atraviesa felizmente las batallas con una rosa en la mano»”.

14. “A este respecto, de Lubac ha podido demostrar, basándose en la teología de los Padres en toda su amplitud, que la salvación ha sido considerada siempre como una realidad comunitaria. La misma Carta a los Hebreos habla de una « ciudad » (cf. 11,10.16; 12,22; 13,14) y, por tanto, de una salvación comunitaria. Los Padres, coherentemente, entienden el pecado como la destrucción de la unidad del género humano, como ruptura y división. Babel, el lugar de la confusión de las lenguas y de la separación, se muestra como expresión de lo que es el pecado en su raíz. Por eso, la « redención » se presenta precisamente como el restablecimiento de la unidad en la que nos encontramos de nuevo juntos en una unión que se refleja en la comunidad mundial de los creyentes. No hace falta que nos ocupemos aquí de todos los textos en los que aparece el aspecto comunitario de la esperanza. Sigamos con la Carta a Proba, en la cual Agustín intenta explicar un poco esta desconocida realidad conocida

que vamos buscando. El punto de partida es simplemente la expresión « vida bienaventurada [feliz] ». Después cita el Salmo 144 [143],15: « Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor ». Y continúa: « Para que podamos formar parte de este pueblo y llegar [...] a vivir con Dios eternamente, “el precepto tiene por objeto el amor, que brota de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe sincera” (1 Tm 1,5) ». Esta vida verdadera, hacia la cual tratamos de dirigirnos siempre de nuevo, comporta estar unidos existencialmente en un « pueblo » y sólo puede realizarse para cada persona dentro de este « nosotros ». Precisamente por eso presupone dejar de estar encerrados en el propio « yo », porque sólo la apertura a este sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría, hacia el amor mismo, hacia Dios”.

Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco, 2013)

87. “Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación. De este modo, las mayores posibilidades de comunicación se traducirán en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos. Si pudiéramos seguir ese camino, ¡sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos”.

88. “El ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual. Muchos tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio. Porque, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se puedan encender y apagar a voluntad. Mientras tanto, el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura”.

89. “El aislamiento, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. Si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad

misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios”.

90. “Las formas propias de la religiosidad popular son encarnadas, porque han brotado de la encarnación de la fe cristiana en una cultura popular. Por eso mismo incluyen una relación personal, no con energías armonizadoras sino con Dios, Jesucristo, María, un santo. Tienen carne, tienen rostros. Son aptas para alimentar potencialidades relacionales y no tanto fugas individualistas. En otros sectores de nuestras sociedades crece el aprecio por diversas formas de «espiritualidad del bienestar» sin comunidad, por una «teología de la prosperidad» sin compromisos fraternos o por experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior inmanentista”.

91. “Un desafío importante es mostrar que la solución nunca consistirá en escapar de una relación personal y comprometida con Dios que al mismo tiempo nos comprometa con los otros. Eso es lo que hoy sucede cuando los creyentes procuran esconderse y quitarse de encima a los demás, y cuando sutilmente escapan de un lugar a otro o de una tarea a otra, quedándose sin vínculos profundos y estables: «Imaginatio locorum et mutatio multos fefellit». Es un falso remedio que enferma el corazón, y a veces el cuerpo. Hace falta ayudar a reconocer que el único camino consiste en aprender a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos. También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o

ingraticudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad”.

92. “Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno. Precisamente en esta época, y también allí donde son un «pequeño rebaño» (Lc 12,32), los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad!”.

Misericordiae Vultus (Francisco, 2015)

14. “La peregrinación es un signo peculiar en el Año Santo, porque es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida es una peregrinación y el ser humano es viator, un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada. También para llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar, cada uno deberá realizar, de acuerdo con las propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. La peregrinación, entonces, sea estímulo para la conversión: atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros.

El Señor Jesús indica las etapas de la peregrinación mediante

la cual es posible alcanzar esta meta: «No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque seréis medidos con la medida que midáis» (Lc 6,37-38). Dice, ante todo, no juzgar y no condenar. Si no se quiere incurrir en el juicio de Dios, nadie puede convertirse en el juez del propio hermano. Los hombres ciertamente con sus juicios se detienen en la superficie, mientras el Padre mira el interior. ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme. No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra presunción de saberlo todo. Sin embargo, esto no es todavía suficiente para manifestar la misericordia. Jesús pide también perdonar y dar. Ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad.

Así entonces, misericordiosos como el Padre es el “lema” del Año Santo. En la misericordia tenemos la prueba de cómo Dios ama. Él da todo sí mismo, por siempre, gratuitamente y sin pedir nada a cambio. Viene en nuestra ayuda cuando lo invocamos. Es bello que la oración cotidiana de la Iglesia inicie con estas palabras: «Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme» (Sal 70,2). El auxilio que invocamos es ya el primer paso de la misericordia de Dios hacia nosotros. Él viene a salvarnos de la condición de debilidad en la que vivimos. Y su

auxilio consiste en permitirnos captar su presencia y cercanía. Día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos”.

3. MAGISTERIO SALESIANO

DON BOSCO

Constituciones 1875

“Cinco recuerdos importantes. La experiencia ha dado a conocer cinco defectos, que pueden llamarse las cinco polillas de la observancia religiosa y la ruina de las Congregaciones. Los indicaré brevemente.

- 1º ” Huir del prurito de reforma. Procuremos observar nuestras reglas sin pensar en su mejora o reforma. «Si los Salesianos, dijo nuestro bienhechor Pío IX, sin pretender mejora en sus Constituciones, tratan de observarlas puntualmente, su Congregación será cada vez más floreciente.»
- 2º Renunciar al egoísmo individual. Por consiguiente, jamás busquemos la utilidad privada de nosotros mismos, sino trabajemos con gran celo por el bien común de la Congregación. Debemos amarnos, ayudarnos con el consejo y la oración, promover el honor de nuestros hermanos, no como propiedad de uno solo, sino como esencial y rica herencia de todos.
- 3º No murmuremos de los superiores ni desaprobemos sus órdenes. Cuando llegue a nuestra noticia algo que nos parezca material o moralmente malo, expongámoslo humildemente a los superiores. Ellos son los encargados por Dios de velar sobre las cosas y sobre las personas, y ellos, y no otros, son los

que habrán de dar cuenta de su administración.

4º Ninguno descuide su parte. Los Salesianos considerados en conjunto forman un solo cuerpo, es decir: la Congregación. Si todos los miembros de este cuerpo cumplen su oficio, todo marchará con orden y a satisfacción; de lo contrario, ocurrirán desórdenes, dislocaciones, roturas, desmembraciones, y, por último, la ruina del cuerpo mismo. Cumpla cada uno, por tanto, el oficio que se le ha confiado; pero cúmplalo con celo, con humildad, y no se acobarde si ha de hacer algún sacrificio penoso para él. Sírvale de consuelo el pensar que sus fatigas redundarán en utilidad de aquella Congregación a la cual todos nos hemos consagrado.

5º En todo cargo, trabajo, pena o disgusto, no olvidemos jamás que estando consagrados a Dios, por El sólo debemos trabajar, y únicamente de El esperar la recompensa. Dios lleva minuciosa cuenta aun de las cosas más pequeñas hechas por su santo nombre, y es de fe que en su día las recompensará con generosidad. Al fin de nuestra vida, cuando nos presentemos ante su divino tribunal, nos mirará con rostro lleno de amor y nos dirá: «Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25, 21).

Carta a Domingo Tomatis (1876)

Mi querido Don Tomatis,

He tenido noticias tuyas y me alegró mucho saber que hiciste buen viaje y que tienes buena voluntad para trabajar. Sigue. Una carta tuya llegada a Varazze ha dado a conocer que no te entiendes con alguno de tus hermanos. Esto ha causado mala

impresión, en especial porque se leyó en público.

Escúchame, querido Don Tomatis: un Misionero debe estar pronto a dar la vida para la mayor gloria de Dios; y ¿no será luego capaz de soportar un poco de antipatía hacia un compañero, aunque tuviese graves defectos? Por tanto oye lo que dice san Pablo: Soportad mutuamente, vuestras cargas y así cumpliréis la ley de Cristo (Gal. 6, 2). La caridad es benigna, paciente, y todo lo soporta (1 Cor 13, 4). Y si alguien no se cuida de los suyos y en especial de sus domésticos, es peor que un infiel (1 Tim, 5, 8).

Por tanto dame este gran consuelo, mejor aún, hazme este gran placer, es Don Bosco quien te lo pide: en lo porvenir que Molinari sea tu gran amigo, y si no lo puedes amar por sus defectos, ámalo por amor de Dios, ámalo por amor mío. Lo harás ¿no es verdad? Por lo demás estoy contento de ti y cada mañana en la Misa recomiendo al Señor tu alma, tus fatigas.

No te olvides la traducción de la Aritmética, añadiendo los pesos y medidas de la R. Argentina. Dirás al benemérito Dr. Ceccarelli que no he podido recibir el catecismo de esa archidiócesis, y deseo tenerlo, para insertar los actos de Fe en el Joven instruido conforme a los diocesanos.

Dios te bendiga, querido Tomatis; no te olvides de rezar por mí, que siempre te será en J. C.

Afmo, amigo. Sac. JUAN Bosco

CAPÍTULOS GENERALES

Capítulo General 21 (1978)

34. “EL DON DE LA FRATERNIDAD Y LA EVANGELIZACIÓN

La vida de comunión con Dios y con los hermanos es el fin del anuncio evangélico. Por eso es importantísimo para la evangelización el testimonio de una vida de comunión porque es una experiencia que anticipa, como semilla, la realidad que es el objeto de la esperanza.

En un momento en que la sociedad y, en parte, también la Iglesia, en una especial situación de cambio, sufren tensiones, conflictos y divisiones, «los religiosos deben dar testimonio de ese hombre, al cual la adhesión vital al propio fin, es decir al Dios viviente, realmente ha unificado y abierto». Ese hombre nuevo es aquel que nace de Dios y de la fraternidad. Y nosotros los Salesianos, recordamos en relación con esto aquel clima particular de la primera comunidad en torno a Don Bosco.

Al hablar de comunidad, no nos referimos solo a la comunidad local donde las relaciones personales son más inmediatas, sino también a la comunidad inspectorial, que tiene tareas mucho más importantes en función de la fraternidad de las comunidades locales y representa mejor que estas la complejidad de la vocación y misión salesianas; e incluso a la comunidad total de la Congregación, que hace presente nuestra hermandad como comunidad específica dentro de la Iglesia universal”.

35. “Se puede, sin duda, afirmar que la vida de nuestras comunidades ha conocido en estos últimos años, respondiendo al movimiento dado por el XX CGE, una discreta madurez humana y religiosa.

Recorriendo las páginas de los CI, se nota con satisfacción que las normas para la acción sobre la Comunidad han dado un resultado muy positivo en la Congregación y ello en modos de vida, de obrar y de organizarse en la corresponsabilidad. En muchos casos ha habido un crecimiento en la aceptación

mutua y en la cordialidad de relaciones, habiéndose también superado, con ventaja, tensiones y polarizaciones ideológicas. El desarrollo del espíritu de familia ha sabido dar valor a momentos y circunstancias de alegría y serenidad, expresándose con gestos de caridad muy significativos, particularmente al tratarse del cuidado de los hermanos enfermos. Ha aumentado el sentido de comunidad en la práctica de los instrumentos de corresponsabilidad previstos por nuestras Constituciones, que han facilitado el diálogo, la comunicación y comprensión, incluso entre hermanos de edades y culturas diversas”.

NO HAN FALTADO LAS SOMBRAS.

36. “El CG21 cree conveniente decir una palabra sobre el individualismo. Es un grave y siempre inminente peligro. Su gravedad puede medirse por el hecho de que aleja materialmente a los hermanos de la comunidad, de los momentos y estructuras de encuentro y de comunicación, y también porque está en el origen de fáciles ilusiones que hacen creer a algunos que ello constituye un estilo de vida más apropiado para realizar la «seuela Cristi»”.

EL INDIVIDUALISMO SE MANIFIESTA:

- 37. “En la dificultad de integración e inserción de la persona en la comunidad: la comunidad queda muchas veces instrumentalizada y reducida a una organización que ofrece garantías y seguridades puramente externas;
- en la falta de sentido de pertenencia profunda, que explica la dificultad de un diálogo auténtico: no hay capacidad de escuchar ni de expresarse con libertad, a causa también de la indisponibilidad de algunos hermanos a entender la importancia y el significado religioso de las asambleas

comunitarias. No hay corrección fraterna, según la regla evangélica, y se acepta resignados el clima de prejuicio recíproco y desconfianza;

- en no asumir responsabilidades en el proyecto pastoral y educativo comunes, ya que cada individuo toma arbitrariamente sus decisiones y actividades;
- en el fenómeno de las «fugas afectivas» que privan a la comunidad de la cordialidad fraterna, de las típicas manifestaciones salesianas del agradecimiento, de la alegría y de la fiesta;
- en una postura de autosuficiencia frente al magisterio de la Iglesia y las directrices de la Congregación; es una actitud que crea grupos de opinión y de presión;
- en un encerrarse frente a la «comunidad de bienes sobrenaturales»: algunos nunca comunican fraternamente en los momentos de confrontación con la palabra de Dios y en la participación de la experiencia de fe.

Para superar el individualismo se requiere vigilancia y esfuerzo personal. Es necesaria también la ayuda de la comunidad que, animada por la autoridad, busca los medios más adecuados para el desarrollo de cada persona.

En particular:

- la valorización de las cualidades de cada uno;
- la apertura cordial e iluminada que hace apreciar la obra de Dios en la vida de nuestros hermanos;
- la más justa colaboración posible de las personas en la misión comunitaria;

- la corresponsabilidad todos;
- el justo valor que hay que atribuir a los medios humanos para el crecimiento de la fraternidad;
- el reajuste de las comunidades en su número y tipo de trabajo, a fin de favorecer relaciones interpersonales más íntimas y ventajosas.

No hay duda de que todo aquello que hace crecer la persona es bueno para construir la fraternidad y hace posible que se manifieste la caridad. Pero, en definitiva, la fraternidad es don de Dios, es Dios que se da. Es percibir la presencia de Dios en los demás, en todos los demás; es un testimonio de la obra de Dios en el corazón de los hombres. Hoy estamos llamados a dar este testimonio, particularmente a los jóvenes.

Esta finura del amor tiene su fuente en Dios, y su constructor en Jesús. En la EN viene descrita en estos términos: «Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto exige de noble y de bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osaría imaginar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros?»

ORIENTACIONES OPERATIVAS SOBRE LA «COMUNIDAD EVANGELIZADA»

58. “Para renovar las relaciones interpersonales y comunitarias
- a) Estudie la comunidad la programación y revisión de su vida y actividades al menos una vez al año. El empeñar la corresponsabilidad de todos los hermanos en organizar y valorizar la vida de comunidad y el proyecto pastoral, es uno de los más importantes y significativos actos comunitarios.
 - b) Para intensificar el clima de vida fraterna y de unidad, que son indispensables para la marcha de nuestras comunidades, cada uno de los salesianos de el justo peso al «coloquio con el superior» del que habla el artículo 96 de nuestras Constituciones y el nuevo artículo 71 bis de los Reglamentos.
 - c) A fin de que la Comunidad llegue a ser un ambiente de verdadera comunión entre personas, haya en programa frecuentes reuniones donde se pueda informar y dar comunicaciones sobre la vida de la Comunidad, sirviéndose para ello también de las técnicas de la comunicación”.

Capítulo General 25 (2002)

7. “Don Bosco, movido por el Espíritu y asistido por la intervención materna de María, comenzó, en comunión de vida y de acción con los jóvenes, colaboradores y primeros Salesianos, una experiencia de familia, rica en valores humanos y espirituales y claramente encaminada al servicio de la juventud. Notamos que el primer servicio educativo que los jóvenes esperan de nosotros es el testimonio de una vida fraterna que se hace respuesta a su necesidad profunda de comunicación, propuesta de humanización, profecía del Reino e invitación a acoger el don de Dios”.

8. “Somos conscientes de que la comunión fraterna es un don de Dios en Jesucristo y, en consecuencia, tarea y compromiso de cada uno. La hacemos visible y la construimos compartiendo la vida, viviendo la caridad fraterna y participando en la misión común”.

9. “Por esto nos comprometemos a crecer en la espiritualidad de relación, conscientes de que «Dios nos llama a vivir en comunidad confiándonos hermanos a quienes amar».

El espíritu de familia, vivido según el Sistema Preventivo, nos pide cultivar un genuino espíritu de fe, vivir relaciones interpersonales de calidad, crecer en el aprecio y en la acogida mutua, en la capacidad de reconciliación y en la participación”.

10. “Cada hermano educa sus propias capacidades de relación, convencido de la estrecha conexión que existe entre la maduración del individuo y la de la comunidad. Por ello, nos sentimos todos comprometidos a no descuidar nada de cuanto facilite los procesos de crecimiento individual y comunitario”.

B. SITUACIÓN

11. Reflexionando sobre la práctica de la vida fraterna, destacamos algunos aspectos positivos, como:

- El crecimiento del respeto a la dignidad de las personas, del aprecio mutuo y de la calidad de las relaciones interpersonales;
- La comunicación más profunda y el compartir la vida de un modo más sentido y deseado por los hermanos;
- La necesidad de un encuentro personal con la Palabra de Dios y el deseo de compartir sus frutos con otros hermanos;

- Un mayor contacto con las fuentes del carisma y una conciencia más clara de la espiritualidad salesiana, que alimentan el compromiso de fraternidad;
- El enriquecimiento que proviene de compartir la vida fraterna con jóvenes y seglares;
- El «día de la comunidad» valorizado y vivido con creatividad;
- La comunicación social, en ámbito local, inspectorial y mundial, haciendo más vivo el sentido de pertenencia.

12. “CONSTATAMOS TAMBIÉN ALGUNAS DIFICULTADES:

- Situaciones de conflicto que no se saben resolver de modo positivo, casos de activismo exasperado que alejan de la comunidad y situaciones de debilitamiento del sentido de pertenencia;
- Situaciones de hermanos que se refugian en relaciones compensatorias o que buscan experiencias comunitarias y espirituales alternativas a la comunidad salesiana;
- La existencia de comunidades poco consistentes cuantitativa y cualitativamente, en las que resulta difícil organizar la vida fraterna;
- El desánimo y la falta de motivación de algunos hermanos, debido quizás a experiencias negativas del pasado, dificultad de adaptación en el presente, cierta pérdida del sentido de la fe y carencias personales;
- Problemas de convivencia entre hermanos distantes por edad, formación, cultura y pertenencia étnica;
- La condición de hermanos ancianos o enfermos, que en algunos casos encuentran dificultad para compartir la vida

y la misión comunitarias;

- La invasión de los medios de comunicación social, que quitan tiempo a las relaciones fraternas comunitarias.

C. DESAFÍOS

13. “Las dificultades indicadas parece que se pueden concentrar en tres ámbitos, que a veces influyen conjuntamente:

- Opciones individuales y estilos de vida que alejan progresivamente de la comunidad;
- Un planteamiento de la vida comunitaria que no favorece el crecimiento humano y vocacional de los hermanos, prejuzgando la posibilidad de «vivir y trabajar juntos»;
- La dificultad de la comunicación interpersonal, por una participación insuficiente en la vida y en la misión, que debilita el sentido de pertenencia y la identificación con el proyecto de vida salesiana.

NOS PREGUNTAMOS POR LO TANTO:

- ¿Cómo favorecer los procesos de crecimiento humano y vocacional de los hermanos en contextos culturales marcados por la fragmentación, la dispersión, el relativismo y el individualismo?
- ¿Cómo superar la inercia de esquemas relacionales inadecuados, que debilitan el sentido de pertenencia y ponen en peligro el clima fraterno de la comunidad?
- ¿Cómo organizar la vida y la acción comunitarias, para mejorar la comunicación y dar calidad a las relaciones personales?
- ¿Qué procesos hay que poner en marcha para aprender

y ejercitar el discernimiento tanto individual como comunitario, de manera que favorezcan el diálogo fraterno y la corresponsabilidad?”

D. ORIENTACIONES OPERATIVAS

Interpelados por los desafíos expuestos, indicamos las siguientes orientaciones operativas:

14. “El Hermano, como primer responsable de su propia formación, dé valor al «Proyecto personal de vida salesiana», poniendo una especial atención en algunos elementos:

- El examen de la propia maduración humana, espiritual y salesiana, con procesos de autoevaluación, de confrontación con la Palabra de Dios y de aceptación de la corrección fraterna;
- El conocimiento y la práctica de la espiritualidad del Sistema Preventivo, fuente de nuevas relaciones en la vida fraterna;
- La progresiva maduración de la identidad carismática salesiana;
- La presencia, activa y cordial, en los encuentros ordinarios y extraordinarios que marcan el ritmo de la vida comunitaria;
- La apertura al otro y la disponibilidad para compartir.

15. “La Comunidad local, como lugar de crecimiento humano y vocacional:

a) Valoriza el discernimiento comunitario a la luz de la Palabra de Dios y de las Constituciones. Para ello promueve actitudes que favorezcan su ejercicio:

- Apertura a la realidad, que hay que vivir con espíritu de fe y capacidad de escucha;
- Disponibilidad para el diálogo fraterno, para facilitar y promover la participación de todos;
- Búsqueda paciente de la convergencia de la unidad y de la comunión.

b) Cuida los momentos específicos de la vida comunitaria: la oración común, las asambleas, los retiros, la revisión de vida, los escrutinios, los consejos, los tiempos de distensión, el día de la comunidad. En ellos, con metodologías adecuadas, ayuda a los hermanos a:

- Manifestar la riqueza de los sentimientos de su propia vivencia interior;
- Compartir preocupaciones y problemas, proyectos y actividades educativo-pastorales;
- Practicar la escucha, el diálogo, la aceptación de las diferencias y la corrección fraterna.

c) Elabora el Proyecto de vida comunitaria salesiana, teniendo en cuenta la situación existencial de los hermanos y dando importancia a los aspectos de la formación de las personas, de la comunicación y comunión, y de los compromisos establecidos en el proyecto educativo pastoral salesiano.

Capítulo General 27 (2014)

8. “A partir del CG25, ha ido creciendo en nosotros el empeño por vivir de manera más auténtica nuestra vida comunitaria, mejorando la animación de los momentos de oración, esforzándonos en estimular la coparticipación, y con un trabajo apostólico más cualificado y participativo.

Se ha incrementado en las comunidades la participación en reuniones sistemáticas y se ha mejorado su calidad. Algunas opciones comunitarias favorecen, en particular, las reuniones de los hermanos para vivir, pensar y trabajar juntos: el día de la comunidad, la programación anual de formación, la lectio divina, y la coparticipación espiritual, la reflexión sobre las actividades salesianas, los momentos de celebración y distensión. Las estructuras comunitarias, los ambientes y su localización, el estilo y los ritmos de vida expresan la idea que tenemos de la comunidad, y nos facilitan su vivencia”.

9. “Se advierten, también, en nuestras comunidades algunas influencias negativas de la sociedad. Corremos el riesgo de perder nuestras formas de pensar, inspiradas en el Evangelio, para asumir las categorías negativas de la cultura actual. Escondemos, por ejemplo, tras el “respeto” y “tolerancia”, nuestra indiferencia y falta de atenciones a los hermanos o publicamos indebidamente informaciones confidenciales. El aburguesamiento y el activismo terminan por hacernos creer que el tiempo compartido en comunidad, es tiempo “robado” al “ámbito privado” o a la misión”.

10. “La vida fraterna en comunidad se resiente especialmente de que no valoramos lo suficiente las modalidades de nuestra vida consagrada salesiana; esa deficiencia se manifiesta en la poca atención por la vocación del salesiano coadjutor y su contribución específica a la comunidad y a la misión salesianas, y en el clericalismo excesivo que revelan muchas veces nuestras relaciones comunitarias y pastorales”.

11. “Constatamos que la oración y la ofrenda sacrificada de la vida por parte de los salesianos ancianos y enfermos son

verdadero apostolado con y para los jóvenes; ellos siguen siendo parte “activa” de la comunidad que vive del “da mihi animas”. Las comunidades aceptan el compromiso de no excluirlos de la misión. No obstante, todavía encontramos alguna dificultad para acoger a y cuidar de los hermanos que viven en situaciones de fragilidad, trastornos, senilidad y de enfermedad”.

12. “Se da también entre nosotros, los hermanos, y en nuestras comunidades, una exigencia de paternidad espiritual, en un entramado articulado de dar y recibir; una paternidad, vivida en espíritu armonioso de familia. Reconocemos que, en los últimos años, especialmente en la formación inicial, se han desarrollado propuestas válidas para el crecimiento humano en el ámbito afectivo, relacional y espiritual”.

39. “Creemos que la comunidad “se propone como una confesión elocuente de la Trinidad” (VC 21; cfr. 16) y nuestro vivir juntos es el resultado de la iniciativa de Dios Padre, que nos llama a ser discípulos de Cristo para una misión de salvación (cfr. Const. 50). Con el fin de no perder este don particular, que se nos ofrece a nosotros y a toda la Iglesia, la visibilidad de la dimensión fraterna de nuestra vida debe ser más consciente, más directa, eficaz y gozosa (cfr. Sal 133, 1)”.

40. “Reconocemos que la vida de comunidad es una forma de realizar la experiencia de Dios”. Vivir la “mística de la fraternidad” (cfr. EG, nos. 87, 92) es un elemento esencial de nuestra consagración apostólica y una gran ayuda para ser fiel a ella. Tiene una clara relación con nuestra misión y con el mundo de los jóvenes, sedientos de comunicación auténtica y de relaciones transparentes. En una época de disgregación familiar y social, ofrecemos una alternativa de vida basada en el respeto y en la cooperación con el otro;

en un tiempo marcado por la desigualdad y la injusticia, ofrecemos un testimonio de paz y reconciliación (Const. 49). La comunidad se manifiesta a sí misma también en la misión común. La unanimidad en la acción apostólica se hace profecía de la comunidad, y tal testimonio favorece el nacimiento de nuevas vocaciones”.

41. “Nuestra limitación para comprendernos recíprocamente, la cerrazón en nosotros mismos y nuestras cotidianas fragilidades, provienen de que no aceptamos el amor y la gracia derramados en nuestros corazones por el Espíritu de Cristo (cfr. Rom 5, 5). Reconocemos que la comunión del Cuerpo y la Sangre de Jesús (cfr. 1 Cor 10, 16), con que nos alimentamos todos los días, nos hace “un solo corazón y una sola alma” (Hechos 2, 42; Const 50). La Eucaristía constituye la cumbre y la fuente de nuestra fraternidad, de nuestra consagración y misión (cfr. LG 11). Impulsados por la caridad de Cristo, y partícipes del don de sí de Jesús Buen Pastor, participamos en la experiencia espiritual de Don Bosco y nos prodigamos como él para la salvación de los jóvenes”.

42. “Las relaciones personales en la comunidad pueden llegar a ser formales, fragmentadas y poco significativas, debido a varios factores: el individualismo y la reticencia personal, una formación de escasa implicación, la preocupación excesiva por el propio trabajo o el temor a estar subempleados, las relaciones meramente funcionales, el repliegue hacia lo privado y el uso no siempre equilibrado de los media de uso personal. Estos factores pueden ser una fácil excusa para no asumir el compromiso de la vida comunitaria. Las situaciones de conflicto no solo han de ser consideradas una realidad negativa, sino una oportunidad para la maduración: serán

así, cuando estén iluminadas por el Evangelio, se aborden y resuelvan con mayor valentía, competencia humana y misericordia”.

43. “Una cierta tendencia al perfeccionismo y, a la inversa, el inmovilismo son la causa de que la comunidad no se renueve. Disminuye la capacidad de ser realistas y, al mismo tiempo, de saber soñar. Nos sentimos provocados por el Papa Francisco: “Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades [...] Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda la estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual, más que para la auto-preservación”.

68. “Para ser PROFETAS de la fraternidad se necesita pasar:

- 1) De unas relaciones funcionales y formales a relaciones cordiales, solidarias y de comunión profunda;
- 2) De los prejuicios y cerrazones a la corrección fraterna y a la reconciliación”.

69. “Para llevar a cabo estos cambios, nos comprometemos a:

1. Crear espacios para la práctica del diálogo con el otro, poniendo en acción dinámicas positivas de comunicación interpersonal entre los hermanos, los jóvenes, los laicos y los miembros de la Familia Salesiana, valiéndonos incluso, de la ayuda de las ciencias humanas.
2. Vivir relaciones de fraternidad, cercanía y escucha en

las reuniones con nuestros empleados y colaboradores, evitando actitudes autoritarias y anti-testimoniales.

3. Animar a todos los hermanos, en unión con el Director y su Consejo, a hacerse responsables de la comunidad.
4. Satisfacer las necesidades de los hermanos enfermos y mayores e involucrarlos en la vida y misión comunes, de acuerdo con sus capacidades reales.
5. Apoyar especialmente a las comunidades que trabajan en las “fronteras”.
6. Asegurar la consistencia cualitativa y cuantitativa de las comunidades, por medio del redimensionamiento sabio y valiente de las presencias.
7. Cuidar las dos formas complementarias de la vocación religiosa salesiana, asumiendo las directrices del CG26 y continuando la reflexión, tanto sobre el ámbito de la vida consagrada, como de la especificidad de los Coadjutores, en relación con la vida fraterna y la misión.
8. Fortalecer los itinerarios de maduración humana y espiritual, y proporcionar formas adecuadas de apoyo a los hermanos en dificultad.
9. Garantizar modos adecuados de acompañamiento a las personas involucradas en posibles casos de abuso.
10. Evaluar y relanzar, en el ámbito del próximo sexenio, la propuesta de formación de los Directores .
11. Proveer, por parte del Rector Mayor y del Consejo General, la actualización del Manual del Director y del Inspector.

Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum (2000)

EXPERIENCIA DE DIOS EN LA VIDA COMUNITARIA

89. “El Salesiano encuentra en su vivir y en su trabajar junto con sus hermanos una exigencia fundamental y un camino seguro para realizar su vocación . La experiencia comunitaria es para él experiencia teologal y profundamente humana. Con y a través de los hermanos, los jóvenes y los colaboradores él encuentra al Señor y experimenta su presencia.

Participando de la misión común, el salesiano discierne con la comunidad las situaciones a la luz del Evangelio, y se siente corresponsable de las intervenciones educativas y pastorales y de su realización.

Ayuda a la comunidad a ser un centro de comunión y de participación, agregando y animando otras fuerzas apostólicas.

Frente a un mundo que tiene tanta necesidad de comunión, «vivir y trabajar juntos» entre hermanos distintos por edad, lengua y cultura, se convierte en un signo de la posibilidad del diálogo y profecía de una comunión que sabe armonizar las diferencias; proclama con la elocuencia de los hechos la fuerza transformadora de la Buena Noticia . De tal manera, la comunión se hace misión y se convierte en manantial de espiritualidad.

90. “Para vivir la experiencia de Dios en la vida comunitaria, el salesiano cultiva en sí mismo estas actitudes:

- Considera la comunidad «un misterio que ha de ser contemplado y acogido con un corazón lleno de reconocimiento en una límpida dimensión de fe» . Acoge a los hermanos como un don de Dios, los ama como Cristo nos ha enseñado y hace que el compartir la fe en la escucha

de la Palabra y en la celebración eucarística sea la base de la vida comunitaria. Se preocupa porque en la vida cotidiana emerja la opción radical por Jesús y la comunidad sea “signo”, “escuela” y ambiente de fe;

- Consciente de sus propios límites, el salesiano ama su comunidad así como ella es, con sus impulsos y sus mediocridades, con su búsqueda de autenticidad y con sus pobreza;
- Vive el espíritu de familia que es afecto intercambiado, red de relaciones fraternas y amigables, comunión de bienes, estilo fraterno de ejercicio de la autoridad y de la obediencia, diálogo y corresponsabilidad en la acción; mantiene con el Director una relación viva, a imitación de la de los primeros salesianos con Don Bosco;
- Perfecciona su capacidad de comunicación interpersonal hasta llegar a compartir los sentimientos, la oración y las experiencias espirituales y apostólicas;
- Vive según un proyecto comunitario y participa activamente en los momentos significativos tales como “el día de la comunidad”, los encuentros comunitarios, las asambleas y los consejos;
- Siente y vive concretamente su pertenencia a la comunidad inspectorial y mundial;
- Profundiza el sentido de la misión como la experiencia más estimulante de comunión que lo ayuda constantemente a superar toda forma de egoísmo y de individualismo. Lee y valora junto a los hermanos las situaciones, colabora con los agentes pastorales, vive la corresponsabilidad y la cohesión

en el proyecto común, asumiendo su rol y respetando los demás roles;

- Vive inserto en la Iglesia particular con sentido de comunión y se muestra dispuesto a colaborar con todos los que en su territorio se comprometen con la juventud”.

LA VIDA COMUNITARIA

107. “La comunidad cultive un estilo de comunicación fraterna y de intercambio de la experiencia vocacional que estimule el espíritu de familia, la ayuda recíproca y la capacidad de corrección fraterna . Se dé calidad a las diversas modalidades de encuentro e intercambio: el diálogo sobre la misión, el discernimiento comunitario, la oración en común, el “día de la comunidad”, la elaboración del proyecto educativo-pastoral, la programación, la revisión de vida, el estudio de las orientaciones de la Iglesia y de la Congregación, los momentos de evaluación de la fraternidad, de la pobreza , de la oración , de los valores de la espiritualidad salesiana, etc.-”.

LA COMUNIDAD AMBIENTE DE LA FORMACIÓN

219. «La asimilación del espíritu salesiano es, fundamentalmente, un hecho de comunicación de vida» y esta comunicación tiene como contexto natural la comunidad, local e inspectorial. Don Bosco educador ha cuidado la relación personal, pero aparece sobre todo como formador de un ambiente rico de relaciones y de figuras educativas, de propuestas y de estímulos (momentos, intervenciones, ritmos, celebraciones, etc.), creador de un estilo y de una pedagogía de vida, comunicador de un proyecto para vivir juntos, animador de una comunidad con una clara fisonomía y con puntos de referencia establecidos. La comunidad de Valdocco,

impregnada del Sistema Preventivo, ofrece un ambiente que acoge, orienta, acompaña, estimula y exige.

La consistencia comunitaria y la calidad de la comunidad como ambiente de formación salesiana constituyen una exigencia metodológica determinante al servicio de la personalización de la formación. No se trata evidentemente de una formación vista como adaptación o adecuación a un lugar, sino de un ambiente que presenta las condiciones para incidir cualitativamente sobre el camino vocacional y formativo de la persona”.

LA COMUNIDAD LOCAL

220. “La comunidad local es «el ambiente natural de crecimiento vocacional [donde] el hermano se inserta con confianza y colabora con responsabilidad. La vida misma de la comunidad, unida en Cristo y abierta a las necesidades de los tiempos, es formadora» .

Como ambiente y sujeto colectivo de formación, la comunidad:

- Promueve una red de auténticas relaciones personales y de trabajo y crea un clima que acompaña el crecimiento de cada uno;
- Ofrece una pedagogía de vida, hecha de coparticipación fraterna, impulso apostólico corresponsable, oración común y estilo auténtico de vida evangélica, que se convierte en estímulo vocacional;
- Demuestra una atención particular por el crecimiento vocacional de cada hermano;
- Favorece la sintonía con la vida de la Iglesia y de la Congregación y la apertura al compromiso con la Familia salesiana y los laicos;

- formula el propio proyecto formativo en línea con el proyecto inspectorial.

221. La comunidad local es el núcleo animador de un ambiente más amplio y diversificado de vida salesiana y de formación a nivel local, que es la comunidad educativo-pastoral, horizonte de participación de la misión y del espíritu salesiano entre los hermanos, laicos y jóvenes.

La misma comunidad educativo-pastoral es formativa en cuanto:

- en el intercambio recíproco entre los diferentes miembros, el salesiano se abre a toda la riqueza de la experiencia vivida, particularmente del contexto y de la cultura juvenil;
- en el acto mismo de comunicar su experiencia de consagrado y de acoger el rico testimonio de vida y de fe de los laicos, él se hace más consciente de su vocación y siente el desafío de vivir con mayor fidelidad, madurez y alegría.

Más allá de los programas de formación recíproca y de conjunto, la comunidad toma conciencia de que el compromiso cotidiano en la comunidad educativo-pastoral, con la red de relaciones entre personas y la sinergia operativa en la elaboración, en la ejecución y en la evaluación del Proyecto educativo-pastoral salesiano (PEPS), es un espacio privilegiado de auténtico crecimiento e intensa formación permanente. Naturalmente tal formación recíproca requiere del salesiano una actitud de apertura y de respeto y la capacidad de dar confianza.

TRABAJAR JUNTOS

253. “La realización de la misión juvenil requiere comunión operativa y capacidad de convergencia.

“Trabajando juntos”, el Salesiano aprende a actuar con sentido de corresponsabilidad, respetando e integrando los diversos roles, a través de una pedagogía de vida que lo ayuda a superar el individualismo, el activismo y el inmediatez.

El trabajar juntos es verdaderamente formativo cuando va acompañado por la reflexión, y, más todavía, cuando ésta va impregnada de una actitud de oración.

Por ello, la comunidad crea momentos y espacios que favorecen una mirada atenta, una lectura más profunda, un compartir sereno. Y el salesiano está llamado a confrontarse con las propias motivaciones de fondo, con el propio sentido pastoral, con la conciencia de la propia identidad.

La reflexión lleva a «aprender de la vida» (acontecimientos, situaciones, experiencias), y madura una mentalidad y una capacidad de descubrimiento comunitario y personal.

LA COMUNICACIÓN

254. “La comunicación recíproca es formativa en cuanto verdadero intercambio de dones y de experiencias por el mutuo enriquecimiento de las personas y de la comunidad. Ella requiere inteligencia, apertura de espíritu y habilitación práctica para el diálogo, y por ella se recibe iluminación, estímulo y ánimo para el crecimiento personal.

Aún más, la comunicación requiere aprendizaje; uno se habilita para ella. Por parte de quien comunica, es necesario tener el valor de la confianza en el otro y superar un cierto temor o

timidez al expresar los propios pensamientos y sentimientos. Por parte de quien recibe la comunicación, es necesaria la capacidad de acogerla con estima por la persona, sin juzgarla, y de apreciar la diferencia de opiniones. De ambas partes, es necesaria la disponibilidad para modificar juicios y posiciones y para buscar la convergencia”.

LAS RELACIONES INTERPERSONALES

255. “Las relaciones interpersonales favorecen y revelan el nivel de maduración de una persona, indican hasta qué punto el amor ha tomado posesión de su vida y hasta qué punto ha aprendido a expresarlo. Al contrario, «las malas relaciones, las situaciones difíciles no curadas oportunamente a través de la reconciliación actúan interiormente en la persona bloqueando el proceso de maduración y creando dificultades a la misma donación serena y alegre a la misión y a Dios».

Las relaciones interpersonales se construyen sobre la base de las cualidades «requeridas en toda relación humana: educación, amabilidad, sinceridad, control de sí, delicadeza, sentido del humor y espíritu de participación». Se inspiran «en la oblatividad y la donación y no se [centran] en la propia persona ni en sus propios fines»; donde se vive el perdón y el amor, es posible construir buenas relaciones interpersonales.”

RECTORES MAYORES

Don Juan Vecchi: Expertos, testigos y artífices de comunión (25 de marzo de 1998)

EL MOMENTO ACTUAL.

En los últimos tiempos se ha reflexionado mucho sobre la comunidad consagrada. Interesaba la calidad de la vida fraterna en relación con las exigencias legítimas que hoy emergen en las comunidades, con las condiciones de vida que estas requieren, con las nuevas posibilidades de relación y comunicación que se descubren como consecuencia de la cultura, de la renovación eclesial y de la actual sensibilidad de las personas.

Interesaba, también mucho, el servicio a la comunidad cristiana y humana que las comunidades consagradas están llamadas a desarrollar en el momento particular de la Iglesia (evangelización, ecumenismo, diálogo interreligioso) y frente a las circunstancias actuales del mundo (paz, comunicación, reconciliación, conflictos étnicos, carácter intercultural de la sociedad, globalización).

Los dos niveles se cruzan, son interdependientes: se llega a ser “expertos” de comunión a través de una experiencia de fraternidad en Cristo. Por esto lo uno arrastra a lo otro; los dos deben ser despertados y renovados en una fase en la cual la comunidad debe tener en cuenta algunas condiciones.

Una es su composición actual: disminuye el número de miembros en las comunidades y en algunos casos se está al límite. Además de encontrarse con un número escaso, los hermanos pertenecen a distintas generaciones; a veces, es

preponderante la presencia de personas maduras de edad o ancianas. Esto no supone una desventaja, sobre todo si se vive positivamente, como posibilidad de dar mayor responsabilidad a cada uno, en cuanto al número reducido, y como oportunidad de intercambio y de experiencia carismática entre generaciones, en el caso de que la mayoría sean ancianos. Pero ciertamente tal composición requiere una nueva capacidad de relaciones y adaptaciones varias.

Un segundo elemento que hay que considerar se refiere a la relación que se está creando entre comunidad y obra apostólica. En alguna parte no se tiene ya la responsabilidad exclusiva de la obra; no todos los componentes de la comunidad religiosa están implicados en ella; con frecuencia están distribuidos en los diversos sectores con poca comunicación entre ellos. Se nota la desproporción entre el personal religioso y la dimensión de la obra. Hay, como consecuencia, abundante intercambio de ideas y participación de responsabilidades entre religiosos todavía activos y los seculares que colaboran, y menos con los miembros de la comunidad religiosa. En muchos casos la sobrecarga de funciones aleja a algunos hermanos del ritmo regular de encuentro con la comunidad.

Un tercer elemento es la mayor inserción de la comunidad en la dinámica de la Iglesia y una mayor apertura al contexto social. La vida consagrada se ve no como un “retirarse” de las cuestiones que interesan al hombre, sino como un meterse dentro de ellas con una aportación original y para una misión específica. Por consiguiente se da una multiplicación de relaciones e intercambios con el exterior. El tiempo para la comunidad es menor y está menos recogida y menos protegida, más empapada por la complejidad de la vida y por los estímulos del ambiente.

Complejidad, acontecimientos, tendencias e imágenes penetran a través de los medios de comunicación social cada vez más individualizados y desafían no sólo a la calidad y a la frecuencia de relaciones, sino también a la capacidad de juicio evangélico de la comunidad.

El hecho más importante se refiere no obstante al paso de la insistencia sobre la vida en común a la de la vida fraterna determinado por las circunstancias del trabajo y por las nuevas necesidades de las personas.

Los dos términos, vida común y vida fraterna en comunidad, dan inmediatamente la idea correcta. Se distingue, pues, con facilidad su distinta importancia. “Vida en común” quiere decir “habitar juntos en la propia casa religiosa legítimamente constituida” y realizar juntos los mismos actos (rezar, comer, trabajar, etc.) según las mismas normas. Para la vida común es importante reunirse físicamente.

“Vida fraterna en comunidad” quiere decir sobre todo acogida de la persona, calidad de las relaciones interpersonales, amistad, posibilidad de verdadero afecto, alegría de estar y trabajar juntos, participación activa de todos en la vida del grupo. Hoy miramos más a la unión de las personas, a la profundidad de las relaciones, a la ayuda y apoyo mutuo, a la valoración y papel activo de cada uno, a la convergencia de los objetivos.

Vida común y fraternidad están enlazadas. “Ciertamente la “vida fraterna” no se realiza automáticamente por la observancia de las normas que regulan la vida común, pero es evidente que la vida en común tiene la finalidad de favorecer intensamente la vida fraterna”.

Es necesario encontrar un equilibrio: ni pura comunión de

espíritu de tal forma que se minusvaloren las manifestaciones de la vida común; ni tanta insistencia legal sobre la vida común que lleve a poner en segundo lugar los aspectos más sustanciales de la fraternidad en Cristo: “Amaos los unos a los otros, en esto conocerán que sois mis discípulos”.

Nuestras Constituciones ayudan a comprender y a realizar este equilibrio y fusión entre los dos aspectos. Nos dicen que tenemos momentos en común: éstos, caracterizados por el espíritu de familia, tienden a crear entre nosotros una relación madura, a abrirnos a la comunicación, a hacernos capaces de compartir “alegrías y penas (...) experiencias y proyectos apostólicos”.

El buen orden y equilibrio de los dos elementos realiza el deseo y la exigencia de formar verdaderas comunidades, de acuerdo con las condiciones de cada grupo y con las aspiraciones de la persona; comunidades profundamente renovadas tanto si son pequeñas, medianas o grandes, que deban animar obras tradicionales o que estén metidas de una forma más viva entre la gente, pero siempre capaces de ayudar a las personas a crecer humana y religiosamente, a expresar con más transparencia lo que creen y comunican, aptas para suscitar el deseo de pertenencia, es decir comunidades con capacidad vocacional.

NUESTRO MODELO COMUNITARIO.

Todas las formas de vida religiosa tienen en la comunidad un elemento indispensable pero cada una la realiza con características propias y de diversa forma.

Nuestra vida comunitaria refleja sobre todo la vivida por Jesús con los Apóstoles. Él los eligió “para estar con Él, para mandarlos a predicar con poder de echar los demonios”. Desde entonces, y por la fuerza de esta llamada, formaron un grupo solidario, fiel

al Maestro y a su causa. Juntos gozaron de la familiaridad de Jesús y escucharon explicaciones exclusivas sobre el misterio del Reino. Juntos fueron testigos directos de algunos momentos y partícipes de acontecimientos centrales de la vida de Jesús. Juntos aprendieron de Él a rezar en la soledad y en el contacto con los hombres; fueron solidariamente encargados de ordenar a la multitud en la multiplicación de los panes y todos, aunque en distintas aldeas, fueron enviados a preparar la llegada de Jesús y a anunciar el Evangelio. Se reunían en torno al Señor para comentar las peripecias de sus recorridos y hasta tenían disputas pasajeras sobre la naturaleza del Reino y sobre su participación en la causa de Jesús. Jesús les enseñó las aptitudes necesarias para seguirle y para construir la unión entre ellos: el servicio, el perdón, la humildad en las exigencias, el no juzgar, la generosidad desinteresada. Junto a la predicación del Evangelio y “para que el mundo crea”, les mandó que vivieran unidos; rezó por ellos “para que todos sean uno”. Juntos, con María, recibieron el Espíritu Santo y se dedicaron a crear las comunidades, animándolas con la palabra, la Eucaristía y el servicio de la autoridad.

Este modelo apostólico está representado por la experiencia carismática de nuestros comienzos. Don Bosco, siguiendo a Cristo Buen Pastor, reúne en torno a sí discípulos jóvenes que le son amigos para que compartan con él el servicio de los oratorios. Les pide que se queden con Él y ocuparse en favor de los jóvenes totalmente y siempre. Se lanza con ellos hacia regiones que llevan a la expansión de la Congregación y afina los rasgos espirituales que dan una fisonomía típica a su familia.

Es una comunidad no sólo para los jóvenes sino con los jóvenes: comparte la vida con ellos y se adapta a sus exigencias. La

presencia de los jóvenes determina los horarios, el estilo de trabajo, las formas de rezar. Permanecer con Don Bosco significa querer estar con los jóvenes, ofrecerles todo lo que uno es y tiene: corazón, mente, voluntad, amistad, trabajo, simpatía y servicio. En esta relación y en este ambiente madura la identidad de la comunidad y de cada uno.

Es una comunidad con fuerte carga espiritual, caracterizada por el “Da mihi animas”. Don Bosco forja sus primeros colaboradores con sencillez y concreción según este programa: trabajo, oración y templanza. Les pide hacer un “ejercicio de caridad” en favor del prójimo. El amor a Jesucristo y la confianza en su gracia inspira la preocupación por los muchachos, a partir de sus necesidades humanas y espirituales. Se ayuda a los más abandonados a tomar contacto con Dios y con la Iglesia y se orienta explícitamente hacia la santidad a los que demuestran especiales disposiciones. Se hace casi sensible la proximidad de Dios y la presencia de María Santísima.

Absolutamente nada extraordinaria, formada por jóvenes ricos de entusiasmo pero con poca experiencia, algunos con notables cualidades y otros normales y hasta modestos, la comunidad está orientada por Don Bosco con un sentido concreto, según los recursos de cada uno, hacia una “misión” sentida por todos como única y “común”. Existen roles, ocupaciones y trabajos diversos, en espacios muy abiertos, pero el sentido de pertenencia al oratorio y a Don Bosco es general. La variedad de papeles y ocupaciones, la dimensión y la distribución de los espacios y la diversidad de competencias no lo disminuyen ni lo ofuscan.

A pesar de los momentos de tensión y de dificultad que conocemos, la comunidad de Valdocco aparecía unida en torno

al proyecto de acción y a la persona del Director, condición que Don Bosco consideraba fundamental para la eficacia apostólica. Él se esforzaba, pues, en favorecer la creatividad, de implicar a todos, mediante formas espontáneas y establecidas de participación, hacia la unidad en la acción, la armonía de las personas y la concordancia de los criterios.

De esta forma la comunidad se convierte en el alma de un ambiente que atrae y conquista el corazón de los jóvenes: produce un clima de familiaridad, que favorece la espontaneidad y lleva a la confianza; expresa juntamente “la caridad pedagógica”, la bondad que hace sentir el afecto y suscita correspondencia. Don Bosco la presenta en la Introducción a las Reglas con estas palabras: “Cuando en una comunidad reina este amor fraterno y todos los hermanos se aman mutuamente y cada uno goza del bien del otro como si fuese un bien propio, entonces aquella Casa se convierte en un Paraíso”.

La comunidad oratoriana y juvenil no está aislada y cerrada. Tiene relaciones con personas significativas, asociaciones diversas, religiosas y civiles, y con el contexto ciudadano. Desde el comienzo Don Bosco la concibe como ligada a la Asociación de Cooperadores, como si fueran dos ramas del mismo árbol. Así escribe en el Reglamento de los Cooperadores: “Esta Congregación, que ha sido definitivamente aprobada por la Iglesia puede servir de vínculo seguro y estable para los Cooperadores salesianos. En efecto tiene como fin primario trabajar en favor de la juventud, en el cual se apoya el porvenir bueno o funesto de la sociedad. No pretendemos afirmar con tal propuesta, que éste sea el único medio para remediar esta

necesidad, por que hay mil más, que nosotros recomendamos vivamente sean llevados a cabo. Por nuestra parte proponemos uno que es la obra de los Cooperadores Salesianos”.

En el centro de aquel mundo abierto y en movimiento que era Valdocco, Don Bosco, guiado por el Señor, quiso personas consagradas que fueran las que arrastraran a otras fuerzas apostólicas implicadas en el mismo proyecto, garantía de desarrollo y de continuidad de la misión.

La misión, llevada adelante con el mismo espíritu de Valdocco, ofrece a nuestras comunidades el criterio para resolver eventuales tensiones. Esto no disminuye ningún aspecto de la fraternidad, sino que le da su rostro concreto. Si desapareciera el sentido de la misión juvenil, educativa, nuestra misma fraternidad perdería originalidad y fuerza de comunicación. No sería aquella colmena viva que fue el oratorio, sino solamente una reproducción “fija”.

La misión, por otra parte, no es la inserción individual por la cual se retorna a la comunidad sólo para rezar o descansar, o de vez en cuando: nosotros compartimos la vida y tomamos corresponsablemente el trabajo apostólico: “vivir y trabajar juntos es para nosotros, salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación”.

La misión salesiana es comunitaria por su naturaleza. Las Constituciones lo dicen con mucha claridad y con la fuerza de una definición: la misión se confía a una comunidad, inspectorial y local.

Es misión juvenil: mira al crecimiento de los jóvenes según las energías que Dios ha puesto en cada persona y la gracia que Cristo ha comunicado al mundo. El Sistema Preventivo, que sintetiza sus contenidos, praxis y caminos, requiere un

ambiente de familia y, por tanto, un tejido de relaciones. No somos preceptores de individuos, ni educadores “particulares”: trabajamos en y a través de la comunidad y buscamos crear ambientes juveniles amplios. El conjunto de los contenidos y de las experiencias que la praxis educativa reconoce como adecuados al crecimiento humano y de fe de los jóvenes, requiere una sinergia convergente de acciones que no pueden ser realizadas por una persona sola.

Añadimos además que los jóvenes deben ser guiados a la madurez en las relaciones y a la vida social con todo lo que esta implica y que el camino de fe que proponemos tiene como objetivo llevarlos hacia una experiencia de comunidad cristiana vivida según sus dimensiones características.

La comunión y la fraternidad, la comunidad y la familia son, pues, condiciones, camino y parte sustancial de la misión. Esto nos invita a hacer de ello una experiencia auténtica y a convertirnos en sus expertos y artífices.

Hacer de la comunidad salesiana una “familia” capaz de suscitar comunión en torno a la misión salesiana.

Se ha resaltado con frecuencia que la comunidad responde, no solamente a propósitos de perfección religiosa y de eficacia en el trabajo, sino también a profundos deseos e aspiraciones de la persona: relaciones auténticas y profundas, comunicación, valoración personal, amistad y afectos.

Se siente la necesidad de una fraternidad auténtica y adulta y se experimenta su fascinación, aunque tenemos diversas distensiones individuales y no nos faltan hoy compañeros informáticos; el encuentro personal, la experiencia de la amistad, la participación de los sentimientos y de las situaciones siguen siendo “únicos”.

En la sociedad de la comunicación, que sigue siendo de “masa”, aunque individualizada por lo que se refiere a los aparatos, se experimenta la dificultad de comunicar en profundidad, y, por consiguiente, un sentido de aislamiento y de soledad.

Se descubre especialmente en los jóvenes y en el ámbito de una religiosidad teñida de subjetivismo que tiende a satisfacer inmediatamente el sentimiento. Se escuchan muy a gusto los relatos personales, se buscan reuniones donde poder acoger y ser acogidos gratuitamente, sin condiciones ni normas rígidas; se eligen relaciones humanas capaces de hacer que nos sintamos libres y que nos ayuden a manifestarnos; se tiende a unirse a grupos donde uno se siente a gusto y se crea solidaridad a través de la comunicación de propósitos, deseos y realizaciones.

Lo que hace significativas a las asociaciones y a las comunidades religiosas, su fuerza de atracción, no reside tanto en lo que tienen y hacen, en las obras y en el trabajo, sino en aquello que viven, en su estilo de relaciones y en su unidad.

Es el impacto que producían las primeras comunidades cristianas. El signo externo de la novedad de la Resurrección, inmediatamente comprensible incluso a quienes no conocían el contenido de la fe, era la solidaridad del grupo concorde y asiduo “en escuchar las enseñanzas de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en la oración”; en cuyo grupo “tenían todo en común” y no había diferencia entre los miembros. El poder de convicción que se transmitía atraía la estima del pueblo y hacia que el grupo fuera fiable y apetecible. Y el Señor (parece casi como una consecuencia) “agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar”.

También para Don Bosco la caridad fraterna, manifestada

en el espíritu de familia, era el signo inmediato que los Salesianos debían ofrecer a los jóvenes, a los colaboradores y al pueblo: “Amaos entre vosotros, aconsejaos, corregíos, jamás os tengáis envidia, ni rencor, sino que el bien de uno sea el bien de todos, las penas y los sufrimientos de uno sean tenidos como penas y sufrimientos de todos, y cada uno procure alejarlos o al menos mitigarlos” .

Las Constituciones han recogido abundantemente este pensamiento de nuestro Padre con dos indicaciones sobre ello: el estilo comunitario y su impacto en los jóvenes. El tono de nuestra vida comunitaria se presenta, entre otros, en el artículo 51: “La comunidad salesiana se caracteriza por el espíritu de familia, que anima todos los momentos de la vida: el trabajo y la oración, las comidas y los tiempos de distensión, los contactos y las reuniones. En clima de amistad fraterna, nos comunicamos alegrías y penas y compartimos corresponsablemente experiencias y proyectos apostólicos”. El artículo 16 nos recuerda la otra indicación, la que pone el acento en el efecto educativo y vocacional que tanto se desea: “Un testimonio así suscita en los jóvenes el deseo de conocer y seguir la vocación salesiana”.

Cuando nos preguntamos cómo en las situaciones actuales podemos caminar hacia este “ideal” y expresarlo con transparencia, nos vienen a la mente la “gracia de unidad” que nos lleva a los Salesianos a cultivar, de forma espontánea y concorde, las tres instancias: consagración, misión y fraternidad, dando a cada una su peso y fundiéndolas en un estilo de vida y en un proyecto de acción. Sobresalen entonces algunos aspectos que se deben cuidar con especial atención:

El primero es, precisamente, la vida fraterna. Esto supone

emplear tiempos y dedicar energías a cultivar y hacer visible la comunión como un don que hay que ofrecer a los jóvenes; supone la ascesis que nos madura en la capacidad de amar, la experiencia que nos prepara a una relación madura con los colaboradores. Son muchas las actitudes y las manifestaciones de esta fraternidad: «En efecto, las comunidades reemprenden cada día el camino, sostenidas por la enseñanza de los apóstoles: “Amaos los unos a los otros con afecto fraterno, rivalizando en la estima recíproca” (Rm 12, 10); “tened los mismos sentimientos los unos para con los otros” (Rm 12, 16); “acogeos los unos a los otros como Cristo os acogió” (Rm 15, 7); “corregíos mutuamente” (Rm 15, 14); “respetaos los unos a los otros” (1 Cor 11, 33); “por medio de la caridad poneos los unos al servicio de los otros” (Gal 5, 13); “confortaos mutuamente” (1 Tes 5, 11); “sobrellevaos los unos a los otros por amor” (Ef 4, 2); “sed benévolo y misericordioso los unos con los otros perdonándoos mutuamente” (Ef 4, 32); “someteos los unos a los otros en el temor de Cristo” (Ef 5, 21); “rezad los unos por los otros” (Sant 5, 16); “trataos los unos a los otros con humildad” (1 Pe 5, 5); “estad en comunión los unos con los otros” (1 Jn 1, 7); “no nos cansemos de hacer el bien a todos, principalmente a nuestros hermanos en la fe” (Gal 6, 9-10)» . Me detengo en dos elementos que hoy destacan: las relaciones interpersonales y la comunicación.

Las relaciones son una de las pruebas de la madurez de las personas: tal vez el parámetro más importante donde se reflejan las cualidades y los límites de cada uno. Su calidad, el modo de entablarlas y realizarlas, manifiestan hasta qué punto el amor, primera energía y primer mandamiento, se ha realizado en nosotros y hasta qué punto hemos aprendido a manifestarlo.

Por esto hoy ponemos una especial atención a las relaciones

en el trabajo y en la formación: no sólo desde el punto de vista formal, sino mirando al aspecto interior y fundamental. En la vida fraterna se necesitan relaciones que superen el cansancio y la costumbre porque son renovados y que no se interrumpan porque se es capaz de reconciliación diaria. Se insiste en que sean interiores y profundas, no sólo funcionales en el trabajo, sino capaces de madurar en amistad hacia el crecimiento en el Señor y la solidaridad en la misión; sobre todo que se inspiren en la oblatividad y la donación y no se centren en la propia persona ni en sus propios fines.

Es una valoración común entre los observadores de grupos y comunidades que la mayor parte de las dificultades internas, que parecen ser de trabajo e ideas, en el fondo están ligadas a problemas de relaciones interpersonales mal planteadas, que tienen en el trabajo y en las ideas su campo de choque.

Por otra parte las malas relaciones, las situaciones difíciles no curadas oportunamente a través de la reconciliación actúan interiormente en la persona bloqueando el proceso de maduración y creando dificultades a la misma donación serena y alegre a la misión y a Dios. La tristeza y el malestar que nos acarrean son siempre dañosos. Las amarguras internas consumen. El ayudar a solucionarlas, el aclarar sus raíces, el asumirlas como límites personales y afrontarlas con calma, sin permanecer fijos en ellas, es un gran servicio.

Es necesario educarse y educar a cada uno en las relaciones, también con una palabra, un estímulo, un apoyo. Es necesario animar las relaciones, creando oportunidades para que se puedan expresar y crecer. Es un aspecto de la caridad de todos, en particular del Director y del Inspector con lo que se construye la unión de la comunidad.

Ninguno puede estar esperando, en la comunidad, solamente a recibir, como si fuese un ambiente ya hecho e independientemente de la propia aportación. Por otro lado, es necesario suplir eventuales carencias de algunos con una mayor capacidad de donación por parte de los otros. En las comunidades hay siempre límites de comunicación, timideces, excesivas cautelas que frenan la familiaridad. El Señor compensa estos límites con aquellos hermanos que están dispuestos a poner un poco más de diálogo, de cercanía, de unión y de alegría, a fin de que el nivel de la vida de comunidad en todo lo que se refiere al afecto mutuo y al ambiente familiar no decaiga. “Una fraternidad donde reina la alegría es un verdadero don de lo Alto a los hermanos que saben pedirlo y que saben aceptarse y que se comprometen en la vida fraterna confiando en la acción del Espíritu”.

Lo anterior puede parecer un comentario no habitual en una circular, algo muy particular y casi técnico. Me lo ha sugerido el documento La vida fraterna en comunidad donde afirma: “es útil llamar la atención sobre la necesidad de cultivar las cualidades requeridas en toda relación humana: educación, amabilidad, sinceridad, control de sí, delicadeza, sentido del humor y espíritu de participación”. Me lo ha sugerido también el CG24 que habla de nuestra espiritualidad relacional: una espiritualidad que no sólo ama con caridad interior, sino que, como Don Bosco había enseñado ya para el trato con los muchachos, sabe entablar relaciones adultas conforme al ambiente de vida y a la sensibilidad actuales. Me lo ha sugerido, también, la importancia que tienen hoy las relaciones, elevadas casi a ser objeto de estudio y entrenamiento en cualquier campo del actuar humano. Me lo ha inspirado finalmente el pensamiento de San Francisco de Sales, en el cual la “dulzura”

se traducía en la cantidad y en la calidad de las relaciones personales hasta constituir un rasgo distintivo.

La espiritualidad de la relación tiene como fuente la caridad que se capacita y se dispone a crear, curar, restablecer y multiplicar relaciones. Ésta caridad es “pastoral” cuando se ejercita en el misterio de regir y orientar a una comunidad eclesial.

Más allá de las relaciones e incluida en su dinámica está la comunicación. Hoy se desea que en las comunidades no se limite a lo funcional, sino que alcance a la experiencia vocacional; que se intercambien no sólo noticias del periódico y datos del trabajo, sino valoraciones, exigencias e intuiciones que miran a nuestra vida en Cristo y nuestra forma de comprender el carisma. A esto es a lo que tiende la revisión de vida, la evaluación de la comunidad, el intercambio en la oración, el discernimiento sobre situaciones, proyectos y acontecimientos.

El tiempo actual ha hecho más necesaria la comunicación en la comunidad religiosa y ha modificado sus criterios y sus formas, y, por consiguiente, es más ágil y participativa. La complejidad de la vida requiere que nos confrontemos sobre tendencias, criterios y acontecimientos de familia y hechos externos: o logramos comprenderlos e interpretarlos a la luz del evangelio o nos quedamos fuera de la vida y del movimiento del mundo.

Se hace necesario el hábito de evaluar, igual que la elaboración de criterios comunes de valoración. Con frecuencia esto requiere un camino que lleva consigo exploraciones y pruebas. Debemos estar dispuestos a expresarnos con sencillez, a estar prontos a modificar juicios y posiciones, incluso sólo para llegar a una convergencia fraterna y operativa: ponerse de acuerdo ayuda siempre a la comunidad, cuando no están comprometidos

valores esenciales.

La comunicación es necesaria incluso en razón de un pluralismo positivo de visiones y de dones que hay en la comunidad: hay riquezas de inteligencia, de espíritu, de fantasía y facultades prácticas que comunicar. Además, los temas sobre los cuales comunicar con provecho en la vida consagrada son muchos: el proyecto apostólico, la experiencia espiritual, los retos de la misión, las orientaciones de la Congregación, las tendencias de la Iglesia, etc.

La comunicación requiere aprendizaje, práctica e, incluso, animación. Decimos aprendizaje espiritual, más que técnico. Cuando se comunica a ciertos niveles se corre un riesgo. Hay un cierto pudor que superar por lo que no queremos expresarnos; hay que consolidar la confianza en el otro de modo que me asegure que él acogerá con madurez y positivamente lo que yo digo.

La experiencia dice que no todos tiene el coraje de hacer esto. Se requiere aprendizaje incluso para recibir la comunicación, sin juzgar a la persona, sin colocarla en una posición definitiva en razón de aquello que ha dicho, sin disminuir la estima y las expectativas por la diferencia de visión.

Además del aprendizaje se requiere práctica. La capacidad de comunicación descuidada se oxida, se pierde el gusto de ella y su ejercicio. La práctica lleva a la comprensión y al uso de los distintos lenguajes adaptados a las situaciones, que van desde los gestos y las actitudes hasta las conversaciones serenas y distendidas. Todo ello inspirado por la caridad y no por el cálculo técnico. Recordad a Don Bosco con su posar la mano sobre la cabeza de los jóvenes, con su capacidad de sonreír, de

decir una palabra al oído, dar unas buenas noches, mantener un diálogo como hizo con Domingo Savio, pedir el parecer, discutir. Es el esfuerzo, tan característico del Sistema preventivo, de manifestar el afecto, librarlo de una actitud genérica y reclusa en una fría interioridad. En la práctica de la comunicación se necesita también aprender el valor del silencio activo y la capacidad de soledad. Estos aspectos están casi “desterrados” de la “Babel” de las conversaciones, comunicaciones, músicas, festivales y ruidos.

Una comunicación válida está siempre preparada y regulada por la reflexión, por la medida y por la capacidad de “retirarse”.

Se requiere, pues, aprendizaje y práctica por parte de todos, pero se requiere también además animación por parte del que dirige para crear el clima adecuado a una comunicación serena y desenvuelta. Dar oportunidad de comunicar, tener un estilo de dirección que permita expresar la opinión fácilmente, requerir y provocar estas opiniones, disfrutar por la cantidad de aportaciones, hacer entender que la persona no será juzgada por lo que dice en un momento de confrontación.

Además de la atención a la vida fraterna para cualificar la experiencia comunitaria hay que mejorar nuestra forma de trabajar juntos. La comunidad religiosa es el lugar donde se da el paso del yo al nosotros, de mi trabajo o sector a nuestra misión, del logro de mis objetivos y medios a la convergencia en la evangelización y el bien de los jóvenes. Esto requiere un paciente ejercicio para superar lo que nos recluye y nos separa por causa de una concepción individualista del trabajo y de una autonomía no reglada en las iniciativas y que nos hace poco disponibles a construir junto a los demás. Se podrían potenciar muchas iniciativas con sólo juntar las

que son semejantes y yuxtapuestas, uniendo las que son complementarias y haciendo converger tiempos y personas en determinadas áreas.

Las Constituciones y los Reglamentos prevén momentos de entendimiento, de coordinación y de convergencia: Consejos y asambleas comunitarias tienden a darnos una lectura común de las situaciones a la luz del evangelio y de nuestra vocación original, a proyectar solidariamente los grandes aspectos de la pastoral como la orientación de la educación de los jóvenes a la fe o la formación de los seglares.

El día semanal de la comunidad ha ofrecido una nueva oportunidad de un intercambio positivo.

En un tiempo en el cual se tiende a las alianzas, a las sinergias y a las redes, debemos aprender que la fragmentación y los compartimentos estancos no sirven y no nos forman como hombres de comunión. En las comunidades a las cuales se las ha confiado diversos sectores con una cierta exigencia y hábitos de autonomía, les conviene tener momentos de programación y orientación en común.

Desde los comienzos, la comunidad salesiana vivió con los jóvenes, participando plenamente de su vida y viceversa, los jóvenes han tomado parte en las jornadas de los Salesianos. Hoy muchos jóvenes y seglares desean “ver” y “participar” de nuestra vida fraterna y tomar parte con nosotros en el trabajo. Nuestra vida comunitaria tiene que ser estructurada de tal forma que sea posible rezar con los jóvenes, compartir momentos de fraternidad y de programación con los colaboradores seglares y hasta acoger a algunos de estos jóvenes y seglares para hacer con nosotros una experiencia temporal de vida comunitaria.

Don Pascual Chávez: Queridos Salesianos ¡sed santos! (14 de Agosto 2002)

LA SANTIDAD FLORECE EN LA COMUNIDAD

Hemos terminado hace poco un Capítulo centrado por completo en el tema de la Comunidad. Releyendo sintéticamente el recorrido que hemos hecho en dos meses de trabajo, indicaba el camino comunitario trazado dentro de los cinco módulos operativos.

“La comunidad salesiana es el sujeto principal al que va dirigido todo este texto. Asumiéndolo, se siente estimulada a acoger la llamada que Dios le hace a través de los acontecimientos históricos y eclesiales, las indicaciones de la Palabra de Dios y de nuestra Regla de vida, las llamadas de los jóvenes, las necesidades de los seglares y de la Familia Salesiana. La comunidad profundiza la lectura de su propia situación, descubriendo sus disponibilidades y sus resistencias, sus recursos y sus carencias, sus posibilidades y sus límites. Aprende, además, a reconocer los desafíos fundamentales y a afrontarlos con entereza y esperanza; sabe también interrogarse con preguntas apropiadas, a las que debe dar respuesta. Finalmente, la comunidad se coteja con las orientaciones operativas propuestas y determina las condiciones para ponerlas por obra.

INVITACIÓN A LA REVISIÓN

Hemos partido de la gozosa certeza de que todos hemos sido llamados a la santidad. La hemos aplicado a nosotros, para que nuestra responsabilidad se sienta interpelada. La hemos aplicado a los jóvenes, para que nosotros como educadores podamos señalarles esta meta, por ardua que sea, convencidos

de que ofrecemos un programa de felicidad que los puede ayudar a madurar opciones y proyectos de vida. La hemos aplicado, finalmente, a la comunidad: lugar imprescindible donde se realiza el proceso de nuestra santificación, convencidos como estamos de que “el futuro de nuestra vitalidad se juega en nuestra capacidad de crear comunidades carismáticamente significativas hoy”, y que “la condición de fondo es el compromiso renovado de la santidad”.

Repito aquí cuanto decía en la conclusión del Capítulo General: “La santidad es el camino más exigente que queremos realizar juntos en nuestras comunidades; es ‘el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes’ (Const. 25); es la meta más alta que debemos proponer con valor a todos. Solamente en un clima de santidad vivida y experimentada, tendrán los jóvenes la posibilidad de hacer opciones valientes de vida, de descubrir el designio de Dios sobre su futuro, de apreciar y acoger el don de las vocaciones de especial consagración”.

Trato de enumerar algunos de los interrogantes más directamente relacionados con cuanto dejo dicho anteriormente:

- ¿Estoy convencido de que “el primer servicio educativo que los jóvenes esperan de nosotros es el testimonio de una vida fraterna”, que “es la elocuencia de la santidad que hace fecunda nuestra misión”, y que, en fin, la santidad “es el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes? (Const. 25)
- ¿Qué hacer para que la santidad sea objetivo privilegiado en el proyecto de vida común?
- En la comunidad en que me encuentro, ¿se hace memoria de nuestros Santos? ¿Se aprovechan sus fiestas en clave pastoral? ¿Hay alguna iniciativa de actualización al respecto?

Don Pascual Chávez: Tú eres mi Dios, fuera de ti no tengo ningún bien (8 de Junio 2003)

Signo de la comunión eclesial, que es vivida por quien hace profesión de vivir hasta el fondo el mandamiento de Jesús en la vida de comunidad, donde se hace “tangible de algún modo que la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (cf. Mt 18,20” (VC 42). La aportación específica que los consagrados y consagradas ofrecen a la evangelización “está, por eso, ante todo, en el testimonio de una vida totalmente entregada a Dios y a los hermanos, a imitación del Salvador” (VC 76; cf. CdC 34).

Esto sucede gracias al amor recíproco de cuantos componen la comunidad, que antes de ser proyecto humano, es parte del proyecto divino (cf. La Vida fraterna en comunidad, VFC 7). “La vida de comunión representa el primer anuncio de la vida consagrada, porque es signo eficaz y fuerza atractiva que lleva a creer en Cristo. La comunión, entonces, se hace ella misma misión, más aún, la comunión genera comunión y se configura esencialmente como comunión misionera” (CdC 33; cf. Christifideles Laici, ChL 31-32): “Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo” (NMI 40).

Don Pascual Chávez: Palabra de Dios y vida salesiana hoy (13 de Junio de 2004)

ESCUCHAR LA PALABRA PARA LLEGAR A SER COMUNIDAD

“Dios congrega nuestra comunidad y la mantiene unida con

su invitación, con su Palabra y su amor” (Const. 85). Esta afirmación constitucional refleja fielmente una convicción fundamental de la fe bíblica, la que más explícitamente repite el artículo 87: “El pueblo de Dios es congregado, en primer lugar, por la Palabra de Dios vivo”.

En efecto, cuando Dios habla, reúne a los que le escuchan; su pueblo nace convocado por la Palabra y en su escucha permanece congregado. Antes de entrar en la tierra prometida, Moisés advirtió a todo Israel: “Hoy te has convertido en el pueblo del Señor tu Dios. Escucharás la voz del Señor tu Dios” (Dt 27,9-10). Y Jesús declaró familiares suyos no a los que, permaneciendo fuera, mandaban a llamarlo, sino a los que, alrededor de él, lo escuchaban y hacían lo que él decía (Mc 3,31-35). Permanecer oyendo a Dios es el origen y la causa del vivir juntos. Se es creyente acogiendo la Palabra de Dios y se permanece como creyentes viviendo la fe en común.

REUNIDOS PORQUE ESTAMOS SALVADOS

La vida en común es para el pueblo de Dios el modo de vivir la salvación de Dios; vivir reunidos significa ser salvados de los males y libres de sí mismos. Israel aprendió esto a través de un largo y amargo tirocinio en el desierto (Ex 17,1-17,25): en una tierra de nadie, sólo Dios lo podía mantener unido y libre (Dt 7,4; 8,14; 11,2-28); sólo alimentado por su Palabra logró sobrevivir (Dt 8,3); y cuando los profetas sueñen una nueva salvación, anunciarán una nueva y definitiva reagrupación de los dispersos (Is 43,5; Jer 23,3; 29,14; 32,27; Ez 11,17; 34,14; 36,24), que se cumplirá cuando uno tendrá que morir por toda la nación, “para reunir a los hijos de Dios dispersos” (Jn 11,52).

Si de la escucha de la Palabra nace el pueblo de Dios, nadie

puede engañarse pensando que oye a Dios sin sentirse miembro de la comunidad de sus oyentes. Puesto que la Palabra de Dios escuchada hacer surgir la comunidad, la mejor forma de responder a Dios es la de hacerse responsable de la vida común. Este criterio nos invita a robustecer el sentido de pertenencia a la comunidad, que se ha congregado “por medio de la Palabra de Dios” (Const. 87), a ir al encuentro de Él acompañados por los hermanos, a escucharlo juntos. Sólo en la comunidad, nacida y mantenida por la Palabra de Dios, se puede acceder a ella; en efecto, sólo en asamblea nosotros, creyentes, confesamos que la lectura de la Escritura es Palabra del Dios vivo.

Evitar el diálogo entre hermanos, huir del vivir juntos, esquivar la convivencia cotidiana y la oración común, hace que no sólo los hermanos nos parezcan lejanos, sino que también Dios nos resulte extraño, uno que a fin de cuentas no significa mucho. Diversa es la experiencia de quien siente a Dios porque se siente hermano y encuentra alegría en el compromiso de vivir juntos y escuchar a Dios. El Génesis nos recuerda que la pretensión de Adán de esconderse de Dios, su rechazo de encontrarlo y responderle (Gn 3,8-9), le hizo experimentar el fruto amargo de la muerte de sus seres queridos y la ruptura de la unidad de su familia. Dios y su Palabra hacen posible la vida juntos, porque nos hacen descubrir hermanos. La vida fraterna depende, sí, de la buena voluntad y colaboración de todos los miembros de la comunidad, pero sobre todo de la escucha común de Dios: “La fraternidad no es sólo fruto del esfuerzo humano, sino también, y sobre todo, don de Dios; un don que exige la obediencia a la Palabra de Dios”.

RESPONSABLES DE LOS HERMANOS

La comunidad, lugar de la escucha de Dios, es, pues, también

espacio de fraternidad; a ella estamos invitados, en ella se nos han confiado hermanos a quienes amar (cf. Const. 50). No hay que maravillarse, por tanto, de que, cuando viene Dios para encontrarnos, nos pida cuenta de nuestros hermanos. Ésta ha sido la experiencia de Caín (Gn 4,9) que, no aceptando la misión de ser custodio de su hermano Abel, rechazó la compañía de Dios (Gn 4,10), aunque esto no lo libró de Dios ni de sus interrogatorios.

Dándonos “hermanos a quienes amar”, Dios nos ha confiado su custodia como deber. Nuestra obediencia a Dios encuentra su banco de prueba en nuestra responsabilidad hacia los hermanos que se nos han confiado. Por una parte, es muy hermoso que Dios se tome cuidado de nosotros, poniéndonos en el camino del amor como camino de crecimiento, el camino más excelente según San Pablo (1 Cor 12,31). Por otra, es una advertencia cuanto le sucedió a Caín: quien no sabe responder de su hermano, se transforma en extranjero en su tierra y en la propia casa (Gn 4,14).

Si prestamos a nuestros hermanos la atención que merecen, especialmente a los que están o se sienten lejanos, además del hecho de manifestarnos como buenos pastores, encontraremos el puesto y las palabras para conversar con Dios. En el Discurso de la Montaña Jesús nos recuerda que el encuentro con Dios exige, como condición previa, una fraternidad no fragmentada o, si rota, restaurada (cf. Mt 5,20-24).

Como afirma la primera carta de Juan, “quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (4,20). Aceptar a quien vive a nuestro lado como a “alguien que nos pertenece”, sujeto a quien van nuestras atenciones, nos dispone favorablemente a atender a Dios y recibir sus atenciones. Si queremos hacer de nuestra vida común lugar de la escucha de Dios, ésa debe ser, antes

y siempre, casa donde el hermano es acogido con corazón abierto, aceptado como es, provisto de lo que necesita, sostenido en los momentos de dificultad (cf. Const. 52).

Don Pascual Chávez: Testigos de la radicalidad evangélica (8 de abril de 2012)

VIDA FRATERNA: EN COMUNIDADES FRATERNAS (CONST. 49-59)

En una sociedad donde reina el individualismo, en una cultura donde prevalece el egoísmo, en familias donde cada día se extiende más la soledad, es natural que la persona sienta la comunicación como una necesidad fundamental. Hoy por una parte la comunicación está favorecida por los medios de comunicación; bastaría pensar en el uso del teléfono móvil y en todos los otros campos de comunicación como youtube, facebook, twitter... Pero, por otra parte, puede verse obstaculizada por la virtualidad.

Es verdad que se puede entrar en contacto con muchísimas personas, en cualquier parte del mundo y contemporáneamente; pero el uso de esos canales no asegura la comunión, porque ésta es siempre fruto de un vínculo personal, de una relación real con quien pide acogida, reconocimiento y respeto de la propia individualidad, aceptación de los límites propios y de los otros, compromiso de compartir y de convivir, elementos todos que son el fundamento de cualquier experiencia familiar o comunitaria.

Para nosotros salesianos, la vida de comunidad es un elemento muy importante de nuestra opción religiosa. En efecto, para nosotros “vivir y trabajar juntos” es una condición esencial que garantiza un camino seguro para realizar nuestra vocación (cf. Const. 49). No se concibe la vida religiosa salesiana sin aquella

comunión que se concreta en la vida común y en la misión compartida. La exigencia de la fraternidad nace del hecho que somos hijos del mismo Padre y miembros del Cuerpo de Cristo; la vida religiosa crea una auténtica familia constituida por personas que comparten la misma fe y el mismo proyecto de vida. Desde una perspectiva típicamente salesiana, estamos llamados a crear y a vivir el espíritu de familia como lo quería y lo vivía Don Bosco.

Obviamente, como en otros campos de la vida religiosa, también aquí podemos encontrar riesgos, por ejemplo, el de adoptar un estilo de relaciones meramente funcionales o jerárquicas o falsamente democráticas. Las nuestras, por el contrario, deben ser fraternas y amistosas, que nos conduzcan a amarnos hasta compartir todo. Este criterio nos hace ver que la comunidad es bien entendida y vivida cuando se nutre de comunión y tiende a la comunión. Una comunidad sin comunión, con todo lo que ésta comporta de acogida, aprecio y estima, ayuda mutua y amor, se reduce a un grupo donde se yuxtaponen las personas, pero dejándolas de hecho en el aislamiento. Por otra parte, en la vida religiosa la comunión sin comunidad es una forma narcisista de vivir la vida y, en consecuencia, una contradicción, porque es una forma engañosa de individualismo.

Hoy los religiosos tienen que hacer un esfuerzo grande y solidario para crear comunidad, donde la solidez espiritual, la calidad humana y el compromiso apostólico de cada uno de sus miembros se comportan de manera que la vida sea buena, hermosa y feliz. En otras palabras, sin calidad humana, espiritualidad vivida y entrega apostólica no hay verdadera fraternidad.

Además, en un momento en que la presencia de los laicos en

la Congregación es mayoritaria, y no sólo como empleados o colaboradores sino también como corresponsables e incluso como dirigentes de nuestras obras, con mayor razón las comunidades deben sobresalir por su vida de comunión, de modo que ésta se difunda en círculos concéntricos en los grupos de los corresponsables y colaboradores y en aquellos de las personas cercanas a nuestras presencias.

Todavía tenemos que resaltar otro rasgo no indiferente en la vida religiosa de hoy: el de la multiculturalidad de las comunidades, en una sociedad cada día más pluricultural. El testimonio de comunidades constituidas por personas de edad, origen, lengua, cultura, formación y tradiciones diversas, pero unidas por la fe, la esperanza y la caridad, es un verdadero tesoro, tanto más que la tentación de la xenofobia se siente cada vez más fuertemente. La comunidad religiosa, además, es una gran contribución que ofrecemos a un mundo dividido por la injusticia social, por los conflictos interétnicos y por ciertos modelos sociales, culturales y económicos que están destruyendo la solidaridad e hipotecando para siempre la fraternidad. Dios es comunidad. Dios es amor. ¡He aquí la buena noticia! He aquí lo que estamos llamados a ofrecer para la humanización del mundo.

Mirando específicamente a la profesión de los consejos evangélicos, reconocemos que una vida de comunidad de buena calidad es una gran ayuda para la observancia de nuestros votos religiosos. Efectivamente, nos ayuda a ser, más fácilmente, disponibles a las exigencias de la obediencia, contribuye a que valoremos la sobriedad y el uso compartido de los bienes; refuerza nuestro compromiso por una vida casta y abierta a un amor oblativo y ayuda a nuestra fidelidad, protegiéndonos de fugas afectivas o de otras experiencias negativas (cf. Const. 83).

La profunda renovación de nuestra vida religiosa y salesiana pasa por una profunda renovación de nuestra fraternidad en la vida comunitaria. En este campo asume una importancia particular el estilo de animación y gobierno del director, en su papel de autoridad espiritual, que ayuda a los hermanos en su camino vocacional, por medio de una viva e inteligente animación comunitaria y por medio de un atento acompañamiento personal; autoridad creadora de unidad, que crea un clima de familia apto para promover una fraterna solidaridad y corresponsabilidad; autoridad pastoral que guía y orienta a todas las personas, acciones y recursos hacia los objetivos de educación y evangelización que caracterizan nuestra misión, autoridad que sabe tomar las decisiones necesarias y sabe asegurar su ejecución.

Don Pascual Chávez: Vocación y Formación (31 de marzo de 2013)

Convertidos en hermanos por una misión única: hacer de la vida común lugar y objeto de formación

«Vivir y trabajar juntos es para nosotros, Salesianos, una exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación» (Const. 49). De hecho, no se deja a nuestro arbitrio vivir comunitariamente la misión; no somos libres de aceptarlo, ni podemos librarnos de ello a nuestro gusto; ni siquiera es una decisión táctica con la finalidad de una mayor eficacia apostólica; «es uno de los rasgos más fuertemente

caracterizadores de la identidad salesiana. El Salesiano es convocado a vivir con otros hermanos consagrados para compartir el servicio del Reino de Dios entre los jóvenes».

Por vocación, el Salesiano es «parte viva de una comunidad» y «cultiva un profundo sentido de pertenencia a ella». «Con

espíritu de fe y sostenido por la amistad, el Salesiano vive el espíritu de familia en la comunidad y contribuye día a día a la construcción de la comunión entre todos los miembros. Convencido de que la misión está confiada a la comunidad, se compromete a trabajar con sus hermanos desde una visión de conjunto y desde un proyecto compartido».

Puesto que «la asimilación del espíritu salesiano es fundamentalmente un hecho de comunicación de vida» (Reg 85), la formación, en cuanto identificación con el carisma salesiano, requiere todavía más aquella comunicación que «tiene como contexto natural la comunidad»[30]. Además de ser «el ambiente natural del crecimiento vocacional», «la vida misma de la comunidad, unida en Cristo y abierta a las exigencias de los tiempos, es formadora» (Const. 99). Vivir en y para la comunidad es vivir en formación..

Ángel Fernández: Perteneciendo más a Dios, más a los hermanos, más a los jóvenes (16 de agosto de 2014)

HACIENDO REALIDAD LA ‘UTOPÍA’ DE LA FRATERNIDAD, SEGÚN EL EVANGELIO

‘Casa’ y ‘familia’ —leemos en el número 49 de nuestro CG27—, son dos palabras frecuentemente utilizadas por Don Bosco para describir el ‘espíritu de Valdocco’ que debe resplandecer en nuestras comunidades.

La Asamblea capitular ha hecho una lectura esperanzada, pero también realista (con sus luces y sombras), de nuestra vida comunitaria, dimensión de nuestra vida que pudiendo tener la mayor fuerza profética, seguramente es la que tiene una ‘salud

más frágil’ en el mapa de nuestra Congregación.

Se dice en el Documento capitular que, desde el CG25 en adelante, está creciendo el empeño por vivir en forma más auténtica nuestra vida comunitaria (núm. 8), si bien se constatan, tras el ‘respeto’ y la ‘tolerancia’, indiferencias y ausencia de cuidado del hermano (núm. 9). La comodidad y el activismo hacen percibir el tiempo dedicado a la comunidad como un tiempo ‘robado’ ya sea

al ámbito de la ‘esfera privada’ o a la misión (núm. 9). Si respondemos con dificultad a la llamada de Dios de manera radical, se debe, en parte, a una débil convicción... en realizar la comunión en comunidad (núm. 36).

Al mismo tiempo, y con mirada positiva y esperanzada, reconocemos que la vida de comunidad es uno de los modos de hacer experiencia de Dios. Vivir la «mística de la fraternidad» es un elemento esencial de nuestra consagración apostólica (núm. 40). Y vivir la espiritualidad de la comunión... y construir la comunidad supone pasar de la vida en común a la comunión de vida (núm. 37).

Estas y otras constataciones las encontramos en la reflexión capitular que, sin duda, estamos ya leyendo y meditando. No abundo más en ello. No es necesario recoger más citas para mostrar todo un mosaico de luces y sombras. La pregunta, a la luz de nuestro CG27, es ¿qué debemos cuidar, qué debemos cambiar, qué debemos seguir haciendo y qué no, para que realmente nuestra vida comunitaria tenga toda la fuerza de atracción que tiene la Fraternidad vivida desde el Evangelio, hasta el punto de ser ‘irresistible’ en su atracción?

Lo cierto es que la vida comunitaria, tiene, como ha escrito un

autor, «todo el encanto de lo difícil y de lo posible; de la gracia y de la debilidad. Solo se permanece en comunidad y se ahonda en esa experiencia por la gracia de Dios... Es penitencia y ascesis que purifica y se ejercita en la colaboración, la participación y la comunión. Pero es también, y sobre todo, un encanto. Se vive en comunidad para ser feliz, y son muchos los que lo consiguen (...); y si queremos hablar del encanto de la vida comunitaria, hay que decir una palabra sobre las distancias cortas del amor fraterno. Esto supone presencia, cariño mutuo y corrección fraterna, interés de unos por otros, y ayuda mutua; en definitiva, el amor fraterno en toda su extensión.

El corazón pide y exige. La vida comunitaria del futuro será fraterna o no será. Este es uno de los elementos que más buscan los candidatos hoy; y no siempre es el que más encuentran».

Esta dimensión de la vida religiosa es hoy, sin duda, una gran fuerza testimonial. Como en gran parte de nuestros contextos sociales, existen, junto a realidades positivas, una creciente incomunicación, aislamiento, un individualismo que va en aumento y una soledad que, en muchas culturas, es la gran enfermedad de nuestro tiempo, al igual que su semejante, la depresión. El testimonio de las comunidades religiosas, también de las nuestras, debería ser un verdadero anuncio evangélico, buena noticia, auténtica provocación o interpelación.

Por eso, os manifiesto, que una de mis grandes inquietudes es la de pensar, ver, imaginar y comunicarnos de qué manera podemos caminar en la dirección adecuada ante esta realidad un tanto débil de no pocas de nuestras presencias. Hermanos, ¡cuántas veces nuestra comunión de vida queda sacrificada por otras cosas ajenas a nuestra vocación! Me pregunto, por ejemplo, por qué motivo, quienes deberíamos ser expertos en

humanismo, máxime por nuestra condición de educadores de jóvenes, tenemos a nuestro lado en nuestras comunidades, a veces en el comedor o en habitaciones contiguas, a Hermanos heridos en su corazón, Hermanos lacerados tal vez por la soledad y el desencanto, Hermanos que han buscado la felicidad como Salesianos y no lo son. Ciertamente esa no es la realidad de nuestra Congregación, muy al contrario; pero también existe, y debería bastarnos un solo Hermano herido, para que nos sangrara el corazón un poco a todos.

Creo que se podría calificar de pecado, si de palabra o con hechos, o con silencios, respondiéramos como Caín ante la pregunta del Señor: «¿Dónde está tu hermano? No lo sé —respondió—. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?» (Gn 4,9). Sí lo somos. No guardianes, pero sí cuidadores.

Nuestro gran desafío, Hermanos, para Inspectores, Consejos, Directores y todos los Hermanos en cada una de las comunidades salesianas del mundo es éste: Hacer de nuestra Comunidad un verdadero espacio de vida de comunión. ¿Cómo pasar de una vida en común con momentos acordados, programados, planificados —que sin duda nos pueden ayudar—, a una vida de comunión. Sin duda, esa decisión supone conversión personal, y por lo mismo comunitaria, va a exigir un compromiso afectivo y efectivo para llevarlo adelante. Es un proceso que pide de nosotros aceptar que cada una de las etapas de nuestra vida sea una oportunidad para crecer, para abrirse a lo nuevo de un encuentro más auténtico con los Hermanos, para hacer más visible la presencia de Dios entre nosotros.

SEGUNDA PARTE

REVISIÓN DE LA VIDA

1. SCRUTINIUM PERSONAL

A partir de nuestras Constituciones

16. ESPIRITUALIDAD DE FAMILIA

“Don Bosco quería que en sus ambientes cada uno se sintiera como en su propia casa. La casa salesiana se convierte en familia cuando el afecto es correspondido y todos, hermanos y jóvenes, se sienten acogidos y responsables del bien común.

En un clima de mutua confianza y de perdón diario, se siente la necesidad y la alegría de compartirlo todo, y las relaciones se regulan no tanto recurriendo a la ley, cuanto por el movimiento del corazón y por la fe.

Un testimonio así suscita en los jóvenes el deseo de conocer y seguir la vocación salesiana”.

- ¿Siento mi comunidad como mi familia? ¿aporto en la creación de ese ambiente de familia?
- ¿Soy acogedor con mis hermanos de comunidad? ¿Me preocupo por ellos?
- ¿Me siento responsable del bien común?
- ¿Soy capaz de perdonar y de pedir perdón?
- ¿Cultivo la confianza con mis hermanos de comunidad?
- ¿Busco compartir en profundidad con mis hermanos de comunidad?
- ¿Pongo mis talentos al servicio de mi comunidad?
- ¿Procuró hacer vida el espíritu de nuestras Constituciones, superando el legalismo?

44. MISIÓN COMUNITARIA

“El mandato apostólico, que nos confía la Iglesia, lo reciben y realizan, en primer lugar; las comunidades inspectoriales y locales. Sus miembros tienen funciones complementarias, con incumbencias todas ellas importantes. Son conscientes de que la cohesión y la corresponsabilidad fraterna permiten lograr los objetivos pastorales.

El inspector y el director, como animadores del diálogo y la participación, guían el discernimiento pastoral de la comunidad, para que camine unida y fiel en la realización del proyecto apostólico”.

- ¿Soy consciente que la misión es de la comunidad, superando el individualismo en mi servicio pastoral?
- ¿Trabajo con generosidad en la misión comunitaria?
- ¿Me esfuerzo por trabajar en equipo con mis hermanos?
- ¿Soy corresponsable con la misión comunitaria e inspectorial?
- ¿Participo activamente en el discernimiento comunitario?

49. VALOR DE LA VIDA EN COMUNIDAD

“Vivir y trabajar juntos es para nosotros, salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación.

Por eso nos reunimos en comunidades, en las que nos amamos hasta compartirlo todo en espíritu de familia y construimos la comunión de las personas.

En la comunidad se refleja el misterio de la Trinidad; en ella encontramos respuesta a las aspiraciones profundas del corazón y nos hacemos, para los jóvenes, signos de amor y de unidad”.

- ¿Siento la necesidad de compartir la vida con mis hermanos, sin necesidad de buscar afectos fuera de ella?
- ¿Amo a mis hermanos de comunidad, les expreso mi cariño con acciones concretas de la vida diaria?
- ¿En mi vida comunitaria actúo por motivaciones de fe que me ayudan a superar incluso antipatías?

50. VÍNCULOS DE LA UNIDAD

“Dios nos llama a vivir en comunidad dándonos hermanos a quienes amar.

La caridad fraterna, la misión apostólica y la práctica de los consejos evangélicos son los vínculos que forjan nuestra unidad y robustecen continuamente nuestra comunión.

Formamos así un solo corazón y una sola alma, para amar y servir a Dios y para ayudarnos unos a otros”.

- ¿Me doy tiempo para conocer y compartir con mis hermanos? ¿cultivo mi capacidad de escucha?
- ¿Acepto a mis hermanos tal como son, sin intentar moldearlos de acuerdo a mis criterios personales?
- ¿Hablo bien de mis hermanos y evito juzgarlos?
- ¿Es mi comunidad una fortaleza para vivir mi consagración religiosa?

51. RELACIONES DE AMISTAD FRATERNA

“San Pablo nos exhorta: Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga

quejas contra otro.

La comunidad salesiana se caracteriza por el espíritu de familia, que anima todos los momentos de su vida: el trabajo y la oración, las comidas y los tiempos de distensión, los contactos y las reuniones.

En clima de amistad fraterna, nos comunicamos alegrías y penas, y compartimos corresponsablemente experiencias y proyectos apostólicos”.

- ¿Me esfuerzo por servir a mis hermanos con sencillez y bondad?
- ¿Acompaño a mis hermanos en los momentos de dolor?
- Mis hermanos ¿pueden encontrar en mí un signo de la misericordia del Señor?
- ¿Me esfuerzo por compartir los momentos comunitarios, especialmente la oración, las comidas, el trabajo, la distensión y reuniones?
- ¿Me esfuerzo por compartir con mis hermanos tanto las riquezas interiores como los sufrimientos?

52. LA HERMANDAD EN LA COMUNIDAD

“La comunidad acoge al hermano con corazón abierto, lo acepta tal como es y favorece su maduración. Le ofrece la posibilidad de desplegar sus dotes de naturaleza y de gracia.

Le provee de cuanto necesite y lo sostiene en los momentos de dificultad, duda, cansancio o enfermedad.

Don Bosco solía decir a quien le pedía quedarse con él: Pan, trabajo y paraíso: tres cosas que puedo ofrecerte en nombre del Señor.

El hermano se compromete a construir la comunidad en que

vive, y la ama aunque sea imperfecta: sabe que en ella encuentra la presencia de Cristo.

Acepta la corrección fraterna, combate cuanto en sí mismo descubre de anticomunitario, y participa con generosidad en la vida y en el trabajo común. Da gracias a Dios por vivir con hermanos que lo animan y ayudan”.

- ¿Colaboro n la construcción de una comunidad acogedora de cada hermano, con sus riqueza y también con sus limitaciones?
- ¿Ayudo a mis hermanos a desplegar al máximo sus cualidades? ¿qué podría hacer al respecto?
- ¿Creo que en mi comunidad está presente el Señor, le descubro y amo en mis hermanos?
- ¿Practico la corrección fraterna? ¿facilito que los hermanos me puedan corregir?
- ¿Me esfuerzo por superar todo rasgo de individualismo en mí?
- ¿Tengo presente a mis hermanos en mi oración personal? ¿oro por sus necesidades?

53. LOS HERMANOS ANCIANOS Y ENFERMOS

“La comunidad rodea de atenciones y cariño a los hermanos ancianos y enfermos. Éstos, con la prestación de los servicios que les sean posibles y aceptando su situación personal, son fuente de bendición para la comunidad, enriquecen su espíritu de familia y hacen más profunda su unidad.

Su vida adquiere un nuevo significado apostólico: ofreciendo con fe sus limitaciones y sufrimientos por los hermanos y los jóvenes, se unen a la pasión redentora del Señor y siguen

participando en la misión salesiana”.

- ¿Cuido a mis hermanos enfermos o ancianos?
- ¿Valoro el aporte actual de mis hermanos ancianos? ¿los escucho con respeto? ¿estoy atento a la enseñanza fruto de su experiencia?
- ¿Me preocupo de visitar a mis hermanos que están en la Casa de Salud?

54. LA MUERTE DE HIJO

“La comunidad sostiene, con caridad y oración más intensas, al hermano enfermo de gravedad. Cuando llega la hora de dar a su vida consagrada la realización suprema, los hermanos le ayudan a participar con plenitud en la Pascua de Cristo.

La esperanza de entrar en el gozo de su Señor ilumina la muerte del salesiano . Y cuando un salesiano muere trabajando por las almas, la Congregación alcanza un gran triunfo.

El recuerdo de los hermanos difuntos une en la caridad que no acaba a los hermanos que aún peregrinan con quienes ya descansan en Cristo”.

- ¿Acompaño a mis hermanos que sufren? ¿rezo por ellos? ¿le manifiesto mi cariño?
- ¿Participar algún día en el gozo del Señor ilumina mi vida, y da sentido a mi entrega a los hermanos?
- ¿Rezo por mis hermanos difuntos?
- ¿Acompaño a mis hermanos SDB hasta su última hora?

55. EL DIRECTOR EN LA COMUNIDAD

“El director representa a Cristo que une a los suyos en el servicio del Padre. Está en el centro de la comunidad, como hermano entre hermanos, que reconocen su responsabilidad y autoridad.

Su primera incumbencia es animar a la comunidad, para que viva en la fidelidad a las Constituciones y crezca en la unidad. Coordina los esfuerzos de todos, teniendo en cuenta los derechos, deberes y capacidad de cada uno.

Tiene también responsabilidad directa para con cada hermano. Le ayuda a realizar su vocación personal y lo sostiene en el trabajo que le está confiado.

Extiende su solicitud a los jóvenes y los colaboradores, para que crezcan en la corresponsabilidad de la misión común.

En las palabras, en los contactos frecuentes y en las decisiones oportunas, es padre, maestro y guía espiritual”.

- ¿Descubro en la presencia de mis superiores la voluntad del Señor?
- ¿Ayudo a mis superiores a realizar la misión que le ha sido confiada?
- ¿Practico el coloquio fraterno con mi director?
- ¿Si ejerzo un cargo de gobierno, me preocupo de guiar a mi comunidad en la construcción del ambiente de familia? ¿cuido el crecimiento de cada uno de mis hermanos? ¿me esfuerzo en ser como Don Bosco: padre, maestro y guía espiritual?

57. COMUNIDAD ABIERTA

“La comunidad salesiana actúa en comunión con la Iglesia particular.

Está abierta a los valores del mundo y atenta al contexto cultural en que desarrolla su acción apostólica. Solidaria con el grupo humano en cuyo ambiente vive, mantiene buenas relaciones con todos.

De esta forma es signo revelador de Cristo y de su salvación, presente entre los hombres, y se hace fermento de nuevas vocaciones, a ejemplo de la primera comunidad de Valdocco)”

- ¿Estoy atento a colaborar activamente en la Iglesia particular a la que pertenezco?
- ¿Trabajo en comunión con la Iglesia local?
- En comunión con las decisiones comunitarias, ¿estoy al servicio del ambiente en el que vivo?
- Me siento parte de la Iglesia diocesana dónde trabajo?

58. COMUNIDAD INSPECTORIAL

“Las comunidades locales son parte viva de la comunidad inspectorial. Ésta promueve su comunión fraterna y las sostiene en la misión.

Sigue con amor a los nuevos hermanos, es solícita en la formación de todos, goza con sus éxitos y se alegra en sus celebraciones personales, llora su pérdida y conserva vivo su recuerdo.

Atenta a las situaciones juveniles, coordina y revisa el trabajo apostólico mediante sus organismos, favorece la colaboración, anima la pastoral vocacional, provee a la continuidad de las obras y se abre a nuevas actividades.

Cultiva la fraternidad y la expresa en actos concretos de solidaridad para con las demás inspectorías, la Congregación y la familia salesiana”.

- ¿Soy solidario con la comunidad inspectorial? ¿me siento

parte de ella?

- ¿Participo activamente en la vida de la comunidad inspectorial? ¿pongo mis talentos al servicio de ella?
- ¿Leo y vivo en comunión con el Magisterio inspectorial? ¿asumo el proyecto de vida inspectorial?

59. Comunidad Mundial

“La profesión religiosa incorpora al salesiano en la Sociedad y lo hace partícipe de la comunión de espíritu, testimonio y servicio que ella vive en la Iglesia universal.

La unión con el Rector Mayor y su Consejo, la solidaridad en las iniciativas apostólicas y la comunicación e información sobre el trabajo de los hermanos, al incrementar la comunión, profundizan el sentido de pertenencia y abren al servicio de la comunidad mundial”.

- ¿Leo y vivo en comunión con el magisterio de la Congregación (Capítulos Generales, cartas del Rector Mayor, circulares de los Consejeros, etc.)?
- ¿Soy solidario con la vida de la Congregación? ¿Rezo por mis hermanos?

2. SCRUTINIUM COMUNITARIO

A partir de la lectura de nuestras Constituciones y Reglamentos

52. EL HERMANO EN LA COMUNIDAD

“La comunidad acoge al hermano con corazón abierto, lo acepta tal como es y favorece su maduración. Le ofrece la posibilidad de desplegar sus dotes de naturaleza y de gracia. Le provee de cuanto necesite y lo sostiene en los momentos de dificultad,

duda, cansancio o enfermedad.

Don Bosco solía decir a quien le pedía quedarse con él: Pan, trabajo y paraíso: tres cosas que puedo ofrecerte en nombre del Señor .

El hermano se compromete a construir la comunidad en que vive, y la ama aunque sea imperfecta: sabe que en ella encuentra la presencia de Cristo”.

Acepta la corrección fraterna, combate cuanto en sí mismo descubre de anticomunitario, y participa con generosidad en la vida y en el trabajo común. Da gracias a Dios por vivir con hermanos que lo animan y ayudan.

- ¿Somos una comunidad acogedora con cada uno de nuestros hermanos?
- ¿Nos preocupamos de que cada hermano se encuentre bien con nosotros y le proveemos de lo que necesita?
- ¿Acompañamos a nuestros hermanos en dificultad o sufrimiento?
- ¿Ayudamos a que nuestros hermanos crezcan al máximo en todos sus dones?
- ¿Practicamos la corrección fraterna?
- ¿Cuidamos que los momentos comunitarios sean instancias para crecer en el conocimiento mutuo, el cariño, el compartir en profundidad?
- ¿Procuramos construir una comunidad en la que se trabaja en equipo, compartiendo responsabilidades y cualidades?

53. LOS HERMANOS ANCIANOS Y ENFERMOS

“La comunidad rodea de atenciones y cariño a los hermanos ancianos y enfermos. Éstos, con la prestación de los servicios que les sean posibles y aceptando su situación personal, son fuente de bendición para la comunidad, enriquecen su espíritu de familia y hacen más profunda su unidad.

Su vida adquiere un nuevo significado apostólico: ofreciendo con fe sus limitaciones y sufrimientos por los hermanos y los jóvenes, se unen a la pasión redentora del Señor y siguen participando en la misión salesiana”.

- ¿Cuidamos a nuestros hermanos enfermos?
- ¿Visitamos a los hermanos que se encuentran en la Casa de salud? ¿oramos por ellos? ¿nos preocupamos de su situación?
- ¿Los invitamos a participar de algún momento comunitario con nosotros?

54. LA MUERTE DEL HERMANO

“La comunidad sostiene, con caridad y oración más intensas, al hermano enfermo de gravedad. Cuando llega la hora de dar a su vida consagrada la realización suprema, los hermanos le ayudan a participar con plenitud en la Pascua de Cristo.

La esperanza de entrar en el gozo de su Señor ilumina la muerte del salesiano . Y cuando un salesiano muere trabajando por las almas, la Congregación alcanza un gran triunfo .

El recuerdo de los hermanos difuntos une en la caridad que no acaba a los hermanos que aún peregrinan con quienes ya descansan en Cristo”.

- ¿Recordamos a nuestros hermanos difuntos, leemos el necrologio?
- ¿Oramos por nuestros difuntos, según establece nuestra Regla de Vida?

55. EL DIRECTOR EN LA COMUNIDAD

“El director representa a Cristo que une a los suyos en el servicio del Padre. Está en el centro de la comunidad, como hermano entre hermanos, que reconocen su responsabilidad y autoridad.

Su primera incumbencia es animar a la comunidad, para que viva en la fidelidad a las Constituciones y crezca en la unidad. Coordina los esfuerzos de todos, teniendo en cuenta los derechos, deberes y capacidad de cada uno.

Tiene también responsabilidad directa para con cada hermano. Le ayuda a realizar su vocación personal y lo sostiene en el trabajo que le está confiado.

Extiende su solicitud a los jóvenes y los colaboradores, para que crezcan en la corresponsabilidad de la misión común.

En las palabras, en los contactos frecuentes y en las decisiones oportunas, es padre, maestro y guía espiritual”.

¿Colaboramos con quienes tienen algún servicio de gobierno en nuestra comunidad ?

- ¿Mantenemos la tradición de las Buenas Noches?
- ¿Cuidamos los momentos de programación y evaluación comunitaria?

56. COMUNIDAD ACOGEDORA

“Los hermanos viven con sencillez su entrega personal y la capacidad de compartir, en la acogida y la hospitalidad. Con

sus atenciones y su alegría saben hacer a los demás partícipes del espíritu de familia salesiano.

No obstante, para favorecer el respeto mutuo y las manifestaciones de la comunión fraterna, la comunidad reserva, para uso exclusivo de los hermanos, algunos ambientes de la casa religiosa”.

- ¿Somos una comunidad acogedora?
- ¿Construimos un ambiente de familia, optimista y alegre?
- ¿Cuidamos los ambientes comunitarios?

57. COMUNIDAD ABIERTA

“La comunidad salesiana actúa en comunión con la Iglesia particular.

Está abierta a los valores del mundo y atenta al contexto cultural en que desarrolla su acción apostólica. Solidaria con el grupo humano en cuyo ambiente vive, mantiene buenas relaciones con todos.

De esta forma es signo revelador de Cristo y de su salvación, presente entre los hombres, y se hace fermento de nuevas vocaciones, a ejemplo de la primera comunidad de Valdocco”.

- ¿Somos una comunidad abierta y solidaria con los que viven en nuestro sector?
- ¿Estamos atentos a colaborar activamente en nuestra Iglesia particular? ¿trabajamos en comunión con ella?

58. COMUNIDAD INSPECTORIAL

“Las comunidades locales son parte viva de la comunidad inspectorial. Ésta promueve su comunión fraterna y las sostiene en la misión.

Sigue con amor a los nuevos hermanos, es solícita en la formación de todos, goza con sus éxitos y se alegra en sus celebraciones personales, llora su pérdida y conserva vivo su recuerdo.

Atenta a las situaciones juveniles, coordina y revisa el trabajo apostólico mediante sus organismos, favorece la colaboración, anima la pastoral vocacional, provee a la continuidad de las obras y se abre a nuevas actividades.

Cultiva la fraternidad y la expresa en actos concretos de solidaridad para con las demás inspectorías, la Congregación y la familia salesiana”.

- ¿Somos solidarios con la comunidad inspectorial? ¿nos sentimos parte de ella?
- ¿Participamos activamente en la vida de la comunidad inspectorial? ¿aportamos nuestros medios y talentos?
- ¿Conocemos y asumimos corresponsablemente los diversos proyectos inspectoriales?

59. Comunidad Mundial

“La profesión religiosa incorpora al salesiano en la Sociedad y lo hace partícipe de la comunión de espíritu, testimonio y servicio que ella vive en la Iglesia universal.

La unión con el Rector Mayor y su Consejo, la solidaridad en las iniciativas apostólicas y la comunicación e información sobre el trabajo de los hermanos, al incrementar la comunión, profundizan el sentido de pertenencia y abren al servicio de la comunidad mundial”.

- ¿Conocemos y asumimos el magisterio de la Congregación (Capítulos Generales, cartas del Rector Mayor, circulares de los Consejeros, etc.)?

- ¿Somos solidario con la vida de la Congregación? ¿Rezo por nuestros hermanos?
- ¿Respondemos con prontitud a los requerimientos de nuestra Congregación, más allá de nuestra inspectoría?

R.42. “La comunidad, tanto local como inspectorial, reunida en torno a su Director o Inspector, celebre todos los años el día de la comunidad, como signo de comunión fraterna y expresión de gratitud.

- ¿Celebramos el día de la comunidad? ¿hacemos partícipes a otras comunidades de esta fiesta?
- ¿Participamos en la fiesta de la Inspectoría?
- ¿Procuramos dar calidad a los encuentros comunitarios y a aquellos con hermanos de otras comunidades?
- ¿Somos acogedores con los hermanos que nos visitan?

R.46. “La comunidad mantiene relaciones de cordialidad con la familia de cada hermano y le da pruebas de amor y gratitud.

El salesiano, que ha dejado su casa para seguir a Cristo, conserva íntegro el amor a sus familiares, sobre todo a los padres. Lo demuestra con la oración, con las relaciones epistolares y con las visitas)”

- ¿Somos una comunidad acogedora con nuestros familiares?
- ¿Tenemos en nuestra programación alguna actividad que nos ayude en la comunicación y cariño con nuestros familiares
- ¿Cultivamos gestos de solidaridad con nuestra familias?

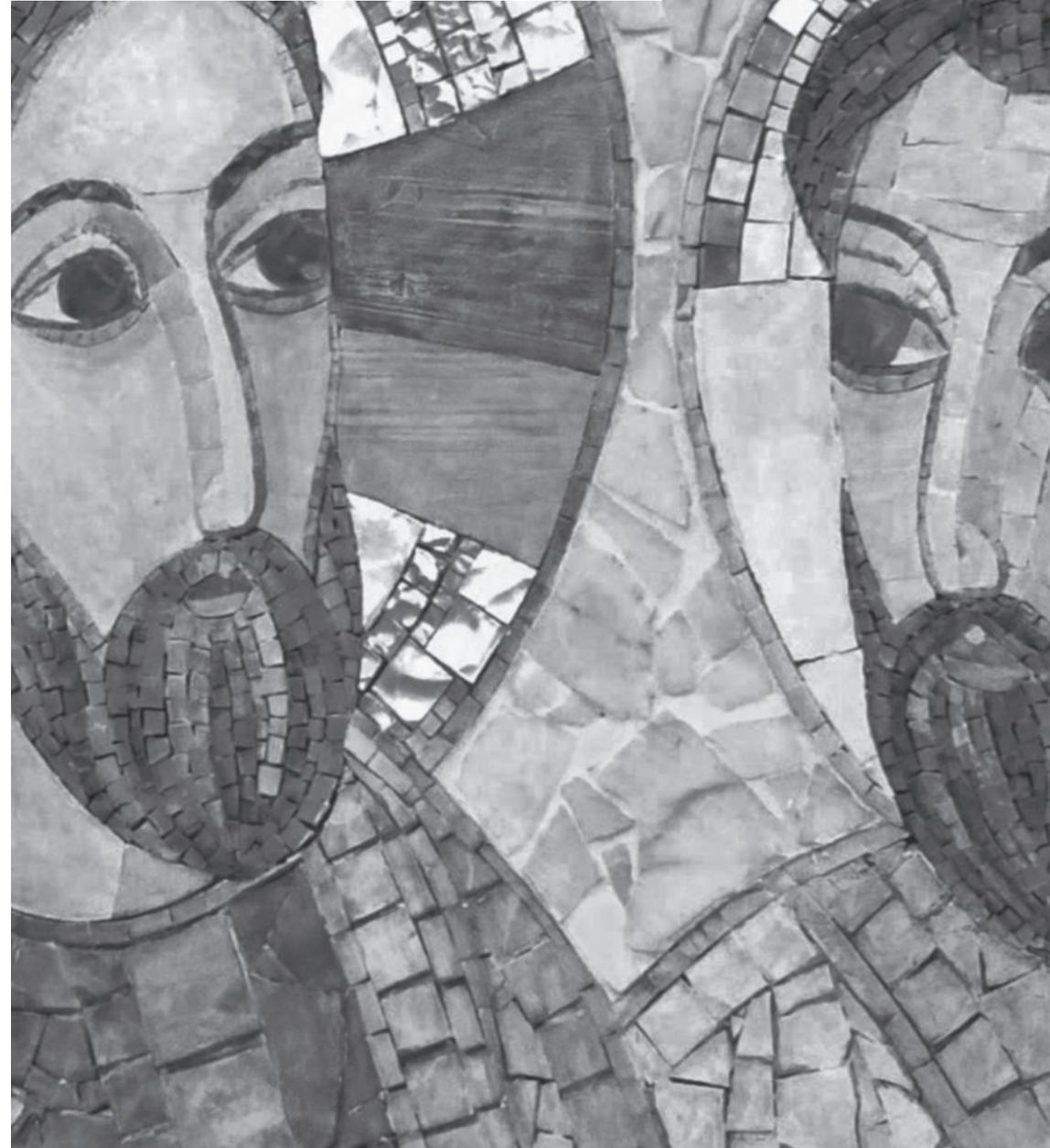
R.76. “Los Salesianos demostrarán su amor y gratitud a los hermanos, parientes y bienhechores llamados por Dios a la eternidad, con sufragios personales y comunitarios.

En particular:

1. Cuando muere un hermano o novicio, en la comunidad a la que pertenecía se celebrarán treinta misas, y una en cada casa de la inspectoría;
2. Cuando muere un Rector Mayor en el cargo o emérito, además de las treinta misas, se celebrará una en cada casa de la Congregación;
3. Cuando mueren los padres de un hermano, se celebrarán diez misas en la casa a la que pertenece el hermano.
4. Cada año:
 - 4.1. por los hermanos difuntos, todos los sacerdotes celebrarán la misa el día siguiente a la solemnidad litúrgica de san Juan Bosco; además, el inspector hará celebrar una misa en cada tanda de ejercicios espirituales;
 - 4.2. por los padres difuntos de los hermanos, se celebrará una misa en cada casa el 25 de noviembre, aniversario de la muerte de mamá Margarita;
 - 4.3. por los difuntos bienhechores o miembros de la familia salesiana, se celebrará una misa en cada comunidad el 13 de noviembre".
 - ¿Cuidamos la oración por nuestros difuntos según establecen nuestras Constituciones y Reglamentos?
 - ¿Recordamos a nuestros difuntos en la oración diaria?
 - ¿Cuidamos la lectura del necrologio?

TERCERA PARTE

CELEBRACIONES LITURGICAS



1. UNIDOS EN FRATERNIDAD

1. MOTIVACIÓN

Nos reconocen como discípulos de Jesús en que nos amamos unos a otros como el Señor nos ha amado. Es el gozo más profundo que podemos experimentar, amar y servir al Señor en la persona de nuestros hermanos. Es también un camino exigente, en el que nunca estamos solos, porque el mismo Señor camina con nosotros. Iniciemos esta celebración cantando:

CANTO: DONDE SE AMA DE VERDAD

Donde se ama de verdad,
allí Dios está

Mandamiento nuevo os doy dice Cristo
mandamiento del amor para todos.
El que tenga el valor de cumplirlo
llegará a vivir en mí por los siglos.

Nuestro mundo hoy está dividido ignorando
que en la cruz Jesucristo
nos mostró lo que es perdón de ofensas
por doquier se ven brotar egoísmos.

Si al llegar hoy al altar, te recuerdas
que en tu pecho hay rencor contra otro
reconcílate con él ante todo
sólo así podrás vivir como Cristo

2. SALUDO

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos ha regalado en Don Bosco
un modelo de entrega a los hermanos,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. SALMOS

SALMO 132. FELICIDAD DE LA CONCORDIA FRATERNA

El Señor nos ha creado para que vivamos en su amistad; el nos regala un corazón grande para compartir con nuestros hermanos, y nos da la gracia de ser signos de su amor para nuestros hermanos. Rezamos este salmo en un solo coro.

Ant. El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma.

Ved qué paz y qué alegría,
convivir los hermanos unidos.

Es unguento precioso en la cabeza,
que va bajando por la barba,
que baja por la barba de Aarón,
hasta la franja de su ornamento.

Es rocío del Hermón, que va bajando
sobre el monte Sión.
Porque allí manda el Señor la bendición:
la vida para siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma.

SALMO 47. HIMNO A LA GLORIA DE JERUSALÉN

Como la ciudad de Jerusalén, la comunidad salesiana que vive en fraternidad es un lugar en el que Dios habita, es fuerte y bella, una invitación para los jóvenes a ser parte de ella. Rezamos este salmo en dos coros.

Antífona: Tu alabanza llega al confín de la tierra

Grande es el Señor y muy digno de alabanza
en la ciudad de nuestro Dios,
su monte santo, altura hermosa,
alegría de toda la tierra:

El monte Sión, vértice del cielo,
ciudad del gran rey;
entre sus palacios,
Dios descuella como un alcázar.

Mirad: los reyes se aliaron
para atacarla juntos;
pero, al verla, quedaron aterrados
y huyeron despavoridos;

Allí los agarró un temblor
y dolores como de parto;
como un viento del desierto,
que destroza las naves de Tarsis.

Lo que habíamos oído lo hemos visto
en la ciudad del Señor de los ejércitos,
en la ciudad de nuestro Dios:
que Dios la ha fundado para siempre.

¡Oh Dios!, meditamos tu misericordia
en medio de tu templo:
como tu renombre, ¡oh Dios!, tu alabanza
llega al confín de la tierra;

Tu diestra está llena de justicia:
el monte Sión se alegra,
las ciudades de Judá se gozan
con tus sentencias.

Dad la vuelta en torno a Sión,
contando sus torreones;
fijaos en sus baluartes,
observad sus palacios,

Para poder decirle a la próxima generación:
«Este es el Señor, nuestro Dios.»
Él nos guiará por siempre jamás..

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Tu alabanza llega al confín de la tierra

CÁNTICO. ORACIÓN DE LA COMUNIÓN FRATERNA

Unámonos a la plegaria de Jesús en la última Cena, para que seamos uno, como lo es Hijo con el Padre, punto de referencia para toda comunidad cristiana. Entre cada estrofa proclamada por un solista, intercalamos la antífona.

Antífona: Que todos seamos uno.

No ruego solamente por ellos,
 sino también por los que, gracias a su palabra,
 crearán en mí.
 Que todos sean uno:
 como tú, Padre, estás en mí
 y yo en ti,
 que también ellos estén en nosotros,
 para que el mundo crea
 que tú me enviaste.

Antífona: Que todos seamos uno.

Yo les he dado la gloria
 que tú me diste,
 para que sean uno,
 como nosotros somos uno
 –yo en ellos y tú en mí–

para que sean perfectamente uno
 y el mundo conozca
 que tú me has enviado,
 y que los has amado a ellos
 como me amaste a mí.

Antífona: Que todos seamos uno.

Padre, quiero que los que tú me diste
 estén conmigo donde yo esté,
 para que contemplen la gloria que me has dado,
 porque ya me amabas
 antes de la creación del mundo.
 Padre justo,
 el mundo no te ha conocido,
 pero yo te conocí,
 y ellos reconocieron
 que tú me enviaste.
 Les di a conocer tu Nombre,
 y se lo seguiré dando a conocer,
 para que el amor con que tú me amaste
 esté en ellos,
 y yo también esté en ellos”.

Antífona: Que todos seamos uno.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Que todos seamos uno.

4. PALABRA DE DIOS

DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES (2, 42-47)

Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Un santo temor se apoderó de todos ellos, porque los Apóstoles realizaban muchos prodigios y signos. Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno. Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas, y comían juntos con alegría y sencillez de corazón; ellos alababan a Dios y eran queridos por todo el pueblo. Y cada día, el Señor acrecentaba la comunidad con aquellos que debían salvarse

5. HOMILÍA

6. SCRUTINIUM

7. MAGNIFICAT

P. Con las palabras de la Virgen, nuestra Maestra en la oración, alabemos al Señor por la vocación que nos ha regalado, y por llamarnos a vivir en su amor.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,

porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. PRECES

P. Pidamos a Dios el Espíritu del amor y de la paz para poder construir verdaderas comunidades fraternas.

L. Oh Padre, Tú has puesto el trabajar y el vivir juntos como exigencia fundamental y camino seguro para la realización de la vocación salesiana:

T. ayúdanos a crear comunidades en las que se ama hasta

condividir todo en espíritu de familia.

- L. Llamándonos a vivir en comunidad, nos das hermanos a quienes amar:
- T. danos tu Espíritu para que formemos un solo corazón y un alma sola, convirtiéndonos en signos de amor y de unidad para los jóvenes.
- L. Ilumínanos de tal modo que podamos descubrir cada día, a pesar de las dificultades, la presencia de Cristo:
- T. haznos abiertos a la corrección fraterna, capaces de ofrecer a todos afecto, estima y ánimo.
- L. Ayúdanos a ser atentos con los hermanos ancianos y enfermos, que con su presencia son fuente de bendición para la comunidad:
- T. que trabajemos todos por enriquecer el espíritu de familia y profundizar la caridad a pesar de las dificultades.
- L. El recuerdo de los hermanos difuntos nos ayude en la continuidad de nuestra misión:
- T. para que el nombre de Don Bosco continúe, mediante nuestro humilde trabajo en el tiempo, llevando la alegría de la fraternidad a los jóvenes.

Intenciones libres

Padre nuestro

- P. Oh Dios,
en la plenitud de los tiempos te has revelado a los hombres como comunión de Personas,
llamando a todos a vivir como hermanos:
haz que, dirigiendo nuestra mirada a Ti,
progresems en la búsqueda constante
de una vida que refleje tu misterio
y sacie las aspiraciones más profundas
del corazón del hombre.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén

9. BENDICIÓN

- P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor
- A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...
- P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

2. UN ESPÍRITU FRATERO

1. MOTIVACIÓN

La fraternidad se expresa en la sencillez, confianza y humildad; en la capacidad de acogerse con afecto, de ayudarse en todo momento, de corregirse con caridad auténtica. Iniciemos esta celebración, cantando:

canto: Los hermanos unidos

¡Qué dulzura, qué delicia,
los hermanos todos unidos! (bis)

Es unguento perfumado en la cabeza
que desciende por la barba.
Que baja por la barba de Aarón
hasta la franja de su ornamento.

Es rocío del Hermón que va bajando
sobre el monte Sión.
Porque allí manda el Señor la bendición,
la vida para siempre.

2. SALUDO

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos invita a vivir en su intimidad,

construyendo el amor fraterno
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. SALMOS

Salmo 130. Como un niño, Israel se abandonó en brazos de Dios
En una comunidad en la que se vive el amor fraterno, se respira
paz, humildad, mansedumbre, paciencia y perdón. Recemos este
salmo en un coro.

Antífona: sólo en Dios descansa mi corazón

Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad;
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.

Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: sólo en Dios descansa mi corazón

SALMO 44. LAS NUPCIAS DEL REY

Jesús es nuestro rey, y nosotros damos testimonio de su reinado
con la construcción de una vida fraterna. Que ésta sea nuestra
alabanza. Rezamos este salmo en dos coros.

Antífona: El Señor te bendice eternamente.

Me brota del corazón un poema bello,
recito mis versos a un rey;
mi lengua es ágil pluma de escribano.

Eres el más bello de los hombres,
en tus labios se derrama la gracia,
el Señor te bendice eternamente.

Cíñete al flanco la espada, valiente:
es tu gala y tu orgullo;
cabalga victorioso por la verdad y la justicia,
tu diestra te enseñe a realizar proezas.
Tus flechas son agudas, los pueblos se te rinden,
se acobardan los enemigos del rey.

Tu trono, ¡oh Dios!, permanece para siempre;
cetro de rectitud es tu cetro real;
has amado la justicia y odiado la impiedad:
por eso el Señor, tu Dios, te ha ungido
con aceite de júbilo entre todos tus compañeros.

A mirra, áloe y acacia huelen tus vestidos,
desde los palacios de marfiles te deleitan las arpas.
Hijas de reyes salen a tu encuentro,
de pie a tu derecha está la reina
enjoyada con oro de Ofir.

Escucha, hija, mira: inclina el oído,
 olvida tu pueblo y la casa paterna:
 prendado está el rey de tu belleza,
 póstrate ante él, que él es tu señor.
 La ciudad de Tiro viene con regalos,
 los pueblos más ricos buscan tu favor.

Ya entra la princesa, bellísima,
 vestida de perlas y brocado;
 la llevan ante el rey, con séquito de vírgenes,
 la siguen sus compañeras:
 las traen entre alegría y algazara,
 van entrando en el palacio real.

«A cambio de tus padres tendrás hijos,
 que nombrarás príncipes por toda la tierra.»

Quiero hacer memorable tu nombre
 por generaciones y generaciones,
 y los pueblos te alabarán
 por los siglos de los siglos

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: El Señor te bendice eternamente.

CÁNTICO. HIMNO DE LA CARIDAD

El amor no es un sentimiento vacío de contenido, sino que se expresa en actitudes muy concretas. Como Jesús, damos la vida por nuestros hermanos. Entre cada estrofa proclamada por un solista, intercalamos la antífona.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor,
 soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Aunque tuviera el don de la profecía
 y conociera todos los misterios y toda la ciencia,
 aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas,
 si no tengo amor, no soy nada.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Aunque repartiera todos mis bienes
 para alimentar a los pobres
 y entregara mi cuerpo a las llamas,
 si no tengo amor, no me sirve para nada.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

El amor es paciente, es servicial;
 el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece,
 no procede con bajeza, no busca su propio interés,
 no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad.
El amor todo lo disculpa, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo soporta.
El amor no pasará jamás.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Las profecías acabarán, el don de lenguas terminará, la ciencia desaparecerá;
porque nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías, limitadas.
Cuando llegue lo que es perfecto, cesará lo que es imperfecto.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Mientras yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño,
razonaba como un niño,
pero cuando me hice hombre, dejé a un lado las cosas de niño.
Ahora vemos como en un espejo, confusamente; después veremos cara a cara.
Ahora conozco todo imperfectamente; después conoceré como Dios me conoce a mí.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

En una palabra, ahora existen tres cosas:
la fe, la esperanza y el amor,
pero la más grande de todas es el amor.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

4. PALABRA DE DIOS

De la carta de San Pablo a los Colosenses (3, 12-17)

“Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo. Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en sus corazones: esa paz a la que han sido llamados, porque formamos un solo Cuerpo. Y vivan en la acción de gracias.

Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza. Instrúyanse en la verdadera sabiduría, corrigiéndose los unos a los otros. Canten a Dios con gratitud y de todo corazón salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por él a Dios Padre.”

5. HOMILÍA

6. SCRUTINIUM

7. MAGNIFICAT

P. Con las palabras de la Virgen, nuestra Maestra en la oración, alabemos al Señor por llamarnos a dar testimonio de su misericordia con nuestra vida fraterna.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. PRECES

P. Unidos por el amor de Dios, que es el vínculo de la perfección, confirmemos delante de Él la voluntad de ser una comunidad de un solo corazón y una alma sola, para llevar a los jóvenes el gozo de permanecer en la amistad mutua y en la caridad hacia cada hermano.

T. Que sepamos amar como Tú nos amas, Señor.

(se presentan intenciones libres, y todos repiten la antífona. Al final, todos proclaman la siguiente plegaria)

T. Con frecuencia no sabemos dónde encontrarte, Señor,
ni en qué dirección dirigirnos
para gritar nuestra soledad y sufrimiento.
Con frecuencia, entre nosotros,
no descubrimos tu presencia,
y permanecemos como rocas sin vida,
que ni siquiera el sol logra dar calor;
en nuestros ojos no florece la alegría,
ni el canto brota sincero en nuestros labios.
Escúchanos, Padre,
Tú que estás atento a la plegaria de todos tus hijos
y puedes cambiar los corazones de piedra
en corazones de carne.
Envíanos tu Espíritu
para que dé vida a nuestro amor fraterno;
entonces experimentaremos tu presencia
como palabra que anima y perdona,
como mano amiga que ayuda,
como corazón cercano en quien confiar,
esperando que desaparezca toda división,
que se supere toda lejanía
y se revele que nosotros, aunque muchos,

somos Uno, contemplando tu rostro en Cristo,
tu Hijo que vive y reina
por los siglos de los siglos.
Amén

9. BENDICIÓN

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

INDICE

PRIMERA PARTE. NOTAS PARA LA REFLEXION	7	3. MAGISTERIO SALESIANO	64
1. PALABRA DE DIOS	8	Don Bosco	64
2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA	14	Capítulos Generales	67
Perfectae Caritatis	14	Capítulo General 21	67
Evangelica Testificatio (Pablo VI 1971)	15	Capítulo General 25	72
Dimensión contemplativa de la vida religiosa	17	Capítulo General 27	77
Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa	17	Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum	82
Vita Consecrata (Juan Pablo II)	20	Rectores Mayores	89
La vida fraterna en comunidad	24	Don Juan Vecchi	89
Caminar desde Cristo	51	Don Pascual Chávez	107
Deus Caritas Est (Benedicto XVI)	54	Ángel Fernández	117
Spes Salvi (Benedicto XVI)	58	SEGUNDA PARTE. REVISION DE VIDA	122
Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco)	60	1. SCRUTINIUM PERSONAL	123
Misericordiae Vultus (Francisco)	63	2. SCRUTINIUM COMUNITARIO	130
		TERCERA PARTE. CELEBRACIONES LITURGICAS	139
		1. UNIDOS EN FRATERNIDAD	140
		2. UN ESPÍRITU FRATERNAL	150



SALESIANOS
DON BOSCO-CHILE